



ENCUADERNACION

VERONICAS

MURCIA

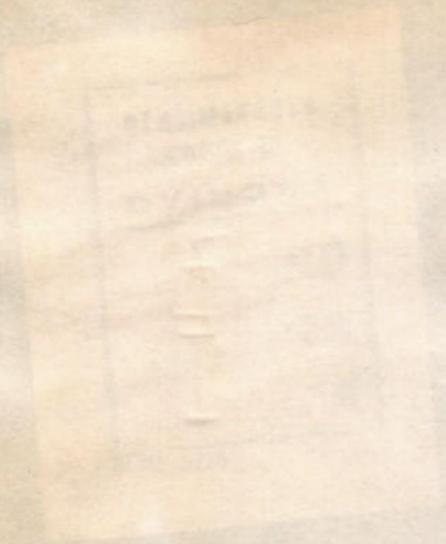
AYUNTAMIENTO  
DE MURCIA  
ARCHIVO

EST<sup>E</sup> 7

TAB<sup>A</sup> F

N.º 1

Mod. 39 78



# POESÍA

Juicios críticos  
de Clarín-Bona-  
foux-Valera-Un-  
muno-Azorín-Pe-  
reda-U. González  
Serrano-J. Ventu-  
ra Traveset-Juan  
Maragall-Pedro  
Corominas-Pedro  
Díaz Cassou-Teo-  
doro Llorente.

VICENTE  
MEDINA

Obras  
escogidas



AÑO DE  
MCMVIII

Edición nota-  
blemente corregida  
por el autor  
y aumentada con  
60 nuevas com-  
posiciones



LIBRERÍA BANT  
CARTAGENA (ESPAÑA)

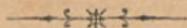
AYUNTAMIENTO  
DE MURCIA  
**ARCHIVO**

EST<sup>E</sup> 7  
TAB<sup>A</sup> F  
N.<sup>o</sup> 1

# POESÍA

R. 6696

## OBRAS DEL MISMO AUTOR



- AIRES MURCIANOS.—*1.ª serie.*  
AIRES MURCIANOS.—*Biblioteca Mignon, 1.ª edición,*  
AIRES MURCIANOS.—*Biblioteca Mignon, 2.ª edición,*  
EL RENTO.—*Drama en tres actos.*  
¡LORENZO!... —*Drama en un acto.—Edición de 300 ejemplares, agotada.*  
LA SOMBRA DEL HIJO.—*Drama en tres actos.*  
ALMA DEL PUEBLO.—*Cantares.—Estrofas.—Sectarias,*  
EL ALMA DEL MOLINO.—*Drama en un acto.*  
LA CANCIÓN DE LA VIDA.—*Poetas.*  
LA CANCIÓN DE LA MUERTE.—*Narraciones cortas, en prosa.*  
LA CANCIÓN DE LA HUERTA.—*Nuevos aires murcianos, Edición de lujo con ilustraciones fotográficas del natural, por el mismo autor.*  
EL RENTO.—*Novela de costumbres murcianas.*

### PARA LA ADQUISICIÓN DE EJEMPLARES.

*A las principales librerías.*

*Al autor: Muralla del Mar-53-1.º—Cartagena (España)*

# POESÍA

---

OBRAS ESCOGIDAS DE  
VICENTE MEDINA  
EDICIÓN NOTABLEMENTE  
CORREGIDA POR EL AUTOR  
Y AUMENTADA CON 60  
NUEVAS COMPOSICIONES

CARZAGENA

MCMVIII



Es propiedad del Autor.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

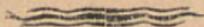
## Lector:

*Hemos recogido en este tomo los mejores versos del poeta.*

*El autor ha hecho una cuidadosa selección, incluyendo en este libro gran número de composiciones no editadas todavía, y reformando, abreviando y corrigiendo muchas otras, en el sentido de ingenua y suma sencillez, característica de toda su obra.*

*Y al frente de estos versos hemos puesto los juicios que han merecido á escritores ilustres.*

*Nos ha guiado el deseo de que se pueda fácilmente abarcar la labor del poeta y su sanción crítica.*





# JUÍCIOS CRÍTICOS

LIBROS DE LOS



DE LEOPOLDO ALAS  
(CLARÍN)

Buscaba asunto para este artículo... y llega á mis manos el primer volumen de la «Biblioteca Mignon»... Y ya tengo asunto.

¡Qué pequeño parece! Un tomo muy chiquitín, corto, estrecho, delgado... muy elegante, de muy buen gusto, pero muy chiquitín. Y dentro ¿qué hay? Muy poco también. Trece poesías, cortas... Trece suspiros, que eso parece que es el *aire* en Murcia, suspiros—otra lágrima, ¡trece! qué menos.—Y todo pena. Pena... y un poco de genio. ¿Genio? ¡mucho menos que eso! Sí; tal me parece. El genio del llanto. El arte

divino, reservado á tan pocos, de transparentar el dolor real en poesía inspirada, breve, natural, sencilla; con la retórica eterna que sólo conocen los que saben demostrar la sinceridad absoluta de una manera evidente. El *si vis me flere* de aquel Horacio á quien muchos creen un pedantón, pedagogo en verso; á quien llamaba tonto, ó cosa así, hace poco, no recuerdo qué ignorante muy *modernista* (1)...

\*  
\* \*  
\*

Este tomo de *Aires murcianos* ¡es tan español! Tan universal también, pero ¡tan español! Así es el arte mejor; del mundo entero... y además de *su tierra*.

Vicente Medina, es un joven muy modesto, muy sensible, muy *natural*, que vive en Cartagena, creo, desempeñando varios destinos particulares poco lucrativos y muy prosáicos, que apenas le dán, todos juntos, el sueldo de un capitán. Además es muy poeta, pero ¿eso qué? Hoy ya no hay Mecenas para los poetas. En los países en que la vida intelectual es apreciada en lo que vale, los méritos del orden más sublime y menos *útil* (en el sentido vulgar de la palabra) pueden tener suficiente recompensa económica; y, en tal caso, es mejor deber el pan al público—es

decir, *deberlo* no, pues se le paga con el arte—que debérselo á un príncipe, á un magnate. Pero hay otros países en que el pueblo soberano es un señor sin necesidades estéticas de clase espiritual; y el poeta, en tales naciones, se queda sin el Mecenas de antaño y sin el público remunerador.

Hoy Cervantes no tendría su conde de Lemus... porque éste lo gastaría todo en becerradas...

\*  
\* \*

Medina parece resignado con que su mérito poético, que es grande á mi ver, no se cotice.

No necesito decir que á mí los sencillos versos de Medina me hacen mucho más efecto que las contorsiones rítmicas de otros que no sienten ni padecen... más que su vanidad, ó un prurito escolástico; y escriben con *cincel*, como ellos dicen, ó lo ven todo azul. Entre estos señoritos los hay que han llegado á adquirir una rara habilidad que á mí... acaba por hacerme gracia. Consiste esa diablura en escribir de manera que sus poesías, originales sin duda, parecen traducciones de versos franceses, correctos gramaticalmente, pero con el sello del *galicismo* en el estilo.

Medina no pretende nada; no tiene escuela, no

tiene vanidad... Casi no tiene más que dolor. Casi siempre habla de las penas que les vienen á los humildes de su propia pobreza, por culpas del ancho mundo, tan difíciles de determinar, que parece que caen de las nubes todas las desgracias, y que el culpable no es nadie, ó es el viejo *fatum*.

No es Medina tendencioso; no cultiva el arte por la sociología; no es poeta socialista, ni anarquista, ni... *ácrata*, como se llaman ahora algunos. Por lo mismo, causan más impresión los *hechos*, los *documentos*, las *pruebas* que en sus versos se acumulan á favor de la causa de los desvalidos.

*No abusa del bordón en lo sensible*, como podría temerse, porque no se entrega á sensiblerías cursis, ni á los lugares comunes del *patos*. Su sensibilidad rica y variada, su hermosa inspiración y su maestría en el estilo, le dán recursos suficientes para huir de la monotonía; y aunque, en resumen, sus versos son una elegía continuada, la gracia, la viveza, la intuición, la novedad de imágenes y la fuerza de la expresión, le procuran toda la amenidad necesaria, para que haya ese contraste de la pena.

Yo no digo que todas las composiciones de Medi-

na sean de un mérito sobresaliente; pero sí que algunas de ellas pueden separarse como verdaderos modelos en su género. Muchos tomos cual *Aires murcianos* cansarían, es claro; pero ¡de cuántas cosas excelentes se puede decir lo mismo! Jorge Manrique es inmortal por una sola elegía. Si Aguilera no hubiese escrito más que *El dolor de los dolores*, merecería, como ahora, no la fama que tiene, sino mucha mayor fama... lo mismo que ahora también la merece.

La *Cansera* de Medina es, á mi ver, una de las más reales poesías de la lírica española en el siglo XIX. También creo que no todos son capaces de apreciar el porqué.

\*  
\*  
\*

Bien lo sentía y comprendía aquel pobre, querido y malogrado Juan Ochoa, poco amigo de versos... corrientes, y que me decía conmovido:

—¡Pero, diga usted! ¿estoy yo elevado por la simpatía, ó esta *Cansera* es de veras admirable?

—Admirable, tan admirable... aunque todavía no lo hayan dicho las Antologías.

Pobre Ochoa... Él también, á pesar de su fé pro-

funda, sentía la *cansera*... del cuerpo y de la vida prosáica. ¿Quién no la siente un poco?..

Pero hay que seguir... no hay que echarse con la carga... ¡Qué diantrel! Este mundo no parece muy divertido... Pero acaso es que tomamos un falso punto de vista... Probablemente, como demuestra Leibnitz, con argumentos que yo nunca he visto vendidos, este mundo, tal como es, es el mejor de los posibles...

Pero no por eso debemos engañarnos, á lo Pangloss; no, la gracia está en vivir sin protesta, á pesar de ver cara á cara, y como son, las tristezas de la vida. Por eso no es inmoral la poesía triste y sin *tesis*, como la de Medina. Hace sentir, hace compadecer, hace meditar... y eso ya edifica.

Por eso es también cosa excelente, moral, aquella *Canción triste*... del pobre viejo extranjero...

«D'aquel hombre extraño  
que esta mañanica se arremaneció,»

Quien es capaz de inventar y expresar *La canción triste*, es tan poeta como el primero, á lo menos en esa canción. Podrá ser olvidado Medina, pero siempre será una joya del arte y del sentimiento aquel viejecito que llegó de tierras lejanas y que

«Tié la barba blanca,  
 los ojos azules y dulce la vos,  
*¡los ojos azules y hundíos, que miran  
 que dán compasión!»*

«De tóico lo que habla,  
 ni una palabrica siquiá se entendió;

.....  
 Páece que habla mentando su tierra  
 y quererés c'allí se dejó...  
 páece que habla d'hijos y que habla de nietos  
 y de algo que al cielo se llevara Dios...  
 y se esjarra su pecho en quejíos  
*ca ves que se vuelve pa ande sale el sol...»*  
 .....

Y aquella canción

«es verdá que nenguno la entiende  
 ¡pero lloran tós!

\*  
 \* \*

Sí, todos lloramos. Y es posible que á Medina tam-  
 poco le entiendan todos, y es posible que no llegue á  
 adquirir el renombre que merece; porque muchos  
 juzgan por la cantidad, no tratándose de autores an-  
 tiguos... pero no le importe eso á Medina. Lo princi-  
 pal es merecer, no alcanzar.

*(De LA VIDA LITERARIA, Madrid 20 Julio 1899)*

## DE LUÍS BONAFUOX

## LA MALVASEDA

Hoy ha venido á verme—¡cuánto honor para mí— Vicente Medina. No ha venido en el tren, ni en automóvil, ni en ningún otro de los medios de locomoción que se conocen; ha venido en verso, como buen trovador que es, cantando... *la canción de la vida*.

La canción de la vida de Vicente Medina es un cantar muy triste y hondo, una canción de luto, un cantar de lágrimas, si las lágrimas pudiesen cantar. Con exquisita y rara sinceridad en tiempos de audaces trepadores y de empingorotados advenedizos, que pretenden echar su bastardo origen al surco del

olvido, el poeta, este poeta tan sentimental y hermoso, tan profundamente triste, tan profundamente honrado, cuenta la vida de los suyos y su propia vida. No sólo para él tienen «su poesía» esos recuerdos en prosa que prologan sus últimos versos: recuerdos del padre leñador, camarero y vendedor de periódicos; recuerdos del mismo Medina, voceador de papeles, embetunador de botas,—¡y qué botas!... las de un procurador de los Tribunales!—acarreador de agua en cántaros, hortera, soldado... ¡qué sé yo! Si algún escritor tiene derecho á maldecir, ese es Medina, y Medina llora; si algún hombre tiene derecho á odiar la existencia, ese es Medina, y Medina la canta...

La canta dulce y deleitosamente; más que la canta, la arrulla. Su vitriolo es la lágrima, lágrima que se hincha por sí sola, que se desborda del corazón y que, desbordada mansamente, va rociando el recuerdo de las madres, la caja linda, las acacias,—sus acacias, tan fragantes y mimosas—los amores y las penas de su alma, y la senda, hermosa sobre toda ponderación, su senda, que se la han borrado, que no es la misma,

¡qué ha de ser la misma, si adonde antes se iba  
no se vá por ella!



Medina no se despinta, aunque le hayan despintado su senda. Hasta cuando canta, en sus *Sectarias*, en *Alma del pueblo*, los grandes ideales de la Humanidad, que, según el gran escritor argentino Alberto Ghiraldo, deben ser único tema del poeta contemporáneo, y fustiga las injusticias sociales, Medina los canta entre sollozos y los fustiga con hojas de malvaseda, que

...es sufrida, y en todo tiempo  
me dá su olor,

¡Qué gran poeta es usted, Sr. Medina, y qué alma tan hermosa la suya!

Prácticos y delicados en todo, los ingleses *arrinconan*—con buena renta, por supuesto—á los poetas tan poetas como Ud., considerándoles cosa aparte, inútil para la vida... de la *City*. Los sueltan en bosques de amarranto, como se suelta una bandada de palomas mensajeras. Así vivió Tennyson, en calidad de florón de la Corona, deleitándola con sus trovas, y de ruiseñor de Londres,

Como usted no nació en Inglaterra, cuando publica un libro tiene que escribir:

«Para ayudarme á pagar la edición, escribiré una

cartita á treinta ó cuarenta amigos, rogándoles que acepten un ejemplar de la obrita y me envíen su importe de una peseta.»

Ahí va la mía, querido poeta; y siempre que su musa, «pobre enferma, del dolor enamorada», esté de parto, hágame usted el favor de recordar que siempre tendré yo una peseta para contribuir á pagarle un búcaro á su nueva malvaseda.

Porque si no la tuviese, se la quitaría para usted á cualquier animal de los muchos que me tropiezo diariamente...

*(Del HERALDO DE MADRID, 9 Agosto 1902)*



## DE D. JUAN VALERA

Muy estimado señor mío: Con mucho gusto he recibido y leído el librito titulado *La Canción de la Vida* por el cual, así como por la amabilísima dedicatoria que trae el ejemplar que me está dedicado, doy á Ud. las gracias más encarecidas.

Posible es que en alguno de mis artículos de crítica me atreva yo á dar cuenta y á emitir juicio sobre el libro mencionado; pero si, como debo, he de hablar á Ud. con toda franqueza, me veré apuradísimo, en extremo dudoso de mi criterio y sin saber si soy con Ud. justo ó injusto.

Bueno es que tenga Ud. en cuenta los principios de la escuela literaria que yo sigo: la importancia, exagerada acaso, que yo doy á la forma. Sin duda que sin fondo la forma es una cosa vana, hueca y poco estimable; pero también, sin forma, el más alto y hondo sentir; los pensamientos más profundos y delicados; las más poderosas y nítidas impresiones que hacen en nuestra alma la hermosura y la magnificencia del universo visible; las ultramundanas aspiraciones á lo absoluto, eterno y divino; el amor optimista de la vida real y el contrapuesto y fervoroso deseo de una ideal bienaventuranza que de nuestra terrenal miseria nos consuele, todo esto, sin la pulcritud, limpieza y elegancia de las formas, queda algo deslucido, confuso y borroso.

En el espíritu de Ud. hay, en mi opinión, toda la riqueza de conceptos, la sustancia toda, la *materia prima*, digámoslo así, con que se componen ó fabrican los buenos versos. Para hacer estos buenos versos, posee Ud. en abundancia el oro, las perlas, los diamantes y los rubíes, la luz que ha de resplandecer en dichas joyas y los aromas y las galas de las más lindas flores que hay en el jardín de las musas. Lo que falta,

á mi ver, es que Ud. trabaje bien todo esto; lo lime, lo pula, lo ordene y concierte como es debido, suprima lo que esté de sobra y deje solo lo indispensable con severidad sobria y concisa. Yo me atrevo á declarar que, logrado lo dicho, sería Ud. un egregio poeta. Ahora, tales como son las composiciones contenidas en *La Canción de la Vida*, á mí, más que obras acabadas, me parecen bosquejos, apuntes, rico material acumulado, para componer más tarde, con el esmero y primor que se requieren, unas admirables poesías.

Claro está que sí yo me dirijo al público, alguna vez, tratando de los versos de Ud. seré muchísimo más indulgente que en esta carta.

Siempre, por último, así para *internós*, paladinamente he de tener yo en cuenta la manía de la novedad y de la moda que puede y suele hacer tropezar y hasta caer en extravagancias y amaneramientos á los ingenios más claros. Bueno es el afán, excelente y benéfico es el prurito de parecer y de ser originales; pero esto se consigue mejor siendo cada cual tal como es y como Dios lo ha hecho, sin salirse del trillado camino, que no extraviándose por trochas

y por atajos y tomando este ó aquel disfraz, que nos parezca bonito y conforme con el último figurín que viene de Francia ó de más lejos.

El atildamiento y el mayor cuidado para componer versos, nada tienen que ver con la afectación. Poetas esmeradísimos suelen ser y son naturales y espontáneos. Y por el contrario, lo afectado, lo falso y lo artificioso, se conciertan y se unen á menudo, sin la menor dificultad, con el más descuidado desaliño.

Espero que me perdone Ud. mis observaciones. Acaso estoy equivocado en todo cuanto digo. Yo no creo en la infalibilidad de nadie y menos en la mía. No presumo pues de Aristarco. Lo único de que presumo es de ser hombre de buena voluntad y con tal título digo á Ud. lealmente lo que pienso.

*(De carta al autor.—Madrid 20 Agosto 1902).*



## DE D. MIGUEL DE UNAMUNO

Mí estimado amigo: No me ha agradado menos que sus composiciones poéticas, su carta sencilla y llena de sinceridad, tan en consonancia con lo que yo creo de su espíritu.

Conozco sus *Aires murcianos*, las poesías publicadas en el «Madrid Cómico» (sobre todo *Noche güena*) y *El Rentó*. Se lo he dicho aquí á mis amigos: (todos los cuales le conocen, contando en esta vieja ciudad con un grupo de admiradores) hace mucho tiempo que no nos salía un verdadero poeta como Medina.

*Cansera, En la cieca, La enramá* (sobre todo el

final) son muy hermosas poesías. En cambio *A Murcia* y *A Cartagena* las encuentro inferiores al resto.

Creo que su aptitud de usted, más que para la poesía propiamente lírica, para la expresión de propios pensamientos y sentimientos, es para lo que los griegos llamaban *idilio* (no en el sentido moderno, sino en el helénico, bien conocido de mí que llevo siete años explicando griego y literatura griega) para el cuadro sobrio y sentido de algún suceso popular, para el cuadro de género ó de costumbres, que hoy decimos. *Cansera* y *Murria* son de profundísima intensidad y *En la cieca* es un cuadríto acabado.

Pienso escribir acerca de Ud. y sus poesías con alguna extensión, aunque no sé donde lo publicaré. Es un deber el de llamar la atención de nuestro público hacia lo que vale de veras.

He sabido por el amigo Martínez Ruiz que tiene Ud. presentado al Español un drama de costumbres murcianas, que si es como *El Rentó*, espero obtenga el éxito que se merece. Y si triunfa Ud. en la escena, tendrá abierto el único camino que dá provecho en nuestras letras, el único lucrativo.

La poesía de Ud. me recuerda la de tres, de mis



más preciados autores de nuestra literatura contemporánea, que son mi paisano Trueba, el valenciano Wenceslao Querol y el salmantino Ruiz Aguilera. Es poesía de la que yo llamo *láctea*, suave, sencilla y nutritiva como la leche, como la leche sedante y campesina.

No desmaye Ud., que puede lograr con gloria y prestigio hasta provecho, y sobre todo es uno de los mayores bienes que pueden hacerse al prójimo el de aliviarle penas y moverle el corazón.

Una cosa encuentro en sus poesías cuyo manejo es delicadísimo y es los diminutivos en *ico* é *ica*. Dan gracia y delicadeza, pero a poco que uno se descuide hacen a la composición empalagosa. Debe procurar, a mi juicio, no abusar de ellos.

A mí que me dedico a la lingüística y sobre todo a la lingüística hispano-latina y de las lenguas neolatinas (estudio que constituye mi especialidad técnica) me interesan mucho las hablas regionales. (Preparo un trabajo sobre el dialecto salmantino.) Por esto hallo, además del poético, otro interés en sus composiciones. Debe Ud. oír mucho a los huertanos y recoger todas sus frases, giros, voces y modos de decir, sin fiarse de

la memoria sola. El gran escollo en que han tropezado cuantos se han dedicado á cultivar esas hablas, ha sido el de acabar creando un dialecto para sí, un vocabulario restringido.

Gracias por el ejemplar que de *Aires murcianos* me ha dedicado. El que yo tenía lo envié á Berlín, á un amigo que se dedica á nuestra lengua y nuestra literatura.

(*De carta al autor.*—Salamanca, 30, 1, 99).



DE D. JOSÉ M.<sup>A</sup> DE PEREDA

Muy señor mío: Le soy á Ud. deudor de dos grandes favores, el regalo de su libro *Aires Murcianos* y el deleite que me ha proporcionado su lectura.

Algo de lo que aquél contiene me era ya conocido por haberse publicado en un periódico, creo que el *Madrid Cómico*. Me enamoraron entonces la sencillez y la ternura de aquella genial poesía *Cansera*, y hoy me complazco en reconocer que el poeta revelado en tan delicada obra de arte, no desmerece en las restantes de la colección.

El sentimiento de la noble, sana y conmovedora

poesía que hay en el fondo de la Naturaleza, es para pocos; y de las prendas que se necesitan para ser de ellos, ha querido dotarle á Ud. Dios pródigamente.

Este es un privilegio de los que obligan; y no debe Ud. olvidarlo por su propio bien y para su gloria, por la de la tierra en que nació y tan hermosos cantos le inspira, y para regocijo de cuantos se interesan por el legítimo esplendor de las letras patrias, como este su admirador que cordialmente le felicita y b. s. m,

*(De carta al autor.—Santander, Agosto 25-98)*



DE J. MARTÍNEZ RUIZ  
(AZORÍN)

UN POETA

Vicente Medina es un gran poeta. No hace mucho hablaba yo de su drama, *El rento*, honda tragedia, cuadro delicioso de costumbres murcianas, análisis sagaz de almas ingenuas. Hoy hablo de sus versos, porque Medina es un artista cabal, enamorado del arte, entusiasta de la Naturaleza, del campo, de los paisajes de su tierra.

Sabe llegar al alma. Pinte escenas de la vega ó fustigue en arranques pasionales la iniquidad social, Medina es siempre poeta delicado, genial, conmovedor.

Esa es la característica de su obra: la ternura, la in-

finita ternura de los hombres y de las cosas. Yo no sé si las cosas tienen alma, como pretenden los grandes artistas, Verlaine, Maeterlinck, Rodenbach; lo que sí sé es que hay instantes en la vida de todos los días, hay momentos en la prosa diaria en que es tal el estado de nuestro espíritu, que hablan ó cantan, gimen ó lloran las cosas que nos rodean; un paisaje, una pintura, una lámpara, una estatua.

Todavía recuerdo, y la recordaré mientras viva, la vibrante emoción, la emoción extraordinaria que la primera lectura de *La intrusa* me causara. Aquel ambiente de tristeza, de preocupación de la muerte que llega; aquel interior silencioso, aquellos personajes que hablan durante una hora de cosas insignificantes, en vulgar, en machacón diálogo, llega á producir en el lector la obsesión dolorosa, tenaz, insacudible, de la Intrusa que pasa por el jardín, que llama á la puerta, que atraviesa la escena, que entra en el cuarto de la enferma...

Ese es el drama de Maeterlinck, esa es la vigorosa obra del teatro *estético*.

Allí no «pasa nada»; no hay gritos, ni imprecaciones; no hay muertes, violencias, adulterios; pero

hay algo que habla con voz elocuente; hay algo que se apodera del espíritu y hace vibrar el alma con la vibración de lo desconocido, de lo trágico. Hablan las cosas: hablan las hojas de los árboles del jardín, la puerta que no quiere cerrarse, el rayo de luna que atraviesa las vidrieras multicolores, la lámpara que se apaga lentamente, el grito del niño que llora...

Sí, la Naturaleza tiene *alma*; tiene *alma* el campo solitario en noche estrellada de estío; esas inmensas noches silenciosas en que las montañas, las negras moles, se dibujan en la lejanía, y brillan parpadeando en lo alto las estrellas, y percíbense los mil ruidos de insectos, de aves nocherniegas, del viento que agita los árboles, que hace cantar los pinos; tiene alma la casa abandonada en pleno campo, cerradas las puertas, desmoronándose las paredes, batiente una ventana que el aire hace gemir con tristeza infinita en las horas de vendaval; tiene alma el mueble antiguo, pesado sillón de cuero, lienzo negruzco, velón historiado; tiene alma cuanto nos rodea, cuanto *vive* á nuestro lado y asiste á nuestras tragedias íntimas, á nuestros dolores microscópicos, á nuestras expansiones de placer, á nuestras alegrías de una hora.

Tienen alma las cosas, y los grandes artistas saben verla y trasladarla á sus versos ó á su prosa.

Medina es un artista, y llega como los entendimientos escogidos al fondo de ese mundo de emociones ignoradas. A mí me es simpático, profundamente simpático, este provinciano obscuro, desconocido en la gran ciudad, que en el fondo de una provincia, desde su tierra amada, construye su obra literaria, dramas pasionales ó versos delicados, con la serenidad de un fray Luis de León, cuidadoso de su huerto.

Y no éste, todos; todos son para mí espíritus superiores, los que lejos del tráfago mundanal, apartados de la vanidad mezquina de la comedia intelectual, laboran apaciblemente por entusiasmo al arte.

Admiro á Leopardi sobre todos los poetas; admiro el genio peregrino: «terso come il Petrarca, venuto come il Caro, arguto come Luciano, profundo come Giordano Bruno, perspicuo come Galileo Galilei»; que á los veintitantos años, retirado en Recanati, ya había conocido los secretos de la ciencia y llevaba en sí el tedio *inefable*, la melancolía exquisita del que todo lo ha visto, del que ha agotado el supremo goce, el goce de *conocer*.

Nada más estético, más esencialmente artístico, que esta melancolía, esta añisia de vivir del que muere, este anhelo hácia algo soñado, hácia el ideal que no parece, désesequilibrio entre la vida de la realidad y la vida á placer forjada.

Precisamente por esto las poesías de Vicente Medina que más me agradan son aquellas que tal estado de espíritu sugieren. Por ejemplo, *Murria* y *Cansera*.

*Cansera* es una diminuta obra maestra; una verdadera joya. El huertano, matiego apasionado de su pedazo de tierra, acorralado en su casa por las desgracias, por la mala cosecha, por la sequía, por el hijo que se han llevado á la guerra, se niega á salir de ella; no, no quiere salir; siente aquella alma ruda el cansancio insuperable, el tedio de quien toda la vida ha luchado reciamente y no recoge al final más que dolores.

¿Para qué salir? ¿Para qué ir á ver la tierra, antes fértil, los viñedos lozanos antes, la huerta un día frondosa? ¿Para qué recorrer la senda por la que él tantas veces ha pasado á través de los campos?

«Por esa sendica se marchó aquel hijo  
que murió en la guerra...»

por esa sendica se fué la alegría...  
¡por esa sendica vinieron las penas!...  
No te canses, que no me remuevo;  
anda tú, si quieres, y *éjame* que duerma,  
¡á ver si es *pá* siempre!... ¡si no me *espertara!*...  
¡tengo una *cansera!*...»

(De EL PROGRESO, de Madrid, del 5 de Marzo de 1898.)



## DE URBANO GONZÁLEZ SERRANO

Vicente Medina es una poeta de veras, de los que saben sentir y expresar la eterna poesía de las cosas. Un medio ambiente tan hermoso como el de la huerta de Murcia, reflejado por un alma de artista como la de Medina, que conserva cuidadosamente todo el aspecto local, todos los modismos peculiares del lenguaje, toda la plasticidad de una expresión viva y las hondas (á veces feroces) pasiones que rujen y explotan en el alma ingenua de los huertanos, convierte las páginas del libro en páginas de oro,

La factura sencilla, á veces monótona; los recursos

naturales, de espontaneidad primitiva, de la más sana y robusta en la poesía popular, están tomados (y con relieve escultural sentidos y expresados) de un medio semitropical, el de la huerta, con una vegetación fecunda y espléndida y de individuos con pasiones volcánicas en medio de su aparente sencillez. El contraste épico, casi siempre dramático, se desarrolla y resuelve, (en ocasiones violentamente se corta) dando la preferencia al primero de los factores, ante el cual el segundo se rompe—de tan buena cepa es,—pero no se dobla. Tal es el drama vivo é intenso que se desenvuelve en estas hermosas é incomparables poesías de *Aires murcianos*. En todas ellas, en la titulada *A otras tierras*, se expresa con toda claridad:

¿Ande hay ná como este suelo  
 cuajao de bendiciones,  
 en el que por cá granico  
 mil granicos arrecoges?  
 Las tierras no son las malas...  
 ¡La maldá la tién los hombres!...  
 Los de arriba porque llevan  
 acorãos á los probes...  
 los de abajo porque aguantan  
 que los otros lós acoren.

Aun en las menos movidas de estas poesías, late un

drama intenso, vivo, hondamente sentido, y desenvuelto con un arte maravilloso, que jamás degenera en la *sensiblería* enferma, que endémicamente ataca á los poetas pasionales del día. Sirva de ejemplo elocuente *Cansera*, cuyas esculturales estrofas parecen escritas con pluma movida por un hervor de vida, que raya en la sublimidad de la resignación estóica. No es posible citar una entre otras de las pocas y sabrosas líneas de *Cansera*; hay que recomendar muy de veras la lectura de toda ella á quien guste en arte de lo óptimo y de lo breve. Entre los *poemas menores* clasificaría un retórico al uso tal composición, y, sin embargo, *Cansera* resulta un poema de los mayores, y Vicente Medina, su autor, un poeta que sabe compaginar la sublimidad con la sencillez,

(De la REVISTA NUEVA, 5 Agosto 1899.)



## DE JUAN MARAGALL

Muy estimado amigo y señor: ¡Cómo le agradezco el ejemplar que me ha dedicado de su *Canción de la huerta*! ¡Cómo me ha removido este libro! Es otra vez aquella emoción de vida de los *Aires murcianos*. En eso está Ud. en lo fuerte, porque está en lo vivo. ¡Cómo se vé y se siente esa tierra murciana, esa alma murciana! ¡qué trágico país! Tan hermoso y dulce ¡qué fatalidad pesa sobre él? tanta energía como debe contener latente ¡por qué tan abatido y resignado? Hay versos de su canción que parecen de fuego, así quedan grabados para siempre:

«pero tié en el mirar de sus ojos  
negros una fuerza!...

. . . . .

No me quiere náide!

Esta poesía *Náide*, del principio al fin, es de lo más fuerte que se ha producido en España:

Es una amargura desconsolafca  
que llevo en la sombra, que llevo en el aire!

Cada verso es un martillazo al corazón.

Y aquella *Nubecica* que huele á vida y que es quizás la única en que á través del dolor no hay más dolor. Y *Rosica...* y la final que arranca lágrimas.

Amigo Medina, es usted el señor de la trágica musa murciana, es usted el rey de su región, y el buen rey se debe al pueblo. Ellos tal vez no saben nada, pero Ud. se debe á ellos y á sus cantares. No les sea nunca infiel, amigo Medina. Yo creo que Ud. es hoy *el murciano*: ya ve Ud. su carga y su dignidad: el alma de un pueblo...

(De carta al autor.—Barcelona 16 Abril 1905.)



## DE ZEODORO LLORENTE

Hace algunos meses está sobre mi mesa-escritorio un libro, que leo y vuelvo á leer con exquisita delectación: titúlase *La canción de la huerta*, y cada vez que en su lectura me extasío, recuerdo la conversación que tuve, ahora hace un año, con su autor, el original y simpático poeta Vicente Medina.

Desde que surgió en nuestros horizontes literarios su figura gallarda, atrájome con atracción irresistible. Estaba yo cansado de la poesía decadentista de nuestro tiempo, artificiosa y huera casi siempre, flor de estufa, cuando no flor de trapo ó de papel, ingeniosa



á veces, pero casi nunca natural, sin calor de vida, sin alma ni sentimiento. Y cuando respiraba con dificultad la atmósfera viciada de este arte ficticio, fueron para mí los *Aires Murcianos* como una ráfaga de ambiente puro, empapado en el aroma sano de los campos. Medina, el nuevo poeta, no sabía nada de la retórica pretenciosa de Academias y salones, de los versos de album alambicados y galantes, de las odas pomposas y vacías para Juegos Florales. En él se habían encarnado los pensamientos sencillos y los decires ingenuos de los campesinos del Segura, y nos transmitía su vida entera, modesta y pobre, sus sentimientos, sus aspiraciones, sus goces, sus penas, (más sus penas que sus goces) en un idioma completamente nuevo para la producción literaria, en lo que yo no sé si llamar otro dialecto, de los que en España han tomado ó van á tomar puesto en la cultura de la poesía. Pero sea cual fuere la consideración y categoría que en el orden filológico se le dé al habla *panocha* (nombre con que la bautizó mi difunto amigo, el insigne murciano D. Pedro Díaz Cassou) además del aliciente de la novedad inesperada, tenía en labios del novel poeta, dulcísimo atractivo, como una música

de esas que se pegan al oído; y prueba de ello es la rapidez con que se extendió por toda España, y el súbito renombre que dió al vate campesino. En lo que decía, y en el modo como lo decía, había verdad, naturalidad, observación exacta, vida vivida, como se dice ahora, (lo que les faltaba á los rimadores al uso) y sobre todo aquello, un sentimiento poético hondo, íntimo, ingénito, perenne, ese *quid* que hace á los poetas de veras, y que ha hecho decir al adagio que el poeta nace y no se hace.

Por todo eso, yo, que he tenido la suerte de conocer y tratar á los poetas más famosos de España en este tiempo, á los de oro y á los de similor, ardía en deseos de conocer á aquel modesto hijo de la huerta de Murcia, que bien podía hombrearse con todos ellos. Sabía que, aunque tan brillantemente había salido del montón, vivía pobre y afanoso, trabajando con ahinco para ganar el pan, y esto aumentaba mi interés.

\*  
\* \*

Al recorrer de reciente estas provincias de Levante, pregunté por él en Murcia, donde creí que moraba. Dijéronme que el poeta enamorado de los

campos del Segura, había tenido que dejar aquel para él encantado paraíso, buscando medios de vivir que allí no encontró, y que estaba ahora en Cartagena. Como tantos otros españoles sin recursos, halló un refugio en el presupuesto nacional; pero ¡qué refugio tan mísero! En la antigua ciudad de Asdrúbal era escribiente del Arsenal. Fue allí y quise visitarlo: un valenciano, ya medio cartagenero, que era amigo suyo, ofreció traérmelo á la fonda donde me hospedaba.

—Vengan ustedes á almorzar conmigo.

—Veremos si puede ser.

No pudo ser. Estaba tan atareado Vicente Medina, que no disponía de una hora para el almuerzo. Ofreció venir luego, haciendo una escapada de su trabajo, y vino, en efecto, de prisa y corriendo.

Aún es joven; para mí, muy joven: no ha cumplido cuarenta años, y aunque á otro ya le pesarían algo, á él aún no le pesan. No hay en su aspecto ni en su fisonomía nada de su estirpe labriega; no muy alto, cenceño, cetrino de color, suelto en los movimientos, enérgico en el ademán, su rostro ovalado, aguileño, de barba sedosa, le dá el tipo de un árabe, de raza

fina y aristocrática. Pero el rasgo saliente y característico, que pronto percibí, está en sus ojos y su entrecejo, vivísimos aquellos, duro éste, ¡Oh! ¡cómo expresan la fuerza de voluntad, frunciéndose el uno, relampagueando los otros! Este moro múrciano no es un soñador fantástico; es un hombre de acción, de lucha, de firmeza, de constancia.

Contóme su vida humilde y trabajosísima; no la ocultó y hasta la ha publicado en el prólogo de uno de sus libros. Es hijo de Archena; su padre era jornalero; su madre cosía en una sastrería muy modesta. Aquél se convirtió en vendedor de periódicos, y á esto se debe que España cuente hoy con un inspiradísimo poeta. El chichuelo ayudaba al padre en su faena, y se aficionó á leer cuantos papeles caían en sus manos. Viendo su disposición, enviáronlo sus padres á servir en Madrid, para que allí se abriese camino. No se lo abrió. Corrió varias casas; se cansó pronto y volvió al pueblo. Fué otra vez vendedor de periódicos, fué mancebo de botica, y por probar fortuna, sentó plaza y marchó á Filipinas. En todos estos oficios, seguidos de mala gana, lo que le preocupaba era hacer versos. Leía, leía, sin cesar; escribía, escribía sin medida, sin maestros, sin arte.

Cumplido el servicio, volvió á Archena. Tenía veinticuatro años; era un hombre hecho y derecho, sin una peseta ni manera de ganarla, era un poeta, por dentro, y nadie lo sabía, ni lo adivinaba. Con sus ahorrillos de soldado puso una tiendezuela y no pudo salir adelante. Desesperado, quiso embarcarse para Orán; pero en Cartagena le detuvieron algunos amigos, ofreciéndole buscarle colocación, y en Cartagena se quedó.

\*  
\* \*

—«He sufrido mucho, pero ahora vivo tranquilo —me decía.—Me dan veinte duros al mes en el Arsenal por copiar minutas; me dan otros veinte en una fábrica por llevar las cuentas. Le parecerá á usted eso muy poco para vivir; pues á mí me basta, á pesar de sostener mujer é hijos. Tengo ocupadas la mañana y la tarde: me queda la noche para leer, para estudiar, para escribir, y esto es la vida para mí, la ilusión, la esperanza. Mis trabajos literarios apenas me dan lucro. Muy pocas Revistas son las que de vez en cuando me envían unos cuantos duros por algún articulejo ó alguna poesía. Este dinero lo guardo con afán para

ayuda en la publicación de mis libros; y si con ello cubriera los gastos, me daría por contento.

He querido escribir para el teatro; esto es lo único que en España dá dinero á los poetas y pronta celebridad. ¡Si pudiera librarme yo del yugo de mi labor cotidiana! ¡Con qué ardor me entregaría á mi afición, á lo que yo creo ser mi vocación! Escribí un drama de costumbres de la huerta y en la lengua de los huertanos, y fué representado con aplauso aquí en Cartagena; he escrito otros para los teatros de Madrid, y no he logrado que me los admitan. Allí, desde que publiqué *Aires murcianos*, y me los elogiaron los periódicos, tengo amigos, tengo casi protectores; pero esa protección, hasta ahora, no me ha servido de nada.

No importa. Trabajaré, trabajaré sin descanso. Tengo fé. Yo veo claros los nuevos horizontes de la poesía. No me desanimo; iré adelante.»

Decía así, con voz segura y vibrante, con palabras precipitadas; con la frente fruncida, con la mirada fija, como si viese á lo lejos algo, que era su imán, la meta de su destino, la estrella polar inmóvil, á cuyo alrededor giraban todas las órbitas de su vida.

Hablamos largo rato, que para mí fué demasiado corto. Le inspiré confianza, y se desbordó su espíritu, como el copioso raudal cuando se abre la compuerta que lo contuvo. A la vez que hablaba con verbosidad, trémulo por la emoción, del arte y de la poesía, de sus excelencias, de su misión social, de su pasado y de su porvenir, sacaba con mano nerviosa, y como maquinalmente, el reloj y miraba la hora. Era la tiraña de su servidumbre, que acertaba sus confidencias, y que le hizo despedirse de mí precipitadamente.

—¡Adiós!—me dijo,—no puedo detenerme más. Enviaré á usted mis libros; los que he publicado y los que publicaré; todos, todos. Le he abierto mi alma: conoce usted ya al autor; conozca sus obras.»

\*  
\* \*

Causóme impresión honda la entrevista. Había algo de extraño en aquel entusiasta poeta. Unas veces me parecía un niño de cándidas ilusiones; otras, un iluminado, que casi me daba miedo: siempre un hombre superior, ageno á toda vulgaridad, con perfecto derecho para quejarse de su suerte, y con la noble altivez del genjo, que se sobrepone á las huma-

nas desdichas. ¡Pensar que después de aquella conversación en que su pensamiento había flotado sobre las cúpides azules del ideal, iba corriendo á esconderse en el escritorio de un taller (creo que de sombrerería) para sacar la cuenta de los jornales pagados, de las piezas de fieltro recibidas y de los sombreros vendidos; y luego, rendido por ocho ó diez horas de encorvamiento sobre el pupitre tiránico, á encaramarse á un tercer piso, para compartir con su esposa y sus hijos la sobria cena y el breve descanso! ¡Es un héroe! exclamaba yo en mis adentros; ¡Quiera Dios que no sea un mártir!

\*  
\* \* \*

Libros de poesías de Vicente Medina; el que le dió repentina fama fué un librito de pocas páginas, *Aires murcianos*, con el que inauguró un editor de Madrid la primorosa *Biblioteca Mignon*. Tras ese primero y afortunado ensayo de la poesía peculiar de la huerta de Murcia, en su lengua propia, Medina quiso escribir sus versos en castellano, y lo hizo con igual gallardía; *Alma del pueblo*, *Canción de la vida* y *Canción de la muerte*, son obras que lo acreditan. Hay en ellas, sin embargo, algo que no me place,

rasgos del extravagante *modernismo*, más en la forma que en el fondo, tentación de una moda hoy boyante, á la que no supo resistir un poeta impresionable á la novedad, y sin la suficiente preparación literaria para dejar pasar sus caprichosas oleadas.

Ahora ha vuelto á sus primeros amores. *La Canción de la huerta*, hermosísimo libro, al que me he referido al comenzar este artículo; es la continuación de *Aires murcianos*: el drama cotidiano de la humilde vida labriega, la poesía íntima, inadvertida á los ojos vulgares, de los pequeños, de los pobres, de los ignorantes, del pueblo trabajador y sufrido, que, como dice el personaje de una zarzuela popularísima «tiene también su corazoncito.»

De ese libro, os voy á hablar.

*Zeda*, el experto crítico, en una de las últimas crónicas literarias escritas para *Las Provincias*, decía de este modo:

«Así como á los que residen en las grandes ciudades les encanta de vez en cuando recorrer los campos, trepar á los montes, beber en los arroyos y tenderse sobre la yerba á la sombra de los árboles, así también á la imaginación, cansada de señoritas neu-

rasténicas, de intencionados coloquios de *boudoir*, de intrigas de telón y de filigranas de estilo cortesano, le encanta alguna vez recrearse con los rudos donaires populares, con la descripción de los regocijos de las aldeas, con el lenguaje y los cantares de la gente rústica.»

Esta observación es aplicable á todos los tiempos y á todas las literaturas. De ese gusto por la antítesis, nació en la antigüedad clásica, cuando más florecía la cultura entre los griegos y los romanos, un género tan importante como lo fué la égloga. Teócrito encantaba á los refinados atenienses encomiando las campestres bellezas de la pastoril Arcadia. Virgilio, entre los esplendores de la Roma cesárea, hacía sonar la flauta de Titiro *sub tegmine fagi*. Y el caso se repetía cuando el Renacimiento renovaba aquellos primores del arte y la poesía. El Tasso era tan admirado en Italia cuando en su *Aminta* idealizaba los amores de los pastores y las zagalas, como al describir la épica *liberazione* del sepulcro de Cristo. Y en el siglo de oro de nuestra literatura castellana, la poesía lírica, reflejo de la italiana, llevaba también á los verdes campos aquellas Fléridas y aquellas Amarilis, por las que tan dulcemente suspiraba Garcilaso.

Esa poesía bucólica produjo versos muy bellos y galanas descripciones, como aquella que comienza *Corrientes aguas, puras, cristalinas*; pero había en ella no poco de convencional y ficticio. El sentimiento de la naturaleza se revelaba poco en ella; más dominaba la retórica. Eran los poetas de entonces paisajistas que no tomaban sus apuntes del natural: pintaban «de manera», como dicen los técnicos, y las bellezas que celebraban no eran hijas del campo, sino pastoras de abanico, damas disfrazadas, predecesoras de las que copió Watteau en los jardines de Versalles. La poesía verdaderamente campestre aparece rara vez en nuestros anales literarios; más bien que en la lírica, surgen rasgos de ella en la dramática, sin duda por ser ésta más nacional, más popular. A principios del siglo XIX el melífluo Melendez Valdés renovó la olvidada égloga; pero tampoco son campesinas de veras sus Filis acicaladas y sus galantes Batiolos de las riberas del Tormes. En nuestra época ha brotado esa poesía, campestre de veras, con la descentralización literaria. El renacimiento catalán (en el cual comprendo al valenciano y al balear) y el renacimiento galaico, á los cuales han seguido conatos

idénticos en otras comarcas de la Península, se han inspirado en los afectos del pueblo, en el amor á la tierra natal (la *tierruca* de los montañeses cantábricos, la *terrêta* de nuestros paisanos, amor que degenerando en fisiológica dolencia es la *morrña* de los gallegos) en la vida peculiar de cada comarca, y esto ha revestido de íntimo encanto y de vivo interés la poesía, bien expresada, de las cosas y de la gente rústica.

\*  
\*\*

De estos nuevos cantores del campo, Vicente Medina es uno de los más inspirados, expresivos y característicos. La huerta de Murcia, tan parecida á la nuestra, no solamente es fértil y frondosa; tiene, además, un tinte halagador de poesía. Sus huertos de naranjos, sus pequeños bancales, rodeados de morenas; sus numerosos caseríos y sus innumerables barracas, sus brazales y sus *ñoras* (nuestra noria), las palmeras, que dán un aire oriental al paisaje, y sobre todo, el tipo, aún no modernizado ni uniformado, de su población agricultora, de pintoresco atavío, de tradicionales hábitos y costumbres, de trato sencillo y habla cariñosa, estaban pidiendo, para abrirles el

templo de la poesía, un artista genial. Y lo encontraron en el autor de *Aires murcianos*. Éste se ha apropiado la vida de aquel pueblo, y nos la dá en cuadros de arte sincero y exquisito, con exactitud completa é ingenuidad encantadora, en la misma lengua que emplean los huertanos, sin alterarla con artísticos pulimentos.

Manifestaba al comienzo de este artículo la duda sobre el concepto filológico que merece ese lenguaje *panocho*. Para mí, no es más que un castellano mal hablado, como en algunas comarcas aragonesas. Es de uso exclusivo de la gente rural; parece habla de niños que aún no han aprendido á hablar bien. La continua repetición de diminutivos aún le dá más ese tono infantil. ¿Sirve para la poesía? Sí, y Medina lo ha probado. Pero no para toda poesía. Como instrumento literario, su empleo ha de ser limitadísimo. Está muy lejos de la categoría del catalán, apto para todos los géneros y en el que Verdaguer ha podido escribir poemas como *la Atlántida*, y Guimerá sus tragedias y dramas; ó el gallego culto y refinado de Rosalía de Castro y Curroz Enriquez. El habla, puramente rural, de los labriegos de Mur-

cia, solo sirve para que el poeta la ponga en labios de ellos, ó para que de ellos se ocupe. Círculo de acción bien estrecho; pero que en sus reducidísimos límites, tiene un campo fecundo en que florecer. El poeta del país que lo cultiva, merece bien de los suyos, y también de los ajenos, y puede decir satisfecho con Alfredo de Musset:

*Mon verre est bien petit, mais je vois dans mon verre.*

Aunque la huerta murciana se presta mucho á la pintura de paisaje, Medina no es paisajista; es un pintor de género. No le interesa la naturaleza, sino el hombre; no es el poeta del campo, sino el poeta de los campesinos. Ni en sus primeros *Aires murcianos*, ni en los que ahora ha publicado, hay una sola composición meramente descriptiva; todas son escenas de la vida humana, á las que dá realce el lugar en que se desarrolla, pero este agradable escenario solo es el fondo del cuadro: el interés de éste estriba en las figuras, pintadas siempre con tan delicados toques de observación, que parecen vivas y quedan imborrables en nuestra memoria.

Esas figuras son casi siempre tristes. ¿Por qué? Esa

tristeza melancólica ¿es impresión del natural? ¿Es que reina el infortunio en aquellos hermosos campos? ¿Es que sus habitantes son esencialmente desgraciados? No lo creo. La vida del pobre labrador no es muy próspera, allí ni en ninguna parte; pero, en muchas, en muchísimas otras, es más penosa. Tendrán penas, sin duda, aquellos buenos huertanos; pero también tendrán, también tienen, de seguro, satisfacciones y alegrías, fiestas y jolgorios. El carácter de esta gente levantina parece más apropiado al regocijo que al humor negro. Pero Medina, de las dos fases de la vida humana, no vé más que la sombría, y esa es la que refleja en sus versos. Fortuna que su Musa, triste y dolorida, no es tétrica, ni amargamente desconsoladora, ni mucho menos espeluznante, como la de otros poetas lúgubres. Su tristeza es suave y blanda, casi dulce, como un rayo de luna en la obscuridad de la noche, como la penumbra de un crepúsculo tranquilo, que induce á serena meditación. Sus breves y sencillos cuadros de las desdichas humanas, aunque humedecen á veces nuestros párpados, no nos desgarran las entrañas; en la impresión que producen, domina la emoción estética, grata siempre al alma, y producto natural del arte y de la poesía.

Una suprema compasión hacia los desgraciados se desprende siempre de los *Aires murcianos*. Yo no puedo censurarlo. ¿Cómo lo he de censurar, yo que he dicho de reciente:

Entre todas las Musas victoriosas  
es la que más nuestro ánimo enagena,  
la que en la frente pálida y serena  
con ramo de ciprés une á las rosas?

\*  
\* \*

Quisiera citar algunas de esas sentidísimas poesías, pero me apura *l' embarras du choix*, como dicen los franceses. ¡Hay tantas que me impresionan hondamente! *Mustia*, por ejemplo, es una de ellas.

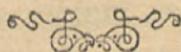
¿Son muchos los autores que, de un asunto tan aparentemente sencillo y vulgar, sepan extraer tan delicado aroma de verdadera poesía? ¡Ahl si todos los rompedores de viejos moldes dieran á sus nuevas creaciones ese exquisito sentimiento de la belleza, no renegaría yo del modernismo.

\*  
\* \*

Para concluir, he de hacer un ruego á nuestro padre Apolo. Si ese dios de los poetas conserva algo del antiguo imperio sobre sus indisciplinados devotos, no permita que á Vicente Medina le salgan imi-

tadores. El vate murciano camina seguro por el borde de un precipicio. A un lado tiene el cielo espléndido de la poesía, en el cual batè las alas; al otro lado se abre el abismo de la vulgaridad y la chavacanería. Él no rodará por esa pendiente, pero quien sin tener su genio quiera seguirle, dará el gran batacazo; estoy seguro de ello.

(De LAS PROVINCIAS, *diario de Valencia*, 23 Enero 1905.)



## DE D. PEDRO DÍAZ CASSOU

Por las cuatro únicas poesías que de Vicente Medina Tomás he leído, no dudo en calificarle de verdadero poeta, y del más murciano poeta que he conocido en una vida que ya va siendo larga. He leído más de tres veces su *Barraca*, y he recordado que entre mis papeles del siglo pasado había otros versos con el mismo título, é inspirados por la musa popular á un vate anónimo, y que fueron motivo de que el Sr. Corregidor metiera en la carcel á un ciego que los cantaba. Al envíar mi aplauso al Sr. Medina, exhumo aquellos versos, tan sentidos, aunque no tan bien hechos como los suyos:

## LA BARRACA

Canción cón motivo de la orden del Sr. Corregidor  
para derribar las de los que no tienen tierras

El rey tié varios palacios,  
en Murcia hay ca ves más casas,  
er Corregíor la tiene,  
ca uno vive como arcanza;  
y ar fin y á la prepartía  
salimos con estas ansias;  
¿qué les ha dao pa meterse  
con er próbe é la barraca?

Icen qu' es cosa del Rey  
y el Corregíor lo manda,  
que es causa de munchos vagos  
que á Murcia vien de mindanga,  
icen que lo hacen por bien  
y que les demos las gracias;  
yo digo que tó está güeno  
pero qu' ejen mi barraca.

La tengo ebajo una higuera  
junto á la cieca é Meana,  
le cantan de día los pájaros  
y por la noche las ranas;  
es fresca si hace calor,  
en invierno es una manta;  
y ni er palacio del Rey  
vale más que mi barraca.

Pa más aorno en delante  
voy á plantar una parra,  
en medio corgá de un gancho  
ha de haber siempre una jarra;

to aquer que pase y sed tenga  
 que puea echarse un trago d' agua...  
 ¡quío icir si no la erriban  
 la probe de mi barraca!

Mi páere hizo la vivienda  
 en er quijero é Meana,  
 por la enza é tomar estao  
 con mi máere de mi alma;  
 dos probes picatalones  
 que hicieron nío junto al agua,  
 er nío pá sus hijiquios  
 que jué mi probe barraca,

¡Qué güen tiempo, qué regüeno!  
 cuando á la puerta jubaba;  
 ¡qué mal día er que á mi páere  
 piés pa alante lo sacaban!  
 Él muerto, mi máere muerta,  
 yo zagal, aboa un charrasca,  
 ¡cuánta cosa sin la llengua  
 me está iciendo mi barraca!

El Rey tié varios palacios,  
 el Corregiór tié casas,  
 á aquer que tiene dineros  
 ande vivir no le farta;  
 yo tengo en esa vivienda  
 tó mi bien y toa mi alma;  
 ¿qué le queará á este infelís  
 si le erribais la barraca?

Leyendo esta canción del siglo pasado y la poesía reciente del señor Medina, se encuentra cierto parecido propio del parentesco poético entre composi-

ciones que vienen de un tronco común: la inspiración popular. No hay que extrañarlo; si publico mi *Cancionero Panocho*, haré notar que algunas coplas que se cantan hoy en la huerta de Murcia son, pensamiento y palabra, coplas árabes que se cantaron quizás en esa misma huerta, hace seiscientos años.

(De EL DIARIO DE MURCIA, 10 de Diciembre 1897.)



## DE D. JOSÉ VENTURA TRAVESET

Siempre, y en todas las épocas y lugares, la poesía lírica ha recorrido todos los tonos del género, si bien han motivado sucesivas transformaciones y formas protéicas el medio ambiente y las condiciones en que ha vivido el poeta; así es bélico y varonil Tirteo, dulce y meditabundo Horacio, religioso y creyente Dante, escéptico y despreocupado Espronceda. Encontrar en nuestros días de pesimismo y tendencias utilitarias, rimadores que fluctúen suavemente entre el clasicismo y el modernismo, que conserven la tradición filosófica salmantina amalgamada con la rea-

lidad actual, que huyan de la impalpabilidad y vacío de los muchos que escalaron la cumbre del Parnaso, aun en nuestras mejores y más florecientes épocas, lo estimo como un verdadero hallazgo, y por eso quiero contribuir con mi modesta admiración á poner de relieve los méritos de un poeta de nuestros días, semi-bardo, semi-trovador de los presentes tiempos, que ha sabido crear en lo fácil un género inimitable y cuyos secretos solo él posee. Me refiero al murciano Vicente Medina. La primera vez que leí su nombre fué en *Los lunes de El Imparcial*, al pié de su primorosa *Cansera*; comencé á recorrer maquinalmente con la vista sus desiguales versos, con la distracción del que busca algo con que *desengrasar* su espíritu en un momento de ocio y descanso, y sentí los ojos preñármese de lágrimas que tuve que enjugar con disimulo: leí ya con más atención tan delicada composición y quedé sorprendido del nuevo derrotero que marcaba este poeta regional. Compré en seguida los *Aires murciauos*—que es de donde estaba seleccionada la poesía del periódico, y sus suaves estrofas sobre costumbres de la huerta de Murcia, deleitaron mi alma con la misma intensidad que las de Jorge

Manrique, Garcilaso, Becquer y Zorrilla. ¿Es que Medina pertenece á la escuela de estos ú otros poetas célebres? Nada más distante: su comparación es solo psicológica y no lírica: es un creador regional al estilo de los novelistas del Norte—la Sra. Pardo Bazán ó Pereda—pero sus asuntos son cuadros pequeñísimos apenas novelables, y vistos y sublimados á través de su exquisita sensibilidad: él nos dice lo que todos vemos á diario á nuestro alrededor, sin parar mientes en el mundo de sentimiento que de allí brota; nos presenta el lado triste y melancólico de la vida huertana del reino de Murcia, pero con alegría santa, con tristeza morisco-cristiana resignada, que nos cautiva y ata, que no nos hace odiar la vida, sino mirarla en los puntos de realismo de una clase desheredada que sufre, que llora, que calla, pero que arranca lágrimas al corazón más indiferente. Su factura general tiene un fondo antitético, no burlón ni punzante como el de Campoamor, sino bucólico en un principio y con desenlace psicológico-social; así presenta á las *zagalicas* ya llenas de juventud y de vida, ya después muertas, ya despidiendo la fragancia de la pureza, ya caídas luego en el fango mundano, etc., etc. Pero hay otro punto de vista más sim-

pático en la labor de Vicente Medina: la de haber recogido en sus cuadros el llanto de las infelices mujeres españolas que perdieron sus hijos en las ingratas luchas coloniales, dejándonos, como los líricos de nuestra guerra de la Independencia, el retrato más notable, la semblanza más vigorosa de la madre del soldado expatriado en estos últimos años, y la fisonomía más real de nuestro bisoño que muere ó padece en un hospital de sangre en tierra que nos era enemiga, y extenuado por la fiebre ó por el traidor vómito.

Sí: Medina es el poeta elegiaco de la humilde huertana, madre española desheredada de fortuna y herida de muerte por la quinta del hijo: si sus versos se hubieran leído en los teatros á raíz de nuestras desgracias de Cuba y Filipinas, un sollozo general se hubiese levantado de todos los ámbitos de las galerías, del mismo modo que inevitablemente corren silenciosas las lágrimas por nuestras mejillas cuando le leemos.

Yo, el último de los profesores de Literatura, de año en año doy á conocer este poeta entre mis discípulos, leo en cátedra sus sencillas poesías gimoteando con mal fingida fortaleza, le incluyo sa-

tisfecho en mi programa de curso, y creo no andar muy descaminado cuando Fitzmaurice Kelly, el gran hispanófilo de Londres, miembro honorable de nuestras Reales Academias españolas, editor del *Quijote*, el más insigne que se conoce—según la autoridad de Menéndez y Pelayo—le incluye en su obra concienzuda de Literatura española.

Vicente Medina figurará en plazo no lejano en todos los libros de literatura. Y me cabe en ello la honra de haberme anticipado, dentro de los moldes académicos de nuestra enseñanza universitaria. ¡Quiera Dios que no alcance tardía reparación este sentido poeta, como ocurrió á nuestro profundo Ganivet, del que nadie se acordó en vida más que nosotros sus paisanos, y que hoy se lee y se admira bajo la sombra que proyecta la corona de laurel y ciprés de una muerte prematura! Medina debe vivir, como aquél debió vivir, hasta que alcance la madurez y la boga que le deseamos los que le admiramos y envidiamos su hermosa pluma, sólo mojada en lágrimas de dulce consuelo y de admirable apacibilidad.

(De la revista LA ALHAMBRA, de Granada, 30 Junio 1905)



## DE PEDRO COROMINAS

## LA CANCIÓN TRISTE

Vicente Medina es un poeta eminentemente popular que, lejos de aprender en los libros de los teóricos y en las obras de los maestros, pide inspiración á la tierra querida, á la huerta asoleada, cubierta de flores y naranjos, y vá á sorprender las imágenes ingenuas y calientes de vida en el alma misma de su pueblo.

En los *Aires murcianos* de Medina, hay, sin embargo, dos elementos que permiten señalar el lugar y el tiempo de su aparición. En nuestros días y principalmente en España, el arte ha perdido gran parte del lirismo clásico para quedarse esencialmente

narrativo. El sentimiento de la naturaleza, el arrobamiento amoroso, el entusiasmo guerrero, el éxtasis místico, todas las emociones que inspiraron obras inmortales á los artistas de todas épocas, han ido desapareciendo al compás de nuestra decadencia, cediendo primeramente parte de su pasada hegemonía al argumento, hasta quedar finalmente desterrados en las menguadas obras de los poetas, de los novelistas, de los dramaturgos, de los músicos y de los pintores, que se limitan á reproducir sucesos más ó menos sensacionales.

En España, salvo en raras excepciones, ha predominado siempre el elemento narrativo de la obra, en torno del cual se han agrupado todas las emociones, entusiasmos y lirismos del artista; y Medina, moviéndose dentro de la tradición, aunque remontándose á la ternura del romance popular, cuenta siempre una historia en sus poesías; pero sabe vestirla de imágenes ingenuas, nutrirla de emociones conmovedoras y encontrar la tragedia en el idilio, dándonos la visión fulgente del claro-oscuro, al presentarnos unidas por modo magistral las alegrías más puras y los desgarros del alma.

Si en eso es hijo de su tiempo, en la obsesión de la muerte es el cantor del mediodía. Un voluptuoso amor al descanso, un relajamiento muscular que aplana al hombre tras los súbitos arrebatos tardíos, un dejo inconsciente con que las viejas razas orientales han sellado para siempre el alma andaluza, han producido y perpetuado ese sensualismo de la muerte que impregna de lóbrega melancolía las soleares de la España meridional. El pueblo se goza allí cantando las desesperanzas de la muerte; en el violento transporte de sus juergas relampaguea un renunciamiento oriental de raza cansada, y la aversión y repugnancia que los pueblos vigorosos sienten por la muerte, se trueca en sus cantares por un sensualismo trágico, por un descanso voluptuoso de los esfuerzos de la vida, por una convivencia fraternal con la idea de la anihilación.

Y la sensual tragedia de la muerte la ha cantado Medina en casi todos sus *Aires Murcianos*. El tema se repite una y otra vez, siempre con la misma melancolía, con una variedad asombrosa de imágenes sentimentales y con un cierto romanticismo popular. Esta ferocidad del poeta, encuentra expresión enér-

gica y delicada en su dialecto, y aunque procura diversificarse en el alma del anciano maestro, en la de la madre que llora á su angelito, en la del viejo vencido que perdió su hijo en la guerra, en la del amante despreciado, en la del hombre querido y en la evocada lozanía adolescente de la ramera muerta, impregna todo el libro de una monotonía desoladora que, lejos de afearle, constituye uno de sus mayores encantos.

Aparte estos elementos de su estro, contemporáneo el uno y español el otro, todo es singularmente personal en el poeta murciano. En todas sus poesías hay una frescura viviente, una naturalidad simpática que seduce al lector. Los que no hemos oído nunca el hablar de esos huertanos que nos presenta Medina, nos convenceremos al momento de que esas son sus palabras y sus frases y sus quererres y sus dolores, pues de la pluma del poeta ha salido al primer esfuerzo un dialecto literario que no estaba *hecho* todavía.

Una de las notas más acentuadas del nuevo libro, es la vigorosa impresión del claro-oscuro que en todas sus composiciones se dá. Las audacias coloris-

tas de Ribera se reproducen aquí con las imágenes fulgurantes evocadas por el escritor. Y así, para encuadrar sus múltiples visiones de la muerte, escoge el fondo asoleado de la vega, *entapizá* de flores; para cantar la *murria* del soldado enfermo, le recuerda los rosales, los claveles, las alábegas; á la madre angustiada ante la cuna de la hija enferma, le hace pedir piedad con las mismas palabras que repetía el angelito cuando jugaba alborozado con ella; y al ver en el burdel á la joven zagala, recuerda con estos versos su frescura perdida:

D' otra manera se peina,  
 d' otra manera es su traje,  
 no es el olorcico que echa  
 olorcico d' azadares,  
 ni su cantar es el mismo,  
 ni tién sus coplas el aire  
 d' aquellas que por la güerta  
 se echan entre los cañares...

Hay algunas poesías en que Medina deja de narrar y se remonta resueltamente á un lirismo trágico en busca de la emoción pura. La desolación de la huerta abandonada, las espigas

arroyás y pegás á la tierra;  
 ..los sarmientos ruines y mustios

y esñas las cepas,  
sin un grano de uva  
ní tampoco, siquiá, sombra d'ella...

dán á la composición titulada *Cansera*, una belleza clásica insuperable. Quizás sea ésta la mejor del tomo, pero á nuestro juicio, *La canción triste* sintetiza mejor que otra alguna el estado de alma del poeta, hasta el punto de que hubiera podido ponerse al frente, como lema de todo el libro. Habla de un extraño de barba blanca, ojos azules y voz muy dulce, que apareció una mañana cantando entre mozos y viejos una canción muy triste. La armonía y el dejo melancólico de estos versos son un encanto:

Mienta cosas cantando que náide  
por aquello qu ice sabe lo que son:  
unas palabricas llenas d'amargura  
y otras palabricas llenas de dulzor...  
Pero por el dejo ¡tan triste, tan tristel!...

llega al corazón  
y es verdá que nenguno lo entiende  
¡pero lloran tós!

Páece que habla mentando su tierra  
y quereres que allí se dejó...  
Páece que habla d'hijos y que habla de nietos  
y de algo que al cielo se llevara Dios...  
Y se esjarra su pecho en quejios,



ca ves que se güelve pa ande sale el sol,  
y se vé que se mojan sus ojos  
y se siente que tiembla su vos.

En todo el libro no hay una sola nota alegre, que no sea suscitada para dar relieve á la impresión dolorosa del conjunto. No conozco á Vicente Medina y me lo imagino joven, lleno de vida. Me gustaría escudriñar su alma, porque todas estas tristezas parecen tan hondamente sentidas, la melancolía de estos versos es tan ingenua y leal, que me hace pensar en el vencimiento físico, en la enfermedad adolescente, ó en la tragedia íntima que agostó de este modo la alegría de su juventud y le arrancó tan tristes querellas.

El poeta ha nacido y la vega murciana ha encontrado el cantor de sus azahares. España sólo debe regocijarse parcialmente. El joven artista, no ha pensado en ella más que para llorar la soledad de la huerta abandonada por el soldado que murió en la guerra. Cuando la vieja España se desmorona; cuando la América latina se entrega alborozadamente á emancipar su lengua del antiguo tronco castellano; cuando en la misma capital aparece el regionalismo en el lenguaje achulapado de los barrios bajos, otra región

noblemente orgullosa de sus bellezas, afirma un dialecto y su personalidad por la voz inspirada de un poeta.

*(De VIDA NUEVA, Madrid 6 Agosto 1899.)*





# CANCIÓN DE ESPERANZA

CARTEL DE EXPOSICIÓN

## CRISTO

Ved en la cruz el mártir de su amor infinito...  
¡es el Dios del perdón!... Sangra la augusta  
corona del dolor sobre su frente  
y, eternamente abiertos,  
¡tiende á los hombres los amantes brazos!...

Amémonos en él, y redentora,  
su dulce ley de amor haga la vida  
reino de Dios, de paz y de ventura...  
¡Amémonos en él, hombres, hermanos!...

Amémonos, y el fuego de nuestro amor extinga

rencores miserables, diferencias  
de clases y de razas, de sectas y de cultos...

Borre nuestra bondad y tolerancia  
todo humano delito...  
¡condene nuestro espíritu piadoso  
castigos y torturas y crueldades!...

Inagotable nuestro amor, conquiste  
la alta prerrogativa de los reyes,  
y sea patrimonio  
de todos, el perdón, que haga, en los campos  
de abrojos y de espinas,  
¡brotar hermosas flores!...

Hagamos la sencilla vida de los oscuros,  
y el esplendor y fausto que resaltar nos haga,  
estribe en que tengamos  
tesoros de bondad... Hermanos, hombres,  
¡de la humildad y del amor, tan sólo,  
exista la opulencia!

.....

¡Vedlo en la cruz!... Al mundo,

el esplendor de su bondad, cegara...  
¡es el mártir sublime de su amor infinito!...  
¡el Dios de la piedad!... Sangra la augusta  
    corona del dolor sobre su frente,  
    y, eternamente abiertos,  
¡tiende á los hombres los amantes brazos!



## CREDO

Como fruta madura de la vida  
las leyes del amor tendrán los hombres  
y el reino de los cielos  
ha de ser con nosotros en la tierra.

Con nosotros, con todos:  
las venideras razas  
han de fundirse en nuestro polvo mismo  
¡y nosotros seremos  
revividos en ellas!

¡Oh, sí, reviviremos!

Ante el imperio justo de la razón sagrada,  
    los grandes potentados,  
    los ricos verdaderos,  
serán, en la familia de los hombres,  
    los buenos ¡los piadosos!

Y los ricos serán munificentes...  
prodigarán tesoros infinitos  
de su amor, que será toda riqueza,  
    y cuanto más prodiguen  
¡su bendito caudal será más grandel

Aquellos más humildes  
serán Cresos del bien y sus tesoros  
    irán donde ellos vayan...  
¡ni al verlos indigentes dudaremos  
que llevan sus tesoros en sí mismos

Y aquellos solamente  
serán glorificados:  
los buenos, los piadosos,  
los de elevado espíritu,  
los abiertos á toda tolerancia,

los que adoren la vida,  
los que amen la verdad ¡los soñadores!

¡Creo, Naturaleza!  
creo en tus santas inmutables leyes...  
Reviviremos todos  
en nuestro polvo mismo,  
cogeremos la fruta  
madura de la vida  
¡y el reino de los cielos  
ha de ser con nosotros en la tierra!



## EL DÍA DE LA SIEMBRA

¡Sembradores, á los campos,  
que es el día de la siembra  
y esponjada y anhelante de semillas  
preparada está la tierra!

No dejeis pasar el día, que es hermoso sembradores...  
¡á los campos!... alborea,  
y las tierras entregadas á la vida,  
como vírgenes sagradas al fecundo espasmo tiemblan!

Echad pródigos al surco

la semilla sana y buena...

Confíad en vuestro esfuerzo, que bendice Dios los campos  
y ha de ser la más hermosa de la vida, la cosecha!

¡Sembradores, á los campos!...

Ya regada está la tierra  
con la sangre de los hombres, y hondos surcos  
han abierto los trabajos y las penas...

¡Sembradores de la vida, sembradores,  
arrojad sobre los surcos las ideas!...

Confíad en vuestro esfuerzo, que bendice Dios los campos  
y ha de ser la más hermosa de la vida, la cosecha!

---

## CANCIÓN DE PAZ

Guerrero que en el remoto país estás,  
lejos del plácido hogar,  
sembrando luto y pavor,  
oye esta dulce canción  
de paz:

El soldado con quien luchas,  
en quien se ceban tus odios,  
lo mismo que tú, dejó  
allá en su valle natal  
¡su amor!...  
¡su hogar!...

No hay más ley universal

que el amor,  
y la patria debe ser veneración  
al lugar  
en que la infancia pasó  
en un sueño arrobador  
al arrullo maternal...  
La patria no es ambición,  
ni miserable rencor,  
ni desatada pasión...  
¡es amor!

.....

En la estepa el anciano, la abandonada  
tierra infecunda, triste mirando está...

Ya, fatigado y débil,  
no puede arar...

¡Del arrogante mozo que fué á la guerra,  
qué falta aquellos brazos haciendo están!

.....

La moza, en la escondida senda del valle,  
melancólicamente canta su amor...

Oid su canción:

«¡Amor!

«¡A la guerra te llevan, mi amor!...

¡Qué lejos te vás!...

¡A la muerte te llevan, mi amor!...

¿Volverás?... no volverás?...

Mi amor es la vida, la guerra la muerte...

¡Ay mis ilusiones y mis alegrías,  
que la muerte acechando vá!...»

.....

Y en los campos y en la aldea  
la canción no suena ya  
del mancebo que á la guerra se marchó...  
En el silencioso hogar  
se oye solo de la madre el supirar  
de dolor!

Bravo guerrero que estás  
lejos del plácido hogar  
sembrando luto y pavor,

no olvides esta canción  
fraternal...

¡No hay más gloria que la paz,  
ni más ley universal  
que el amor!



## LA CANCIÓN DE LA AÑORANZA

El temporal violento  
reina en la costa brava...  
Del bergantín hermoso  
que hizo arribar al puerto la borrasca,  
á la puesta del sol, sobre cubierta  
celebrando el domingo, los marineros danzan...

Su danza es alegre,  
flexible, gallarda...  
su música es simple, pero es como el aire

del mar y los campos, de pura y de sanal...

Con un dejo triste,  
la fiesta acompañan  
la tarde que muere, los sordos rumores  
del mar en la costa y el viento en las jarcias...

La danza es alegre, la música alegre;  
pero hay en la fiesta visiones extrañas  
y en el bronco sonar de un pandero,  
monótono y blando, cadencias nostálgicas...

Triste y melancólica,  
del pandero la nota cansada,  
despierta el recuerdo  
de los seres queridos que aguardan  
las naves ausentes  
en costas lejanas...

. . . . .  
. . . . .

Danzan los marineros enardecidos  
cual si evocaran

y vivieran su vida  
toda en la danza...  
Danzan... Sus movimientos  
rítmicos hablan...  
¡Quizás se remontaron  
del sueño en alas,  
y en derredor del baile  
surge la patria!...

Y al son plácido traído de sus costas,  
la visión querida pasa...  
la de aquellas venturosas dulces noches  
del hogar, nunca olvidadas...  
la de tiernas  
infantiles remembranzas...  
¡la de amores delicados y constantes  
escondidos en el alma!...

Y al son plácido, los hombres  
que serenos arrojaron la borrasca,  
se estremecen y suspiran  
en su danza...

Y en la tarde melancólica que muere  
y al acorde candencioso de las jarcias...  
al son bronco del pandero que repite  
su monótona y constante nota blanda,  
misteriosa...  
sin palabras...  
como soplo de caricia de otras tierras,  
¡gira en torno de la nave la canción de la añoranza!...

## OTOÑO?...

Otoño?... ¡no hay otoño!

¡Ni otoño melancólico, ni pavoroso invierno,  
ni dulce primavera, ni abrasador estío!

Si arde al beso del sol aquí la tierra  
la hielan más allá vientos glaciales,

sin que deje por eso  
de rugir el volcán en sus entrañas,  
ni de adornar los cráteres la nieve...

¡Como fútiles modas,  
como todo, pasaron

también las estaciones!...  
Puede el hombre á su antojo  
vivir en perennales  
climas templados, tórridos ó fríos...  
¡puede buscar la noche sin aurora  
y el día sin ocaso!...

Otoño?... ¡no hay otoño!  
Se acortan las distancias,  
se borran las fronteras,  
los pueblos se confunden...  
¡Ni razas ni estaciones!  
Bien pronto todos unos:  
los climas, los países,  
los pueblos, sus afanes...  
Sí, ¡pronto! ¿qué es el tiempo?  
*Bien pronto sólo Tierra*  
germinadora, fértil,  
poblada, repoblada...  
¡y en ella una amorosa  
ríente y perfumada primavera!...

Otoño!... no hay otoño

ni habrá, más tarde, Tierra...  
habrá sólo Universo,  
viviendo la armonía  
serena de los mundos...

Después, acaso, vida y amor tan solamente!

# ¡BENDITO SOL!

Al despuntar el sol que centellea  
sobre los anchos muelles de la ría  
que blanquean cubiertos  
por el helado manto de la escarcha,  
la tropa de rapaces vagabundos,  
lo mismo que bandada de gorriones,  
baja desde sus nidos de miseria...

—*¡Buen día! ¡Buen día!*—

dicen aleteando...

Y se abren y se esponjan

lo mismo que las aves,  
sacudiendo sus pobres  
entumecidos miembros,  
á la dulce caricia  
del sol, padre de todos.

—¡Buen día! ¡Buen día!—  
repiten con alegre charloteo,  
—¡Aquí, que hay solecico!—  
Y vuela la bandada  
de un lado para otro,  
buscando los abrigos de los muelles,  
calentando sus manos ateridas  
con el vaho caliente de sus bocas.

. . . . .

¡Oh, sol, pródigo sol! ¡Oh, sol bendito,  
que amándonos á todos  
haces amar la vida  
y haces creer y confiar en ella!  
¡Oh, redentor augusto

y alegría piadosa de los pobres!

. . . . .

—*¡Buen día! ¡Buen día!*—  
dicen los cargadores animados  
en la ruda tarea,  
por el ardiente beso  
del sol enardecidos...  
—*¡Ande, muchachos, ande, que el buen día  
hay que meterlo en casa!*—

Y en medio del trajín y entre los sacos  
que henchidos se revientan y se vierten,  
pululan los rapaces,  
que en todo picotean,  
astutos y taimados  
como pájaros listos  
que siempre se hallan prontos  
á levantar el vuelo.

Mujeres incitantes,  
cual sazónada apetitosa fruta,

y precoces mozuelas,  
á todo, como el sol, alegres ríen  
y triscan y bromean con los hombres  
que en el trabajo á veces,  
también como rapaces,  
ratos de esparcimiento merodean....

Helados viejecitos,  
puestos al sol, se animan y sonríen  
melancólicamente...

Y todo como el sol y á su caricia,  
al alborozo de vivir se entrega.  
Gozad, pájaros listos,  
picotead contentos,  
que se vierte la vida en todas partes...  
Mujeres y mozuelas  
que á todo, como el sol, reís alegres,  
reid sin freno alguno...  
Miseros hombres del trabajo víctimas,  
dóciles é infelices,  
podeis merodear esparcimiento...

Tomad el sol, helados viejecitos,  
sonreid todavía...  
¡Oh, sol, bendito sol, que á todos llegues!...  
Inúndanos á todos,  
¡oh, redentor agosto!  
¡oh, piadosa alegría de los pobres!

## LA CANCIÓN DE LA VIDA

En el monte oloroso tapizado  
de aromáticas yerbas  
y dominando el mar; sobre las rocas  
que las blancas espumas festonean;  
sobre los lechos blandos  
de la menuda arena,  
las bulliciosas turbas  
de los días de fiesta  
forman corros alegres  
y en soberana libertad meriendan.

Huyen de la ciudad... van como esclavos  
que rompen sus cadenas...  
Huyen los abatidos  
que taciturnos la ciudad encierra...  
huyen como esas aves  
que hácia otros climas afanosas vuelan...  
¡Van á arrojarse en brazos de la augusta  
madre Naturaleza  
que acógelos á todos  
envanecida de su prole inmensa!...

Huyen de la ciudad... ríen y gozan...  
los baña el sol y el viento los oreja...  
Los fatigados cuerpos  
pronto recobran sus perdidas fuerzas,  
en alborozos cándidos  
olvídanse las penas  
y son todos los hombres más apuestos  
y las mujeres son todas más bellas.

Forman corros alegres... ¡son familias!  
su libertad y su vivir celebran:

comen, ríen y gozan,  
abren puesto al festín á quien se acerca  
¡y á los que pasan lejos  
llaman á voces con jovial franqueza!

¡Familias venturosas  
que á la plácida vida se despiertan!...  
¡Corros, alegresorros  
dispersos en el llano y en las peñas!...  
A la luz de los cielos que amorosa  
los acaricia y besa,  
y en medio de los campos que riénten  
á su invasión se entregan,  
parecen grandes flores...  
¡flores en todo su esplendor abiertas!

. . . . .  
. . . . .

Radiante de alegría,  
corriendo tras su esposo placentera,  
grita una joven madre que en sus brazos  
un niño hermoso lleva:

—Miral miral Te dice papaïto!...  
 ¿pero no ves qué lengua?  
 Te dice papaïto! papaïto!...  
 Mi vida! mi ilusión! Bendito seas!—  
 y en efusivo arranque,  
 loca á su pecho con pasión lo aprieta  
 ¡comiéndoselo á besos,  
 en su ternura maternal deshecha!

. . . . .

Con el sano apetito  
 de saludables hembras,  
 las soñadoras vírgenes  
 comen y ríen con la boca llena...  
 comen, aman y ríen,  
 se persiguen gritando, cantan, juegan...  
 rojas están del sol y de alegría...  
 ¡las amapolas son de la pradera!...  
 Atraídos los hombres  
 por la alegría y el amor, las cercan,  
 las arrullan amantes... ¡y al oído  
 de las vírgenes llega,

como secreto aviso de ignorados  
    placeres que se esperan,  
la anunciación sagrada de la vida  
á cuyas ansias misteriosas, tiemblan!

.....

Y todos alborotan, todos cantan...  
    ¡es la bandada suelta!...  
Y entre el rumor alegre de los corros  
dispersos en el llano y en las peñas,  
apagando la nota persistente  
    de las humanas quejas,  
¡la canción de la vida, en un suspiro  
de conquistada libertad, se eleva!

.....

.....

Apuestos hombres, bulliciosos niños,  
    madres de amplias caderas  
y encantadoras vírgenes, tesoros  
de vida y de promesas:  
    reid, gozad, amaos

en perdurable fiesta...  
¡Bendígaos Dios, familias... Con vosotros  
la santa paz y la ventura sean!

---

## LA CANCIÓN DE LOS TRIGOS

Han granado ya los trigos  
y se muestran opulentos...

¡inundaron de oro puro las anchuras de los campos  
y á los hombres el tributo de la vida les rindieron!

¡Han granadol... Sazonadas las espigas,  
se inclinaron y cantaron agitadas por el viento,  
tristemente, gravemente,  
con susurros de misterio;

«No nos venda al oro el hombre  
»ni haya más oro que el nuestro...  
»todos gocen las cosechas  
»que los campos dán espléndidos...  
»no nos guarden codiciosos  
»en sus trojes los perversos  
»y que teman, si nos guardan,  
»la venganza justiciera de los buenos...

Y los amos reclutaron segadores,  
y los trigos se quedaron en silencio  
á los golpes de las hoces, que tendidos en los campos,  
hechos haces, los dejaban como muertos.

. . . . .  
. . . . .

Han granado ya los trigos...  
Los hambrientos  
sudorosos, extenuados,  
atiborran de los hartos los graneros...  
Y turbada la alegría soberana de la tierra  
con el deajo

de fatales, de mortales pesimismo,  
de los siervos  
resignados, melancólicos,  
suenan lánguidos y tristes los cantares á lo lejos...  
«Dios dispuso así este mundo  
»y no tiene el mal remedio;  
»Dios hizo ricos y pobres  
»y tendrá siempre que haberlos!

Las sangrientas amapolas manchan haces y rastrojos,  
y los trigos que cayendo  
van al golpe de las hoces,  
redentores y soberbios,  
al caer sobre los campos,  
su canción van repitiendo:  
»No nos venda al oro el hombre  
»ni haya más oro que el nuestro...

Llevan tristes los esclavos á los hombros  
las gavillas de los trigos opulentos...  
cabecean las espigas de las trágicas canciones,

tristemente, gravemente, con susurros de misterio...  
¡cabecean las espigas  
y en las frentes abrumadas van piadosas dando besos!...

---

## LA CANCIÓN DE LAS FRUTAS

De frescos tonos,  
en todos los colores, en todos los matices,  
doradas por el sol, exhuberantes,  
sus excelencias y su abundancia  
serenamente cantan las frutas:

»Somos las hijas de la verde fronda...  
»fuimos hermosas flores  
»y hubo tiernos poemas

»de amor en nuestros cálices...  
»Hoy somos carne, carne fecunda  
»de nuevas vidas y nuevas flores...  
»¡Venid, comednos, ya que nos damos  
»en miel y en carne, pródigamentel...

Y pródigas se ofrecen

¡son exquisitas!

Lléname, hermosa mujer, el halda...  
ven y entre besos—fruta de amores—  
también comamos las dulces frutas  
que dá la tierra... ¡Oh, madre tierra,  
fecunda tierra, Dios te bendiga!

¡Se ofrecen pródigas!

A las ciudades vá su tesoro,  
las multitudes comen voraces...  
¡Oh! no comedlas, ingratos hombres,  
no amais los campos,  
no habeis abierto sus hondos surcos  
ni vuestra frente sudado en ellos!...  
¡no amais la tierra!...

¡Oh, qué hermosura!  
las ramas fuertes están rendidas  
y á nuestro paso la dulce carga brindan espléndidas...  
¡Mira qué pomos! en nuestras frentes  
dán incitantes...  
¡Oh, sanas frutas!  
¡como impacientes de que las coman,  
maduras caen!...

Mujer hermosa, ven y seamos como las frutas,  
ven y vivamos entre las frondas,  
ven y cantemos;  
nuestras canciones serán hermanas de sus canciones,  
de amor henchidas...  
ven y cantemos también nosotros:

»Fuimos hermosas flores  
»y hubo tiernos poemas  
»de amor en nuestros cálices...  
»Hoy somos carne, carne fecunda  
»de nuevas vidas y nuevas flores...  
»¡tomadnos todos!»

---

## ¡BENDITAS ONDAS!

La bulliciosa turba de niños  
al mar se acerca como bandada de alegres pájaros,  
desembarazan de los vestidos sus cuerpos ágiles,  
á las caricias del sol y el aire gallardamente  
su carne entregan,  
al mar se lanzan hechos racimos,  
¡rte la vida!

. . . . .  
. . . . .

Mi compañera, lánguidamente  
buscando apoyo sobre mis hombros;  
yo en sus megillas, como manzanas,

de puro rojas, dando mordiscos...  
riendo alegres, correteando por los senderos,  
hasta las negras húmedas rocas que el mar combate  
nos hemos ido, y en los recodos de los peñascos  
hemos buscado la fresca sombra,  
como pareja de enamoradas aves marinas...

Sobre las peñas, sobre las limpias peñas lavadas,  
hemos dejado nuestras molestas ropas ridículas,  
y en soberano libre albedrío,  
como dos niños, fervientes hemos  
hecho en el ara de la grandiosa Naturaleza  
¡la ofrenda pura de nuestras carnes!

—¡Oh qué blanquísima!—digo á mi amada—  
carnes de nieve, carnes de mármol,  
carnes de nácar... ¡oh qué blanquísima!...  
¡yo soy el risco,  
tú eres la espuma!—

Y entre mis brazos al mar la llevo...  
tiemblan las ondas alborozadas...  
¡ríe la vida!

---

## HE CORRIDO POR LOS CAMPOS

¡He corrido por los campos!...  
me he entregado á la caricia saludable de los vientos...  
me ha besado el sol augusto  
reanimando mi aterido débil cuerpo...  
¡me he sentido revivir en el regazo  
de la madre soberana, y mis labios se han abierto  
anhelantes á la vida, al abrigo de los montes,  
en el lecho de los campos, bajo el manto de los cielos!

. . . . .  
. . . . .

He corrido por los campos con mi amada compañera  
y he gozado de sus risas celebradas por los ecos...  
Infinitos, como rutas venturosas de la vida,  
se ofrecían los senderos...

Los ramajes atraían como nidos misteriosos  
y forzados por nosotros, los ramajes se han abierto...  
¡En el fondo de los valles y en los altos de las lomas,  
de flor llenos,  
ostentaban su blancura inmaculada,  
como galas virginales de la tierra, los almendros!

He corrido por los campos  
y han venido á remozarme la alegría y los deseos...  
¡he sentido enriquecerse de energías varoniles  
mis alientos!...

De mi débil compañera,  
por los sitios escabrosos, he llevado el dulce peso:  
¡en mis brazos la he llevado por las trochas y los riscos  
y á través de la espesura de los pinos gigantescos!...

Hemos ido hasta el barranco y ascendido á la ladera,

por el sol enardecidos y oreados por el viento...  
nos zumbaban las abejas que buscaban afanosas  
las dulzuras de sus mieles en la flor de los romeros...

¡Hemos ido hasta el barranco!... la feraz naturaleza  
rodeábanos solemne como un templo..  
sometidos á sus leyes, devorados por la llama  
del eterno amor fecundo nuestros pechos,  
se han juntado delirantes nuestras bocas,  
y la vida han consagrado nuestros besos  
en el lecho de los campos, al abrigo de los montes,  
¡bajo el manto azul riënte y apacible de los cielos!

---

# EN EL HOGAR



## PARA MI NIDO

(A UNA NIÑA)

¿Tú no sabes por qué yo hago versos  
y canto incansable como el pajarillo  
que busca en los campos, canta que te canta,  
su grano de trigo?  
Pues es, dulce prenda, porque como el pájaro  
también tengo nido,

y en él mis hijuelos que sé que me esperan  
abierto el piquito...  
¡todo el santo día,  
*pío,... pío,... pío!*...

¿Tú no sabes por qué canto triste?  
Pues es porque he visto  
sobre el árido campo sin mieses  
muerto un pajarillo  
que, cantando, cantando, buscaba  
su grano de trigo...  
es porque deshecho  
ví también el nido  
y en él sus hijuelos muriéndose de hambre  
y abierto el piquito,  
¡todo el santo día,  
*pío,... pío,... pío!*...

---

## ERES CRISTIANA

Pedazo de mi vida, ensueño mío,  
que en tu cunita duermes, y tu alma,  
dormidita también, pliega sus tenues  
y purísimas alas,  
pedazo de mi vida,  
ya eres cristiana!

Estrella de mis ojos, han caído  
sobre tu cabecita las redentoras aguas...  
De infinita bondad, con su frescura  
llenen tu alma...  
Ya profesas, mi bien, la fé de Cristo



la fé sublime y santa...  
¡Pedazo de mi vida,  
ya eres cristiana!

Para que seas buena  
y sencilla y humilde, prenda amada;  
para que la virtud, bendita mía,  
sea tu gracia,  
y sea tu candor como el aroma  
de una flor delicada...  
para que, como propias, te conmuevan  
las ajenas desgracias  
y cifres en el bien ajeno el tuyo,  
serafín de los cielos, te hice cristiana.

Para que nunca seas, ángel mío,  
de la riqueza y vanidad esclava;  
para que nunca sientas los insensatos odios  
de religión ó raza;  
para que odies las guerras, alma mía,  
te hice cristiana.

Para que, toda amor, á todos ames  
y seas de los tristes, en la aflicción, hermana;  
para que de tus propios enemigos  
    compadezcas las faltas  
    y, en piedad infinita,  
borre todo delito tu perdón, y tus lágrimas  
    como divino bálsamo  
    curen las llagas;  
para que tu dolor y sacrificio  
    luz de alegría lleven á las almas;  
¡para que en el martirio, tu propia y redentora  
luz te ilumine, te hice cristiana!

Para tí, corazón, ensueño mío  
que en tu cunita duermes, y tu alma,  
dormidita también, pliega sus tenues  
    y purísimas alas..  
¡para tí, corazón, cuando despiertes,  
    para tu alma  
cuando se bañe en luz, encanto mío,  
pedazo de mi vida, son mis palabras.

---

## CONSAGRACIÓN

Soltándose del pecho y con los labios  
húmedos por la leche todavía;  
pataleando inquieta y revoltosa  
sobre la cama tibia  
que los esposos jóvenes  
acaban de dejar, queda la niña  
satisfecha y en una soberana  
desnudez hermosísima...

Y la madre que, en éxtasis, deshecha  
de ternura, la mira,

en un sublime impulso  
de adoración, se inclina  
igual que el sacerdote sobre el ara,  
¡y consagra ferviente las divinas  
carnes, con besos que, en el sexo virgen,  
como en sagrado cáliz deposital

---



# ¡ALMA MÍA!

¡Ay mi roncerilla! ¡Ay mi pequeñusa,  
qué celo me tienel  
Apenas á casa llego del trabajo,  
cuando ya me siente,  
y corriendo á gatas, aunque se lastima,  
¡alma mía! buscándome viene...

Atosigadita se acerca... su dulce  
mimoso vagido, de amor me estremece...  
rojas las manitas y las rodillitas  
se ha puesto, que sangran, y vérselas duele...  
Llega apresurada, tiémblanle las tiernas  
piernecitas débiles...

gemequea triste... para que la tome,  
los bracitos ansiosa me tiende...

¡Ay mi roncerillal ¡Ay mi pequeñusal  
¡*Apa* con el padre! No quiero que ruedes  
por el suelo, y así tiradita,  
como cosa que nadie la quiere...

Mocosilla, deja... deja que te limpie...  
también lagrimitas en los ojos tienes...  
¡y cuantas babitas!... ¡Lástima de boca  
que atormentan los pícaros dientes!

¡Y estás heladital Calla y no me llores,  
porque me remueves  
las entrañas todas,  
mi vida, de verte  
tan poquita cosa, tan esmirriadilla,  
tan tierna y tan débil...

No me llores, alma,  
mis brazos son fuertes,  
y ya estás en ellos acurrucadita...  
¡Alma, no suspires!... ¡Alma mía, duermel

---

## SIN CONSUELO

Mi padre se ha muerto,  
mi madre no llora...

Hay quien tiene secos los ojos... ¡y el llanto  
por dentro le ahögal...

Mi padre se ha muerto,  
mi madre no llora...

Hay quien en sus ojos nunca tiene lágrimas

ni sonrisas jamás en la bocal

Mi padre se ha muerto,  
mi madre no llora...  
¡Hay quien se deleita  
devorando sus penas á solasl

.....  
.....

Cuando la desgracia  
cruel nos acosa,  
me dice mi madre con hondo suspiro:  
«¡Si tu padre alzara la cabeza ahöral...»

Y si la fortuna  
favorable sopla,  
mi madre suspira también y repite:  
»¡Si tu padre alzara la cabeza ahöral...»

.....  
.....

¡Pobre madre mía

que ni del consuelo de quejarse gozal...

    Mi padre se ha muerto,

    mi madre no llora...

yo sé por qué tiene tan secos los ojos...

sé por qué no tiene sonrisas su boca...

    sé por qué se esconde

    y está siempre sola!...

    Mi padre se ha muerto...

¡cuando todos duermen, mi madre solloza!

. . . . .  
. . . . .

## LA MALVASEDA

Apenas huele la malvaseda  
de mi balcón;  
pero es sufrida y en todo tiempo  
me dá su olor.

Con poco vive y ama la vida... ¡Ama la tierra!  
¡Como unos brazos de enamorada,  
tiernas raíces en ella echó!...  
¡Son su alegría la fresca lluvia,

los aires puros  
y los ardientes rayos del sol!

No es ostentosa la malvaseda;  
mas tiene gracia y es, aunque humilde, sólida y fuerte;  
si no descuella su delicada modesta flor,  
pródiga, en cambio, se dá en sus hojas, se dá en sus tallos,  
¡toda perfume, de las raíces al corazón!

Acariciando las hojas suaves,  
¡oh, cuántas veces, como á los besos agradecidos,  
de rico aroma la mano amiga se embalsamó!...

¡Como una cosa que sufre y ama,  
honda ternura me hace que sienta  
la malvaseda de mi balcón!

---

## OASIS

El joven buen esposo  
torna de la tarea...  
en la paz y el sosiego  
de su casita sueña,  
y fatigado en la continua lucha  
por la existencia,  
rendido del trabajo, torna al hogar tranquilo,  
refugio en las benditas horas de tregua.

Torna al hogar, en donde



con amoroso celo se le espera...  
torna como gozoso pajarillo  
que escapó de la jaula y hácia su nido vuela...  
le aguarda con el niño al pecho en el regazo  
la amante compañera,  
¡y el joven buen esposo á la madre y al hijo,  
en muda y larga adoración contempla!

De la fatiga del rendido cuerpo  
se recobró el esposo; la sonrisilla tierna  
del niño, acaso en la abatida frente  
disipó la negrura de penosas ideas,  
¡y augusto como gracia de los cielos,  
en el hogar humilde el dulce idilio reinal!

Comiéndoselo á besos y haciéndole arrumacos,  
el padre con el niño juguetea,  
mientras la madre, que cogido al pecho  
al pequeñuelo tiene, se embelesa  
mirándolo mamar, y en arrebatos  
de maternal ternura, alocada, deshecha

y dándole chillidos entrañables,  
contra el desnudo seno con efusión lo aprieta...

El niño codicioso, que con boquita y manos  
aférrase á las ubres, se afinca y ronronea,  
y en alto los menudos piececillos,  
agitándolos, pega  
con ellos á su padre, que enajenado ríe  
y en las rosadas carnes cosquillea...

—Nene,—le dice el padre—  
¿es que al papá le pegas?  
No me pegues, cariño, que yo te quiero mucho...  
¡te quiero mucho, prenda!...  
Y la madre le dice:—No, monino,  
al papá se le besa...  
Llámale tú con tu boquita, cielo...  
¡dí papáito, estrella!...  
—¡Papá!—graciosamente  
el niño balbucea,  
volviendo la carita,

al par que el pecho suelta...  
Los jóvenes esposos  
absortos y felices lo contemplan,  
¡y una gota purísima de leche  
en el botón de rosa del blanco seno tiemblal...

---

## LA CANCIÓN DE LAS MADRES

La canción de las madres  
es una delicada  
canción de besos...  
breve canción que dura  
lo que los hijos  
en el regazo...  
los hijos tiernos,  
¡hermosos y fugaces

como las flores!...

Junto á la cuna  
cantan las madres;  
su canción es caricia,  
queja, suspiro...

«La estrella de mis ojos  
ya está durmiendo...  
¡ni los ángeles tienen  
tan dulce el sueño...»

Madres!... fuentes purísimas;  
manantiales de amor, inagotables...  
Madres!... madres!... misterios  
de inefable ternura;  
sagrados vasos de la vida; santas!...  
Yo me prosterno ante vosotras, beso  
donde pisais y os rindo  
mi adoración en elevado culto.

. . . . .  
. . . . .

Cantan... en el regazo  
    tienen al hijo,  
¡y en éxtasis lo miran  
    y lo amamantan!...  
Cantan las madres:

«¡Cuanto se quiere á un hijo,  
    Dios de mi alma!...  
¡Cuanto te quiero, carne  
    de mis entrañas!...»

Y la vida le dán en el supremo  
deleite del amor... le dán su sangre!...  
    ¡Fuentes purísimas!...  
¡sagrados vasos de la vida! ¡oh, senos!...

. . . . .  
. . . . .

Hermosos y fugaces  
    como las flores,  
    vuelan, al fin, los hijos  
desde el tibio regazo de las madres:  
    los unos á los cielos,

los otros por la tierra,  
y espira la canción... Cruel impuso  
la pena su silencio...  
pero aún puede escucharse,  
preñada de ternezas infinitas,  
la canción de las lágrimas!

---

## CAMARADAS

## I

Era ciego el anciano... Vivía  
el pobre abuelito  
con su hija menor, ya casada,  
que tenía un nene,  
al cual no podía soltar de los brazos,  
por el celo grande  
que le había cobrado el pequeño.

Quitándose al niño del pecho, la hija  
le dice al anciano: —Tómelo usted, padre,

10

que me deje hacer algo.

El abuelo

toma al nietecillo  
sobre las rodillas, delicadamente,  
y su venerable rostro se ilumina  
con un gozo vivo  
que parece la luz de su alma...

Aquella luz pura  
que salir ya no puede á los tristes  
apagados ojos.

Ya con él á solas, el abuelo palpa,  
con las temblorosas manos la carita  
del niño que duerme,  
y como una cosa sagrada lo besa,  
prozándolo apenas con los fríos labios!

## II

El nieto se cría saludable y fuerte.  
Tiene ya dos años y está á todas horas  
con el abuelito...

El uno no puede pasar sin el otro,  
y se llevan tan bien, que parecen

viejos camaradas.

Como centinela

vigilante en la más negra noche,  
intranquilo y alerta, amoroso,  
cuida el ciego del niño: sus leves  
menuditas pisadas conoce...

lo adivina cuando

calladito y cerquita lo tiene...

y si revoltoso corre el pequeñuelo,  
inquieto lo escucha, alta la cabeza

y atento el oído,

viéndose en el rostro toda un alma ansiosa  
que pugna impotente, dolorosa y trágica,  
por salir y asomarse á los muertos  
dilatados ojos.

Con precoz instinto

y con mimo y con gracia infantiles,  
corresponde al amante cuidado  
del abuelo, su nieto que tiene  
rasgos deliciosos:

—¡*Apa, abelo! ¡Pomer, abelito!*—

dice el niño gufando á la mesa,  
de la mano cogido, al anciano.

Y el nieto, que ha visto  
poner á la puerta  
todas las mañanas, al sol, una silla  
para el pobre abuelo,  
con sus débiles fuerzas arrastra  
la silla, y conduce  
también al anciano,  
fijando en el rostro  
dolorido del ciego, su dulce  
despierta mirada,  
con gesto piadoso.

Y todas las tardes cuando le prepara  
la merienda á su niño la madre,  
pide el pequeñuelo para el abuelito,  
faltándole el mundo  
por llevarle al anciano de todo.

Entonces el ciego

con ternura retiene en los brazos  
al niño y lo besa...  
y desmesurados abriendo los tristes  
apagados ojos,  
qué en vano en el rostro del nieto se clavan,  
con mortal desaliento le dice:  
—¡Qué gozo poderte ver! ¡Qué bueno que eres!  
¡¡Qué hermoso que debes de ser, hijo mío!!

---

## CÓMO HABLAN LAS MADRES

—Cuento diez hijos,—  
dice la madre  
—me viven siete,  
cinco casados.

¡Lo que se goza con los que viven!...  
¡lo que se sufre con el recuerdo de los que faltan!...—

Y en sus ternuras, que son de mieles,  
gotas destila de hiel la pena...  
De los que viven relata cosas con embeleso,

¡pero la nota de los que faltan  
se escucha siempre como un gemido!...

Dice la madre:

—De los que viven estoy contenta:  
son buenos hijos y no les falta salud ni suerte;  
pero aunque goce por este lado,  
¡no se me olvidan nunca los otros!...

Tengo mis nietos,  
tan revoltosos que algunas veces  
me hacen que ría con sus diabluras y con sus gracias;  
pero hay entre ellos una rubita de ojos azules,  
roja lo mismo que los madroños,  
cuya presencia me pone triste...  
porque es en todo la viva imagen  
de una hija mía que se llevara Dios á los cielos  
¡ya mujercita!...

Yo sé que hay pocos como mis hijos...  
de estos que viven, uno es un santo por sus virtudes,  
tiene talento que causa asombro;  
pero de fijo no fuera en zaga por sus bondades

otro de aquellos...  
¡de los que duermen bajo la tierra!

Los dos mayores, de los casados, ya tienen canas,  
y siento gozo de verlos fuertes;  
¡pero tendrfa ya, de seguro,  
de uno de aquellos tres que no viven,  
biznietos grandes!

¡Lo que se goza!...  
¡lo que se sufre!...  
Cuando á mi mesa logro reunirlos,  
uno por uno los voy contando...  
jamás me sale cabal la cuenta...  
¡faltan los otros!—

---

## MADRECITA

Eres ya mayorcita... tienes, hija,  
que aplicarte á las cosas de la casa.

Ya sois muchos; yo sola  
no puedo con la carga...

Sin conseguir llevaros  
limpitos y compuestos como yo deseara;  
sin poder atenderlo  
todo, aunque me deshaga

y no haciendo otra cosa que dar puntos,  
tiempo me falta.

Necesario es que cosas y que planches  
y que aprendiendo vayas  
á lavar, y el gobierno de la comida y todo,  
porque tú estás llamada  
á descansar y, cuando yo no pueda,  
á ser la madrecita de la casa.

Tienes que trabajar, hija, y hacerte,  
por tu bien, animosa y resignada.  
A la mujer sufrida y hacendosa  
todos la alaban,  
y el trabajo, hija mía,  
es la salud del cuerpo y la del alma.  
Tienes que trabajar: con el trabajo,  
toda fortuna y bienestar se alcanza;  
el trabajo hermosea y ennoblece  
á la mujer honrada;  
es justo y bueno trabajar, es santo...  
¡tienes que trabajar, que Dios lo mandal

Y ahora, escucha bien lo que te digo:  
A tu hermanita quiero destetarla.  
Cuando caen malitos y no comen,  
    con la teta se salvan...  
pero tiene dos años, hija mía,  
y dará fin de mí, porque me traga.  
Al pecho se me coge lo mismo que una loba  
    y siento, cuando mama,  
    que me saca la sangre  
y se me abre de dolor la espalda.  
Vamos, por eso, á que desde esta noche  
duerma contigo: tienes que abrirla,  
haciendo que á tu lado se esté acurrucadita;  
    pero con cuidadito, no la vayas  
    á oprimir demasiado  
    ¡Dios mío! y me la ahogaras!  
Cuando me eche de menos ¡alma mía!  
    procura conformarla  
    arrullándola quedo  
    con mimos y palabras,  
y no me la amedrentes ni la asustes  
    ¡hija de mis entrañas!...  
¡hazte cuenta con ella que eres su madrecita,

y así de dulcemente me la tratas!

Hija mía, es preciso:  
pronto serás mujer, y estás llamada  
á descansarme y, cuando yo no pueda,  
á ser la madrecita de la casa.

---

# ¡DUERME!...

Tengo á la nena en brazos;  
yo la he dormido  
cantándole una tierna  
canción de niños:

La nena va á dormirse  
porque es muy buena...  
¡Con su papá, qué á gusto  
duerme la nena!...

Duerme, que también duermen  
los angelitos...

en las nubes del cielo  
quedan dormidos...

Duérmete, pequeñita,  
que yo te quiero...  
Mañana á coger flores  
al campo iremos...

Iremos á sentarnos  
cerca del agua,  
donde los pajarillos  
alegres cantan...

Al monte subiremos  
¡arriba! ¡arriba!...  
Veremos á la Virgen  
que hay en la ermita.

La Virgen tiene en brazos  
también su niño:  
¡es el Rey de los Cielos  
que está dormido!...

La nena va á dormirse  
porque es muy buena...  
¡Con su papá, qué á gusto  
duerme la nena!

. . . . .

La nena se ha dormido:

¡qué dulcemente!...  
Su santa paz me invade,  
mis iras vence,  
y mi dolor, en dulce melancolía,  
como ella duerme...

Como hilo misterioso de fuente pura,  
sigue calladamente mi arrullo tierno,  
para mi amor, dormido como los ángeles...  
¡para mi alma triste, que tiene sueño!...

Amemos, perdonemos,  
bendita mía...  
Alma, reposa, duerme como la nena.,  
¡duerme tranquila!

---

## DE LARGO

¿Si estás hermosa?... Oh, sí! con la hermosura  
de un espléndido día cuando nacen  
sus tímidos albores, mensajeros  
de la radiante luz. Pero me apena  
que dejes ya tus galas infantiles  
y que te vistan *de mujer*, cuando eres  
tan niña todavía... ¡Loco anhelo  
de arrebatarte á la dichosa vida  
de la riënte candorosa infancial  
¡Qué desmedido afán el de tu madre  
y qué ilusión tan cándida la tuya!  
¡Qué pueril vanidad! Vestir *de largo*  
y velar torpemente la belleza

de tus divinas virginales formas  
en su airosa esbeltez, con los inventos  
de la moda, ridículos y cursis,  
faltos de gusto y natural donaire;  
dejar la franca risa con su encanto,  
por la afectada seriedad que hiela,  
y trocar la pureza inmaculada  
de tu casta infantil desenvoltura,  
por la estudiada forma comedida  
en la que tiene el impudor su asilo...  
Y todo para qué! Para arrojarte  
á la vida brutal de las pasiones  
que con caretas de placer te brindan  
el desengaño y el dolor ocultos;  
para exponerte en el social mercado,  
vendiéndote, tal vez, inicualemente,  
y dejarte á merced de otros cariños  
que acaso sean disfrazados odios...  
Para eso tal empeño... prisa tanta  
porque esta placidez de tu inocencia  
con esa edad angelical concluya...  
¡Qué desmedido afán el de tu madre  
y qué ilusión tan cándida la tuya!...

---

## FLORESCENCIA

Como botón cerrado, de amapola  
que rompe al sol y en púrpura se tiñe;  
    con el cándido rostro  
    de rubor encendido  
    en un despunte ingenuo  
    de virginal malicia,  
    así la adolescente  
niña gentil, contando apasionada  
    está á sus amiguitas  
el suceso feliz, y escuchan ellas  
como otros botoncitos de amapola

que aguardan, agitados por el céfiro,  
romper, al sol, para teñirse en púrpura...

Dice la niña adolescente:

—Vengo

de casa, de mi hermana, que ha parido  
un nene como un sol: se siente gozo  
de tenerlo en los brazos... ¡qué carital  
¡es una rosa á medio abrirl... ¡estrellas  
sus ojitos parecen!... ¡qué monino!  
Mira sin comprender, como extrañado  
de hallarse en otro mundo... Lloro... duerme  
y, durmiendo, suspira y se sonrío

ya, como si soñase  
con otra vida... ¡es cosa  
que hace pensar!... Al pecho  
se agarra que parece

que ha nacido enseñado... De hito en hito  
lo contempla mi hermana con un celo  
¡que el alma se le sale por los ojos!...

¡Ángel de Dios! Lavándole,  
cuando hemos ido á verle,

le tenían desnudo, ¡encueros vivos!...  
¡Qué carnes más hermosas!...  
sonrosaditas, blancas...  
¡suaves como la seda!...  
y el pelito rubín ¡como su padre!—

Así la adolescente  
niña gentil, el caso peregrino  
cuenta á sus amiguitas,  
que abren los bellos ojos admirados...  
Y la verdad augusta  
que, cual radiante sol, rasga el misterio,  
alborea en las frentes candorosas  
y hace de los humanos  
botones virginales,  
¡flores de amor abiertas á la vida!

---

## COMUNIÓN

Es la hora, hija mía. Despierta, abre los ojos  
al ardiente destello  
que de rubor te enciende;  
despierta, que con gritos impetuosos,  
con gritos de la vida,  
á tu sangre y tu alma llama Naturaleza;  
despierta que ante tí, bellas, radiantes,  
abre la pubertad sus puertas luminosas,  
bajo cuyos triunfales arcos, engalanados

de flores y de ensueños,  
pasan las vírgenes...

Es la hora, hija mía, de que hagas  
acto de comunión en la familia  
humana, para gloria  
tuya y de todos.

Apréstate á vivir: á dar tu vida  
y á vivir en la vida de los demás, la tuya.

Apréstate á ser fuerte  
y á luchar y á sufrir. Tú, como todo,  
por ínfimo que sea,  
tienes una misión, y has de cumplirla.  
Date en flores y frutos  
pródigamente.  
Entrégate á la sana  
y natural inclinación, lo mismo  
que el agua pura que en las peñas nace  
y corre á su albedrío fecunda y bienhechora...

Habla discretamente con tu madre,

como una compañera:  
escucha sus palabras amistosas  
y penetra el secreto de la vida.

Del vehemente mancebo  
que te ronda y te sigue apasionado,  
si tu afecto despierta, no rehuyas  
la elocuente mirada;  
aliéntala, dejando  
que delaten tus labios, en sonrisas,  
tu alegría fecunda,  
y el amante mirar de aquellos ojos,  
recógelo en tu alma como divina ofrenda.

Es el acto sublime;  
¡cuerpo y sangre te doy en mis consejos  
del que fué todo amor! Su ejemplo sigue  
de piedad y ternura inagotables  
y adórale en los actos de tu vida!

Es el acto sublime:  
¡recibe de la copa

sagrada de los labios de tu padre,  
la santa eucaristía!...  
¡Aitar serán los campos,  
dosel serán los cielos,  
y sus galas pondrá la primavera!

---

# DEL DOLOR



## LA CANCIÓN DE LA MUERTE

Me arrullaba amorosa la muerte  
con una voz dulce, y yo le decía:  
—No me cantes así, que estoy triste...  
¡no me duermas aún, madre!...  
    déjame que juegue,  
¡déjame engañado creer todavía,  
    que divierte el juego  
    vano de la vida!

---

## CANTO...

Yo canto siempre  
y es una sola canción mi vial

Cuando infantiles  
mis carcajadas suenan alegres;  
cuando es mi risa la mariposa de inquietas alas  
que sobre todas las flores vuela,  
no es que las negras aves se fueron del árbol triste;  
también entonces amargamente canto, bien mío,

¡le canto amores  
á una alegría que yo idolatro, pero no encuentro!...

Cuando en la prosa vil de la vida la hiel apuro;  
cuando en la farsa del mundo necio soy comediante;  
cuando al empuje de los humanos troto entre bestias,  
también yo canto:

las de las madres que á sus pequeños enfermos duermen,  
son mis canciones en esas horas...  
¡son el arrullo de mi tristeza,  
que es como pobre niña enfermita!

Cuando acaricio tu carne blanca;  
cuando retengo furiosamente  
tu cuerpo débil entre mis brazos,  
canto canciones desesperantes...  
¡canto, alma mía, deseos muertos!

Y cuando lloro, son mis canciones las más alegres;  
son mis piadosas santas canciones...  
¡las aguas puras de misteriosa fuente serena



## LA CANCIÓN DEL DOLOR

¡Ven, vida mía! Hay solo una canción:  
¡la canción del amor!

.....  
¡Ay, alma mía! Hay solo una canción:  
¡la canción del dolor!

## I

¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instatel...

Yo ví tus negros ojos mirarme dulcemente,  
yo tuve entre las mías tu mano abandonada,  
yo te llegué á besar...

¡Y ví por todas partes miradas amorosas  
y manos enlazadas y pechos agitados

y bocas anhelantes buscándose frenéticas  
con ávida pasión!

Y entonces, entusiasta, canté la vida hermosa,  
creyendo que la fuente de manantiales puros  
que el fatigado espíritu soñara inagotable  
para calmar su sed,  
nunca jamás podría ser otra que esa fuente  
por cuya senda pasa con su amoroso idilio,  
feliz por un momento, porque soñando pasa,  
la eterna juventud.

Por eso aquella noche, ciñendo tu cintura  
mi brazo que temblaba gozando tu abandono,  
muy solos y muy juntos, te dije tiernamente,  
sintiéndome feliz:

«Yo cantaré, bien mío, para que tú sonrías  
y goces el deleite del amoroso canto,  
que una canción hay solo: ¡la universal y eterna  
sublime del amor!»

. . . . .  
. . . . .

## II

Si tú supieras, alma bendita de mi älna,  
las cosas que he callado, lo mucho que no digo,  
las veces que he gozado sufriendo tus desdenes...

¡verías tú, mi amor!

¡Verías tú placeres que me dejaron huellas  
de hieles amarguísimas!... ¡Verías amarguras  
que al alma le dejaron un peregrino gusto  
de delicada miel...!

¡Verías tú, bendital... Yo soy aquel que ríe  
porque en la risa encuentra brutal aturdimiento;  
aquel que se embriäga con la nerviosa risa  
de argentinado son.

Yo soy aquel que busca la carcajada fresca,  
como la rosa mustía la gota de rocío,  
como el ardiente labio la cristalina fuente,  
donde calmar la sed.

Yo soy aquel que ríe para matar la queja...  
la queja dolorida que del cansado pecho  
que sufre consumido por el amor humano,  
se exhala pertinaz.

Yo soy aquel que entona canciones de esperanza...

canciones saludables de puros alborozos...  
 ¡pero que llevan dentro del alma que las nutre,  
 la más triste canción!

Canciones en que pongo de las humanas quejas  
 la salmodía triste que con cadencias íntimas  
 produce en el espíritu, de la exudante angustia,  
 la obscura vaguedad;

canciones en que es alma y madre, á un tiempo mismo,  
 como divina esencia de vida palpitante  
 y germen de ternuras y germen de alegrías,  
 la nota del dolor.

.....  
 .....  
 ¡Si tú supieras, alma bendita de mi alma!...  
 ¡Yo acaricié el ensueño!... ¡yo tuve fé un instantel!...  
 No hay fuente como aquella que mana la amargura,  
 para calmar la sed...

Yo cantaré, bien mío, para que tú suspires  
 y goces las angustias del doloroso canto,  
 que una canción hay solo: ¡la universal y eterna  
 sublime del dolor!

---

## LA CANCIÓN DE LAS TRISTEZAS

Tristezas fecundantes, tristeza melancólicas,  
amores misteriosos y vagos del espíritu  
que en él dejáis en horas de doloroso espasmo,  
germinadora esencia del alma de la vida...

Venid á mí, tristeza, pesad sobre mis hombros...  
venid enamoradas... venid voluptuosas...  
echad sobre mi rostro la sombra de las penas,

poned en mí la marca de intensas palideces...

Venid y quedamente, con abandono tierno,  
como hablan los amantes en la callada noche,  
¡habladme sin rebozo ni trabas torturantes  
á solas y en la noche discreta del espíritu!

Venid y dulcemente... ¡desapiadadamente!  
con la pasión sincera de los amantes ciegos,  
secretas confesiones hacedme enamoradas,  
aunque atormentadoras mi espíritu conturben.

.....  
.....  
Así las evocara y en la secreta noche  
vinieron las tristezas é, igual que melancólicos  
amantes doloridos, ¡á mi cansado espíritu  
cantaron el supremo deleite de la vida!

«No hay nadie en este mundo contento con su suerte;  
»aquello que se alcanza no nos hará felices;  
»del perennal deseo tan solo existe el goce...

» ¡de lo soñado siempre, mas nunca conseguido!

» Somos amantes fieles... ¡las más fieles amantes!

» las del amor intenso, las del amor que mata,

» más amorosas cuanto más de nosotras huyen,

» teniendo para todos caricias dolorosas...

» Somos la inestinguible pasión que en todos late,

» suplicio, al par que goce, y aliento de la vida:

» nuestra deidad es Tántalo y Tántalo es el mundo,

» que sufre la inefable tortura del deseo.

.....

» — ¡Dadme los besos todos de todas vuestras bocas! —

» muriéndose de amores el hombre suspiraba,

» en tanto que abstraídas en sus amores vanos

» las vírgenes pasaban eternamente vírgenes!...

» Nosotras lo adormimos con nuestro triste arrullo...

» El hombre suspiraba: — ¡Dadme los besos todos! —

» ¡Nosotras recogimos en el amargo cáliz

»de la infinita pena, sus ínfimas ansias!...

. . . . .  
. . . . .

Cantaron las tristezas después más débilmente  
las místicas ternuras de los deseos idos...

Con lánguida sonrisa, con desmayado acento,  
cantaron melancólicas... ¡cantaron añorantes!...



## LA CANCIÓN DEL YUNQUE

## I

Alegrando los valles  
el alba asoma,  
y el yunque su argentina  
canción entona...

*Tin tán! tin tán! tin tán!  
tin! tin! tin!...*

Junto al camino puso el herrero

su fragua tosca:  
 la negra fragua  
 de fáuces rojas...  
 Canta el herrero  
 y el fuelle sopla...

Y el forjador que el hierro  
 candente doma,  
 batiéndolo, sus golpes  
 sobre él redobla...

Canta el herrero: su voz es limpia como los puros  
 timbres del yunque. Canta el herrero, dios de la forja!

«Nadie, si tú no fueras, me domaría,  
 porque soy hierro...  
 ¡pero es que tú, zagala de labios rojos,  
 eres el fuego!»

Su amor y su trabajo,  
 siempre amorosa,  
 compendia y acompaña  
 la alegre nota...

*Tín tán! tin tán! tin tán!*  
*tin! tin! tin!...*

¡la canción argentina

que el yunque entona!

.....

.....

Cuantos más golpes recibe,  
más intensas puras ondas  
lleva el yunque de su acento por los valles,  
frescas, limpias, cristalinas, insistentes, vibradoras...

Y del yunque  
son las notas,  
repetidas dulcemente por los ecos de los valles,  
claras, tenues, delicadas, vagorosas,  
ya cercanas  
ó remotas,  
como quejas, como voces de los tristes  
que soportan  
resignados la tortura de los golpes  
de una vida dolorosa...  
¡como quejas, como voces de almas puras  
que en las penas se acrisolan  
y que viven dulcemente



la tristeza de amarguras misteriosas!

.....

.....

## II

Alegrando los valles  
el alba asoma,  
y el yunque su argentina  
canción entona....

*Tin tán! tin tán! tin tán!*  
*tin! tin! tin!...*

Pasaron por el valle  
las alegrías, las penas hondas...  
como racha de viento  
pasó la vida, fugaz, ruidosa...  
pasó callada después la muerte...  
dejó al herrero sin ilusiones... solo en la choza...  
¡por compañera,  
su fragua toscal!...

Desde entonces el herrero ya no canta:

con la rumia de sus penas en silencio el hierro forja,  
y á los golpes del martillo,  
la canción del yunque, sola,  
repetida dulcemente por los ecos de los valles,  
dá sus notas  
¡frescas, limpias,  
insistentes, delicadas, vagorosas!...

---

## LA CAJA LINDA

### I

Fiestas reales  
hay en la casa  
y están alegres hasta las peñas  
de la cañada,  
cuyos despiertos ecos repiten,  
en la profunda noche tranquila, las risotadas..  
Es que el bautizo de su pequeño  
celebra alegre, con toda pompa, Tomás, el guarda,

Y es tan buenazo Tomás que, al darle Dios este hijito,  
que es el primero, colma sus ansias.

Blasa, su pobre mujer, sonrío  
desde la cama,  
donde en los brazos tiene al pequeño,  
cuya carita como una rosa fresca resalta  
sobre la ropa  
como la propia nieve de blanca...

Blasa sonrío  
de ver al pobre Tomás que lleno de gozo baila.

## II

Por la vereda  
de la cañada,  
se acerca un hombre, que aún viene lejos,  
y por las trazas  
es, de seguro,  
Tomás el guarda...  
Alguna cosa

vistosa y maja  
trae bajo el brazo... Es una cosa de azul de cielo  
y al sol reluce cual si tuviera cantos de plata...  
Ya me figuro lo que es: sin duda,  
Tomás, del pueblo vuelve á su casa  
y es lo que trae para el pequeño,  
que dicen todos que está que encanta.  
¡Oh, qué contento traerá el costoso juguete el pobrel  
Me lo imagino: viene que salta...  
piensa en su nene  
que se alborozaba con el regalo que no esperaba...  
piensa en la madre que, envanecida,  
con toda el alma,  
le dice: «¡Has hecho divinamente!... ¡poco me páece  
pal hijo mío, la gloria misma que le compraras!»

. . . . .  
. . . . .

Tomás se acerca...  
ya se vé claro que es una caja  
lo que debajo del brazo trae...  
de azul de cielo... con relucientes cantos de plata...

linda... ¡muy linda!...  
¡pero es de muerto la linda caja!

.....  
.....

El golpe sienten hasta las peñas  
de la cañada  
¡cuyos despiertos ecos repiten, en la profunda  
noche tranquila, los dolorosos ayes de Blasal...

---

## LA PROMESA

## I

¡Pobrecita Lola!

Lola la del *Huerto de la pasionaria*...  
tan malita se encuentra la pobre,  
que milagro será si se salva...

¡Pobrecita Lola! parece mentiral  
¡si vendía salud, de tan sanal...  
Siempre tan sencilla, siempre tan alegre,

¡tan buena muchacha!...

Su madre está loca  
de pena, no duerme desde há tres semanas...  
de la cabecera, de la pobrecita

Lola, no se aparta...  
¡se parten las piedras  
de oír sus palabras!...

Ayer, de rodillas,  
la infeliz estaba  
diciendo con toda  
la fé de su álma:

—¡Virgen de mi vida, no me desampares!...

¡Madre soberana,  
te prometo subir de rodillas  
á tu ermita, si á mi hija me salvas!...—

¡Del huerto callado,  
donde ya no canta  
Lola como en tiempos,  
también se levantan

así como rezos, cuando el viento agita  
rumorosamente las frondosas ramas!

. . . . .  
. . . . .

## II

En lo alto del monte la ermita se encuentra  
como un copo de nieve de blanca!...

La escabrosa cuesta sube de rodillas

una pobre mujer fatigada,

cayendo de bruces infinitas veces,

de fuerzas ya falta...

¡la frente se ha herido, punzado las manos!...

¡sus rodillas sangran!...

Lola, que la sigue,

se deshace en lágrimas,

y la pobre mujer, que es su madre,

¡lleva de alegría radiante la cara!



## LA INCLUSERA

## I

Suspiran los pobres esposos con pena  
cuando ven los niños...  
declinan los años  
y no tienen hijos...

se acerca el invierno que corona las frentes de nieve  
¡y el hogar parece que tiembla de frío!

Declinan los años,  
pero hay sobrinitos

que invaden la casa  
de los buenos tíos...  
Bandada de pájaros  
fieros, tragoncillos,  
que escapan volando y huyen de las trojes,  
una vez embuchados de trigo...

## II

Desesperanzados  
de los sobrinitos,  
una asiladita  
tomaron los tíos,  
¡monina, muy blanca  
y rubita como un angelito!...

Y al ver á la intrusa,  
perversos, ladinos,  
aquellos rapaces  
fieros tragoncillos,  
al hogar volvieron  
de los buenos tíos...  
-¡Échala, que es fea!

—¡A qué habrá venido!  
—¡Habrá la inclusera!... ¡Si á tí no te quieren!...  
—¡Échala, títo!

Y las artimañas  
de los tragoncillos;  
las debilidades  
y la sangre que tira un poquito,  
quieras que no quieras,  
tué vuelta al Asilo  
la pobre inclusera, que murió al invierno  
como un pajarillo  
tirado en la nieve...  
monina, muy blanca y rubita como un angelito!

.....

## III

Quedaron un día  
las trojes sin trigo,  
volaron los pájaros  
¡y el hogar helado se muere de frío!

---

## REVELACIÓN

### I

El anciano cruza la calle, abatido,  
con mortal cansancio, con pasito lento,  
encorvado y triste  
que dá pena verlo.

Nadie le acompaña. En quien apoyarse  
no tiene su débil, vacilante cuerpo.  
Debe de ser solo. ¡Solito en el mundo,  
sin esposa, sin hijos,... sin nietos!

## II

¡Qué alegría me dás, primavera!  
Me revelas piadosa el secreto.  
No se encuentra solito en el mundo,  
¡qué alegría tengo!  
Es día de fiesta y he visto al anciano,  
que muy de mañana, con cuidado tierno,  
en la mano llevaba un ramito  
de claveles frescos!

---

## LA CORONA DEL DOLOR

(A UNA REINA, EN SU PASO DE CALVARIO.)

Aún más bella yo te encuentro  
con tu cara melancólica...

¡El dolor se ha enamorado  
de tí también, reina hermosa!

Bien aventurados, reina,  
los que lloran...  
dichosos los que en las penas

se desposar...  
lazos de amor dolorido  
no hay quien rompa...  
¡y el dolor no á todos pone  
su coronal

No te aflijas porque llores,  
que la cara, cuando lloras,  
reina bella,  
tienes de la Dolorosa...

Reina augusta,  
más augusta por lo buena y lo piadosa;  
yo venero el dejo triste  
de tu cara melancólica,  
y en tus sienes la corona del martirio,  
¡que de Dios fué la coronal

---

## EL CUENTO DE NUNCA ACABAR

Me contaba sus cuitas el triste...  
dolorosa historia  
que infinitas veces me contara ya:  
penas, desalientos...  
la historia de siempre,  
¡sin fin como el cuento de nunca acabar!

Yo me la sabía toda de memoria;  
de tanto escucharla,  
la aprendí del principio al final:

pesada, monótona, ¡la historia de un triste!...  
lamento de angustia  
que fin en la vida no espera jamás!...

Y él me la contaba sabiendo á conciencia  
que yo la sabía... ¡mas qué le importaba  
si en él era el caso contar y contar?  
Como fuente cautiva en las peñas,  
manaba y manaba cuando hallaba cáuce  
por donde sus aguas corrieran en paz,  
y yo lo escuchaba como el cáuce abierto  
que alivia la fuente  
y oyendo las cosas que cuentan las aguas,  
las deja pasar...  
¡Contaba y contaba la historia de siempre,  
sin fin, como el cuento de nunca acabar!...

---

## LAS ACACIAS

Ya no vive nadie en ella  
y á la orilla del camino silenciosa está la casa...  
se diría que su puerta la cerraron para siempre,  
que cerraron para siempre sus ventanas...

Gime el viento en los aleros,  
desmorónanse las tapias...

á su puerta cabecean tristemente,  
combatidas por el viento, las acacias!...

Todo ha muerto | los cantares y el bullicio... Semarcharon  
los que fueron la alegría y el calor de aquella casa...

Se marcharon silenciosos... unos, muertos...  
otros, vivos, que llevaban  
¡desdichados!  
muerta el alma...

Se marcharon silenciosos... ¡silenciosa  
despedíalos la casal...

¡Todo ha muerto! Por señal de vida, en torno,  
solo quedan las acacias,  
que movidas por el viento cabecean tristemente  
y á lo lejos en la noche se destacan  
como seres misteriosos, que abatidos,  
una historia de tristezas comentaran.

.....  
.....

Dolorido, fatigado de este viaje de la vida,  
he pasado por la puerta de la casa...  
el silencio de la noche y el silencio de la muerte,  
por el viento quejumbroso solamente se turbaban  
¡y la historia de tristezas,  
abatidas, me han contado las acacias!...

---

## IDILIO

Se despereza lánguido y sonrío  
el solitario parque á la alborada  
tibia de Abril:

juegan las mariposas; las abejas  
en las corolas húmedas

liban su miel,

y despiertan los nidos y las flores  
al beso de la luz.

En el antiguo estanque

que las oscuras ovas invadieron,  
vierte sus claros hilos  
la taza rebosante  
del viejo surtidor,  
y, acaso melancólicos,  
abstraídos, su imagen miran en el inquieto  
verde cristal,  
un lirio de blancura inmaculada,  
un granado de flores encendidas  
y un vetusto ciprés.

Y en el recogimiento fecundo de la augusta  
dulce quietud,  
se han amado un instante tiernamente  
mi älna y el jardín.

---

## LA ROSA

Niña de manos blancas,  
finas como la seda,  
acabas de dejar el blando lecho  
y andas lánguidamente  
por el jardín, mirando  
el césped, abstraída y melancólica,  
como si en la mañana  
cálida despertase  
también tu alma de virgen,

Niña de manos blancas,

has cogido una rosa  
de pérfidas espinas...  
¡absorta, no reparas  
que entre tus dedos tienes  
la más encantadora de las flores,  
pero también ¡oh, niña!  
la más cruel de todas!

Niña de manos blancas  
finas como la seda,  
con embeleso miras  
á un gallardo mancebo  
que ronda tu jardín y cuyos ojos  
bellos, en tí se fijan expresivos...  
El dulce aroma de la rosa aspiras...  
¡oh, pobre niña lánguida,  
te hieres y suspiras!

---

# ¡COMO LA NIEVE!

Ganando voluntades  
voy poco á poco  
para ver si la tuya  
ganarme logro...

Ya no murmura nadie  
porque te quiero  
ni porque ven que á verte

de noche vengo;

las ranas y los grillos  
siguen cantando,  
por más que cerca de ellos  
suenen mis pasos;

no me hieren las zarzas  
de los caminos;  
¡pienso que, al vadearlo,  
se amansa el río!...

. . . . .

Ganando voluntades  
voy poco á poco  
para ver si la tuya  
ganarme logro...

Ya no ladran tus perros  
al acercarme,  
viene á mis piés el gato,

duerme tu madre...

Calor me presta todo...  
todo me quiere,  
¡menos tú siempre fría  
como la nieve!

## ABISMO

El arrogante viril mancebo  
junto á la reja las noches pasa...

¡Ay del mancebo cuyos ardientes ojos oscuros,  
de los azules ojos no apartal...

¡Ay del mancebo que á la caricia mortal se entrega  
de las menudas manos lascivas, suaves y blancas!

.....

Murió el mancebo... Lo consumieron los claros ojos

con su insaciable febril mirada...  
¡lo consumieron con su caricia  
las manos blancas!...  
Tras de la reja,  
la niña cándida  
de los azules y claros ojos,  
¡mira á los hombres con su insaciable febril mirada!

.....

---

## CABECITA LOCA

¿Por qué ese hociquillo?

¿por qué estás llorosa?

¿por qué tu pañuelo rompes con los dientes  
y estás nerviosilla, cabecita loca?

No te pongas triste... no anubles el cielo  
bonito y alegre de tu cara hermosa...

no frunzas el ceño, nubecita mía,

¡deja que en tu frente se ría la auroral...

Tú te pones triste, porque aquel mozuelo

que tú quieres tanto, se divierte y goza...  
tú frunces el ceño y estás rabiosilla,  
    porque estás celosa...  
    Deja que el mozuelo  
    se divierta y corra...  
verás como vuelve luego que se canse...  
¡verás como vuelve, cabecita local!

. . . . .  
. . . . .

Ya pasó el chubasco, nubecita mía...  
¡te enojó el mozuelo y él te desenoja!  
Ya pasó el chubasco y en los dos hoyitos  
de tu cara linda, la risa retoza...  
Ya pasó el chubasco, pero yo estoy triste...  
    ya ves tú qué cosas...  
    ¡Yo no soy quien te quita el enojo,  
nubecita mía, cabecita local...

---

## LA CADENA

Cruzaban alegres la verde pradera  
    los recién casados...  
rudo y fuerte el mozo como roble nuevo,  
y ella, delicada como joven álamo...  
Jugaban, corrían... riendo tiraban  
el uno del otro, cogidos del brazo,  
    como dos eslabones unidos  
¡y á la intensa llama del amor forjados!

.....

Por la verde pradera volvían

los recién casados  
sin reír, sin ansias,  
rendidos, despacio...  
Como de una carga, tiraban, el uno  
del otro, del brazo...  
para siempre unidos...  
'como dos eslabones forjados!

---

## VEN Á SUFRIR

Ven á sufrir, amigo... ven hermano!...  
no te espante el dolor:  
deja que viva el alma las angustias  
y en ellas busque la piadosa unción.  
¡Ven á sufrir!... Para la lucha humana  
tu aliento agigantarse sentirás  
en los helados nidos de los tristes  
en donde falta el pan.  
¡Ven á sufrir!... En las eternas quejas  
de eterno padecer,

verás el nunca satisfecho anhelo  
del suspirado bien.

. . . . .  
Vén y verás los ojos que no lloran,  
cansados de llorar,  
y los labios que ignoran qué es la risa,  
de no reir jamás!



## LA DANZA

Era un rapazuelo de zalamerilla  
despierta mirada:

—Una limosnita, por Dios, caballero,  
que tengo á mi madre malita en la cama!—

Como el dulce mirar de sus ojos,  
tiernas, mimosillas, eran sus palabras...

¡pero se perdían  
de la gente trivial en la charla,  
como en ancho río de revueltas ondas,

un hilillo de agua!...  
Porfiado el tierno rapaz no desiste  
ni, menos, se cansa,  
y acude á sus tretas:—Una limosnita!...  
Caballero, bailo?—

—A ver, cómo bailas?—  
Baila el rapazuelo,  
y es graciosa y obscena su danza...  
baila el rapazuelo que tiene á su madre  
malita en la cama!

. . . . .



## EL GRUPO TRISTE

Los ví destacarse del torpe gentío  
que frívolo turba la paz de los muertos...

    Con su blusa negra  
    iba el pobre obrero,  
y, á su lado, con negras ropitas  
    sus tres pequeñuelos...

La profunda tristeza en sus rostros  
    y el luto en sus cuerpos,  
bien claro expresaban que el grupo sentía

de una madre el fatídico hueco.

. . . . .  
Cerca de una fosa  
pobre como el muerto,  
yo los ví sollozar silenciosos  
y sentí su congoja en mi pecho.  
Los húmedos ojos clavados tenían  
con ternura infinita en el suelo,  
¡como si quisieran  
penetrar en la tierra con ellos!...

Ya están todos juntos, pensé con tristeza,  
ya están todos juntos y el grupo completo;  
no falta la madre... bien cerca la tienen  
¡llenando su hueco!

---

## EN EL TORMENTO

Trabajó en el trapecio la niña,  
sus débiles miembros estaban cansados...  
—¡Que baile! que baile!—gritó el insaciable  
público, entre salvas ruidosas de aplausos...

Al tormento sumisa, la niña  
bailó jadeante, bailó sin descanso,  
¡y el aplauso sonaba en el circo,  
cual salvaje chasquido de látigo!

## DESPEDIDA

La humilde y enlutada mujer, la pobre madre,  
aún joven, pero ya como un desecho  
inútil de la vida,  
enferma y agotadas  
por el trabajo y el dolor sus fuerzas,  
con angustia, á la puerta se detiene  
del obrador, y á la delgada niña  
de retrasada pubertad, que escucha

llorosa y en silencio,  
le dice con voz débil profundamente triste:  
—No puedo más, me faltan alientos, hija mía!  
Me voy al hospital, piden mis huesos  
caer en una cama  
para no levantarse... Necesita  
mi cuerpo descansar... ¡descansar para siempre!  
¡Si tu padre viviera!...  
¡quién me lo había de decir, Dios mío!...  
Sobre todas las cosas,  
hija, te recomiendo  
tus pobres hermanitos:  
en el asilo están, y las hermanas  
han quedado conformes  
en que allí te recojas; cuida de ellos...  
aplícate y que seas  
mujercita de bien... ya ves que tienes  
que servirles de madre,  
porque puede, hija mía,  
¡que nunca os vea más... que ya no vuelva!—

Y la niña y su madre,

arrasados de lágrimas sus ojos,  
besándose en silencio,  
¡para siempre, quizás, se han separado!

---

## VENUS DOLOROSA

Venció la miseria,  
la gran Celestina despótica y bárbara,  
prestando su ayuda la noche de invierno  
con sus desamparos y sus amenazas...  
Venció y en la sombra vendiose la virgen  
de rostro de niña, de carita pálida...

¡la sombra piadosa  
su rostro velaba!

Venció la miseria...

Las sensuales manos palparon con ansia

las vírgenes carnes  
¡que, ateridas de frío, temblaban!...  
Y al sentir el temblor angustioso  
de la virgen hambrienta y escuálida,  
las manos del hombre  
temblaron sin ansias  
¡y en la sombra piadosa la virgen  
de rostro de niña quedó immaculada!

.....

---

## EL PERRO DEL SALTIMBANQUIS

Dentro del corro que se divierte,  
cansado está:

flaco, sin fuerzas y jadeante,  
falto de pan...

con su despierta dulce mirada  
parece hablar...

de ser posible, qué triste historia nos contaría...  
¡qué triste historia de crueldad!

Por los caminos y las campiñas y las ciudades,

corro le hicieron las necias gentes con torpe afán  
 y á latigazos, el saltimbanquis  
 le hizo bailar...

corro le hicieron y celebraron con risotadas  
 el triste ahullido del pobre canl...

Dentro del corro que se divierte,  
 cansado está:  
 flaco, sin fuerzas y jadeante,  
 falto de pan.

. . . . .  
 . . . . .

La vida es ésta.

¿Del latigazo del saltimbanquis, quién libre está?  
 Por los caminos y las campiñas y las ciudades,  
 los miserables seres humanos marchan igual:  
*cansados... tristes...*

¡y al latigazo del saltimbanquis, hay que danzar!



# REBELDES



*Si eliminase de aquí estos versos rebeldes, hurtaría indignamente algo de mi humilde personalidad literaria.*

*Yo he tenido mis horas negras... (¡quién no las tiene!)  
En esas horas han nacido estos versos... Son hijos de mi rebeldía, preñada de un amor infinito á la verdad, á la justicia y á los débiles...*

*Puede excusarse la lectura de estas páginas y debe excusárseme la flaqueza.*

Vicente Medina

## A MI MUSA

Pobrecita musa mía  
desolada;  
plañidera humilde musa  
que tristezas solo canta,  
vete lejos  
que importunas y nos cansas...  
Deja en paz á los felices...

Igime á solas, pobre enferma, del dolor enamorada!

Como el frío de la bruma nos invade tu tristeza...  
nuestra risa con tus aires melancólicos apagas

y nos tornas pensativos  
y provocas nuestras lágrimas...

Musa simple y primitiva,  
musa cándida,  
vete lejos ó por otros  
tus sencillos temas cambia...

¡Vete lejos!  
vete ó canta  
las brillantes tradiciones  
de la patria...

¡perpetúen tus acentos la epopéyica grandeza  
que en gloriosos timbres luce la viril valiente raza!

Sacrifica tus ingenuos arrebatos...

Inocente musa, calla  
las verdades afrentosas, las miserias repugnantes,  
lo asqueroso, lo que sangra!

No repitas tus canciones  
melancólicas y amargas,  
que no dejas á los hartos digerir tranquilamente,  
¡musa mía!... ¡pobre enferma, del dolor enamorada!

---

# ¡SON LOS SINCEROS!

¡Dejadles paso, que son los débiles!  
Son los viciosos, son los abyectos,  
son los esclavos de sus flaquezas,  
¡son plumas leves que lleva el viento!

¡Dejadles paso! No son cobardes  
viles hipócritas; no son de aquellos  
que, porque saben velar lo impuro

de sus pasiones, pasan por buenos.

¡Dejadles paso, que son los malos!  
¡los del estigma!... ¡no hay que temerlos!  
no son abismos impenetrables...  
¡son anchos campos al mundo abiertos!

Dejadles paso, que son sencillos,  
que son humildes, que son ingenuos...  
son los que tienen la valentía  
de sus acciones... ¡son los sinceros!

---

## EL DELIRIO DEL HAMBRE

«¿Lo quereis? pues distraz: el más de moda,  
de la moral y la razón afrenta.

De hoy para atrás, idiota me declaro  
y abjuro ¡vive Dios! de mis ideas.

Seré, para igualarme con vosotros,  
todo lo vil que os empeñais que sea:  
apóstata, servil, rastrero, infame,

hipócrita, canalla, sinvergüenza...  
¡seré el más despreciable de la odiosa  
raza del mal que con los buenos medra!»

. . . . .  
¡Así gritaba el mísero harapiento,  
del hambre en la horrorosa borrachera!...



## LA CANCIÓN DEL VICIO

Rebelde y dolorido, brutalmente sincero,  
con arrogancia noble, con dejo de verdades  
amargas y terribles, el vicio, allá en sus antros,  
cantó la más extraña de todas las canciones...

Oid lo que cantaba:

—«Me señaló el estigma,  
impetro vanamente una piedad que sienta

la compasión sin límites de todos los dolores  
¡y el implacable acoso de la virtud padezco!...

Compadeced mi lucha, oid como un quejido  
mi blasfemar terrible, cuando en las negras horas  
contengo mis deseos desesperadamente,  
¡lo mismo que á salvajes desenfrenados potros!...

Mi blasfemar, entonces, es la protesta ruda  
contra las necias trabas que la moral impone...  
¡esa moral ridícula que, hipócritas, consagran  
los viles y los débiles que más la prostituyen!...

Yo soy el maldecido dolor desheredado  
que todos exacerban, aunque lo sufren todos...  
¡no ven ¡oh, miserables! que el bálsamo que cure  
los males de la vida, será la tolerancia!

Yo soy cobardemente por todos combatido,  
y todos en la sombra son luego mis secuaces...  
Si cínico me ostento, la sociedad se espanta,  
y ese cinismo mío redimirá á los hombres!...

Debemos ser sinceros, brutalmente sinceros,  
como la propia vida nos haya revelado,  
pues la virtud segura que á la verdad nos lleve,  
será la combatida sinceridad del mundo.

¡Viciosos!... ¡oh! ¡qué saben los fríos moralistas!...  
Hay muchas de las grandes virtudes proclamadas  
que son enormes vicios... Entre los grandes vicios  
anatematizados ¿no habrá virtud alguno?

---

## TEORÍA DEL PLACER

Gozar la vida...

¡cuán fácil es!

Grandes placeres ¿Pero hay, acaso, placer pequeño!  
¡qué insensatez!

Y el saboreo de futilidades y nimiedades?

¿Y el goce puro de los dolores, no lo es también?

¡Gozad la vida ¡Gozadlo todo  
que, si se goza, todo es placer!

Gozar la vida...

¡cuán fácil es!  
Basta quererlo,  
basta creer...

Creer que el goce que disfrutamos es todo el goce,  
y por entero darnos á él.

Una mirada de amor es todo;  
si no os miraron, aún que os miraron podeis creer:  
soñadlo y basta,  
¡que acaso sean las realidades sueño también!

Para los pobres es mi teoría...  
¡Tristes, sabed  
que es patrimonio de toda vida  
y que esperando  
que lo despierten, dentro de todos duerme el placer.

Gozar la vida...  
¡cuán fácil es!  
Al borde mismo de los sedientos abiertos labios  
corren las fuentes, ¡tristes, bebed!

---

## VERDE

Frescos tus labios húmedos  
como carnosos pétalos  
de rosa alejandrina  
cuajada de rocío...  
frescos tus labios abres  
y muestras tu atrayente  
boca sensual, que insulta  
toda quietud austera...  
Late tu seno, hinchado  
por el suspiro ansioso,

mostrando tu garganta  
blancuras impecables...  
Te inclinas y lascivos  
me besan tus cabellos  
voluptuosamente  
con su raudal de oro,  
y ríes candorosa  
y siento que me turbas  
con el mirar profundo  
de tus pupilas garzas...

. . . . .  
Repara en que me pones  
á prueba, vida mía...  
Repara que despiertas  
mis bárbaros instintos  
y que si tú, imprudente,  
cayeras en mis brazos,  
¡serías gota de agua  
sobre candente hierro!

---

## TÁNTALOS

Yo observé aquella lucha  
de ansias locas de amor, de *ellas* y de *ellos*:  
lucha sorda y horrible  
que carcomía los ardientes pechos...  
lucha contra la torpe tiranía  
de sociales preceptos...

Observé la protesta en las miradas  
cargadas de pasión y de deseos...

en los hondos suspiros...  
en los latentes senos...

Y ví con claridad incontrastable,  
que hubieran todos proclamado, á un tiempo,  
la santa libertad de los amores,  
reconocida como bien supremo...

Mas nadie se atrevió, por más que todos  
estuvieran de acuerdo,  
y siguió la batalla de miradas,  
dulces suspiros y latir de senos...

Uncidos á un brutal puritanismo,  
ví que tenían, débiles ó necios,  
¡sus labios en la fuente de la vida,  
y morfan sedientos!



## INGENUA

Nos cercaba y oprimía  
la compacta muchedumbre de la fiesta,  
y á mi lado se pusieron con la anciana  
los dos jóvenes:  
él, simpático;  
ella, fresca, sana y linda...  
¡de hermosura saludable y sonriente!  
Parecían y debían de ser novios,  
porque, al verlos en pareja cariñosa,  
recordábanse los pájaros que se reunen en el bosque

para hacer juntos un nido...

Mas, á un tiempo,  
bromeában y reían como hermanos,  
y su risa no temblaba  
con las hondas inquietudes del deseo.

.....

Como cosa presentida, inevitable,  
y empujados por la gente,  
de la joven

se juntó la mano suave con la mía

y el encuentro delicado

fué atrayente... cual de cosas que se áman,  
que se buscan silenciosas y discretas  
y que viven el misterio de la vida...

Y las manos se oprimieron dulcemente,  
y calladas se adoraron en el beso de la carne,

y calladas y febriles elocuentes se dijeron

la pasión devoradora,

con las olas impetuosas de la sangre,

con el fuego de las venas,

¡y quedaron enlazadas!

Tuve entonces

la visión deslumbradora de la dicha,

y pensé con alborozo,  
llena el alma de ternuras inefables:  
«¡Son hermanos! ¡Son hermanos!»  
Ni una frase de los labios profanó las delicadas  
confesiones de la carne,  
y la misma muchedumbre  
que inconsciente nuestras manos enlazara,  
como viento que arrebatara las semillas de los surcos,  
ir nos hizo opuestamente.

.....

A otro día pude verla, pude hablarla,  
y vilmente se mintieron nuestros labios:  
—¿Y aquel joven?—yo le dije con fingida indiferencia.  
—Es mi novio—me repuso ingenuamente.

---

## ¡POBRE MADRE!

Depravada meretriz escandalosa  
que hace gala de impudencia  
y con cínicos cantares  
el burdel inmundo atruena,  
ni un asomo de rubor ni sentimiento delicado,  
ya le quedal...  
En la calle  
y á la puerta,  
como esfinge  
del dolor y la vergüenza,

con los ojos escurridos de llorar desesperada,  
la abatida madre espera...

¡Pobre madre! Triste clama dolorida:

—¡Ay mi niña!... para verla  
de este modo,

más valía que la hubiese visto muerta!—

.....

¡Pobre madre! Dormidita en el regazo,  
cuántas veces la meciera

y arrullara el dulce sueño largas horas  
en las noches de dolor y de miseria...

¡cuántas veces, asustada de los riesgos de la vida,  
apretara contra el seno á la linda pequeñuela!

¡Ay su niña!... con qué mimos la críara!...

¡qué ilusiones en su niña tuvo puestas!

.....

La abatida triste madre,  
desolada, del burdel está á la puerta,  
y la hija, con injurias y bestiales improperios  
la atormenta:

—¡Qué mareol No te canses,  
no me llores y no vuelvas.

¡Tus pingajos y tu cara, que parece

que te vás cayendo de hambre, me avergüenzan!

Puedes irte

y hazte cuenta

de que he muerto!...—

Y la triste madre clama:

—Para verte de este modo, ojalá que te murieras!—

## LOS TERRONCITOS

Junto á las mesas del café se paran  
los haraposos vagabundos niños  
y piden plañideros con vocecitas tiernas  
un terroncito...

¡junto á las mesas en donde ríen  
indiferentes los hombres frívolos!...

Amargo sabe el moka  
y amargo es el acento de los niños...  
ávidos miran

y alargan su hociquito...  
Conforme echo el azúcar en mi taza,  
me parece robar los terroncitos  
y, como si amargasen,  
el moka está amarguísimo...

Junto á las mesas  
están los niños...

«¡Tomad azúcar!»

«¡Tomad!»—les digo

Y al ver que se relamen ¡oh, qué dulces  
me parecen aquellos terroncitos!

## LOS SOLDADOS

En la columna marchan,  
cogidos como buenos camaradas, del brazo,  
dos jóvenes reclutas  
rubios como las mieses doradas de los campos...  
Son casi niños; hablan  
y evocan con encanto,  
llenos de simple ingenuidad, la aldea,  
las montañas azules y los valles lejanos...  
Hablan de sus amores, de las fiestas alegres,

de su triscar, felices, en el prado...

Y al son de cantinelas infantiles  
ó de amorosos fraternales cánticos,  
¡á matar ó á dejarse matar en la pelea,  
sin que sepan por qué, van los soldados!

## LAS ALMITAS BLANCAS

A las honras fúnebres de un rico, llevaron  
á las pobrecitas niñas asiladas:  
por uno de aquellos que imperar hicieron  
las iniquidades, la injusticia humana,  
á impetrar clemencia llevaron las víctimas...  
¡tristes angelitos de carita pálida!...

Y en el templo que el lujo pagano  
con sus flores del mal profanara,

flores del martirio,  
sumisas, humildes, las niñas oraban...  
¡Como lirios pálidos  
movidos al aura,  
por un alma negra,  
clemencia pedían las almitas blancas!

---

## LA CANCIÓN DEL DINERO

*«¡Dinero, dinero, dinero!»*

Con obsesión estúpida, con terquedad de idiotas,  
idólatras del oro, los ví pasar frenéticos  
cantando su canción bestial y cínica:

*«¡Dinero, dinero, dinero!»*

De irracional codicia poseídos,  
brutales é impertérritos,  
pasaron los idólatras del oro

desenfrenados, ebrios,  
acariciando las monedas sucias  
con lascivo deleite entre sus dedos  
y acompañando su canción de imbéciles  
con el vil asqueroso tintineo.

Pasaron los imbéciles  
enriquecidos y jamás contentos,  
en su ambición estúpida insaciable,  
pobres y eternamente pordioseros;  
pasaron por el mundo  
tacaños y ruines y perversos,  
sordos á la razón y á la justicia,  
sordos á los gemidos y á los ruegos...  
¡pasaron por el mundo  
á su canción grosera solo atentos!

Al esplendor del oro,  
pasaron por el mundo deslumbrados y ciegos,  
sin ver jamás ¡oh, topes despreciables!  
la riqueza infinita de lo bello;  
pasaron, buscadores de tesoros,  
¡oh, miserables réprobos!

sin ver los infinitos  
que en la bondad y el bien hallan los buenos;  
pasaron los imbéciles,  
y á toda noble exaltación, acérrimos,  
su baba repugnante  
soeces escupieron  
cantando su canción bestial y cínica:

«¡Dinero, dinero, dinero!»

Pasaron los idólatras, pasaron y engreídos  
por la corte de míseros rastros,  
(imbéciles también, que coreaban)  
proclamaron soberbios,  
que era el dinero el Todopoderoso,  
el Dios grande y supremo...  
Y consagrado el Dios de los imbéciles,  
como glorioso Hosanna, se alzó del Orbe entero  
la estúpida canción bestial y cínica:

«¡Dinero, dinero, dinero!»

---

## EL VERDUGO DE LOS POBRES

Fosco, impasible, fiero:  
como inhumano déspota, implacable;  
como esbirro cruel, desapiadado,  
atormenta el invierno á los humildes...

Á los humildes!... Vedlos  
temblar acobardados  
en los umbrales fríos  
de la morada rica

que el invierno servil jamás traspone...  
¡Vedlos vagar errantes  
de hueco en hueco por la helada sombra,  
silenciosos y tristes,  
como almas condenadas,  
por el cierzo inclemente combatidas!...

Gime la madre en el portal; en vano  
trata de cobijar á sus hijuelos  
que tiritan de frío...

Vacila y cae de brucés  
el anciano sin fuerzas  
que sin calor de nadie,  
¡siente desamparado  
penetrar en sus huesos  
el frío de la muertel...

Dando fin al trabajo con el día,  
sin fuerzas, extenuado,  
fustigado el obrero miserable  
por el frío del cielo y de los hombres,  
desesperado marcha  
sin que alumbre su paso ni una estrella...

¡le señala su rumbo el negro caos  
de la noche fatídica!

. . . . .

. . . . .

Se diría que tiemblan los hogares  
de los desheredados,  
al aliento glacial estremecidos...  
Pueden temblar, á fé, que está á sus puertas,  
con todos sus tormentos,  
¡el verdugo implacable de los pobres!

---

## VIEJA HISTORIA

Como ascua de oro luce el palacio  
donde celebran la esplendorosa fiesta brillante,  
y en el soberbio salón, un triste juglar de penas  
cuenta una historia que, por lo vieja, no escucha nadie:

—Hay pobres gentes  
que pasan hambre...

—¡Historia vieja más importunal...  
¿quién no la sabe?  
¡Cerrad la puerta  
que pasa el aire!

—¡La pobre anciana  
murióse de hambrel...

—¡Vuelta á la historia!  
¡Traed manjares!...

—La pobre anciana...  
—¡Que siga el baile!  
¡Cerrad la puerta  
que pasa el aire!...

Ahogada queda la vieja historia  
por el alegre son de los valeses...

las gotas puras  
de la llovizna tenaz que cae,  
cual misteriosas lágrimas, brillan  
en los cristales,  
¡y al azotarlos, suenan en ellos  
cual si llamasen!

.....

---

## ¡DULCE PAZ!

Junto al hogar estábamos  
felices y tranquilos...  
fuera zumbaba el viento  
y atormentaba el frío...  
En su camita blanda, dichosos, abrigados,  
dormían nuestros hijos...

Como otras veces, á mi buena esposa  
le digo compasivo:

—Los pobres rapazuelos vagabundos  
en los portales buscarán abrigo.—

Fuera zumbaba el viento...  
á los desheredados atormentaba el frío...  
En su camita blanda  
dormían nuestros hijos  
¡y en nuestro hogar estábamos  
*felices y tranquilos!*

---

# ¡TODOS DELINCUENTES!

Su mano inflexible puso la Justicia,  
del rapaz apresado, en el hombro...  
¡La mano inflexible, fría como el mármol  
y pesada lo mismo que el plomo!...  
El precoz pilluelo  
llevaba la angustia pintada en el rostro...  
lágrimas y súplicas  
llevaba en los ojos...  
¡Su queja tenía  
plañideros tonos!...

Me acordé de su madre... yo hubiese  
saltado por todo...  
yo hubiese arrancado  
la mano del hombro...

¡la mano inflexible, fría como el mármol  
y pesada lo mismo que el plomo!

.....  
A pesar de la marca infamante

que el precoz pilluelo llevaba en el rostro,  
ví al rapaz como víctima triste...

¡como delincuentes, á los hombres todos!

Llevaba el delito

pintado en el rostro...

¡como nimbo purísimo vieron

su angustia mis ojos!...

Me acordé de su madre... yo hubiese  
saltado por todo...

yo hubiese arrancado

la mano del hombro...

¡la mano inflexible, fría como el mármol  
y pesada lo mismo que el plomo!

## MERCADO

En balde solloza la mísera anciana  
y en vano con ruegos humildes pretende  
que le fien más pan en el puesto...  
¡las quejas son tantas, que ya no conmueven!

Oid lo que dice

la anciana, estremece:

—¡Pasan hambre mis hijos, mis nietos...

¡señor, que se mueren!...—

A la puerta, la joven aguarda:

sus ojos son bellos y son elocuentes...

¡no quisiera saber lo que piden!...

¡¡no quisiera saber lo que ofrecen!!

## EL PAGO

Pasaron altivos, austeros y graves,  
¡la frente muy alta!...  
sus siluetas oscuras y tristes  
la prisión pavorosa tragaba...

Eran los rebeldes, redentores trágicos  
que sintieron la ajena desgracia...

¡y en cuyos hundidos ojos parecía  
que dejaron huella las ajenas lágrimas!...

Eran los rebeldes... ¡¡las gentes ¡idiotas!  
con indiferencia glacial contemplaban  
cómo las siluetas oscuras y tristes  
la prisión pavorosa tragaba!...

---

## PERDÓN, CARAS TRISTES

Perdón, rostros helados...

¡helados como días brumosos del invierno!...

Perdón, caras tranquilas...

¡tranquilas como tumbas de la alegría muerta!...

Perdón, si ante vosotras reí plácidamente...

perdón, caras oscuras, estáticas y graves...

perdón, si ante mis ojos, pasando inadvertido,  
mostró el dolor su gesto... ¡su gesto soberano!

De hoy más, ante vosotras me humillaré tan solo...

¡tan solo ante vosotras que sois lo más augusto!

Pedid, que la alegría del mundo os pertenece...

¡pedid á los que ríen, que os roban vuestra risa!

## LA PENA DEL TALIÓN

.....  
.....  
Y dando cima á la labor inmensa  
de santa redención, y arrebatando  
en pos de sí las redimidas turbas,  
la Venganza subió sobre el hermoso  
carro triunfal llenándolo de obreros,  
y con acento soberano, dijo:  
—¡Ya los domé! Uncidos al potente  
carro del triunfo van; llevan la carga

de los que fueron sus esclavos viles...  
¡De su propio delito el peso sufren!...  
Sobre su innoble afeminada carne,  
no endurecida por trabajo alguno,  
mi látigo se agarra; y al deleite  
que me produce su dolor, mis fuerzas  
se centuplican y descargo el odio  
que las opresas razas devoraron,  
hundidas en el cieno de los siglos,  
por los crímenes de ellos arrojadas.

.....  
¡Tirad cual viles bestias, miserables!...  
Sufrid de la venganza contenida  
el loco ensañamiento... ¡Solo es vuestra  
la culpa que engendró tantos horrores! »

# MIS AMORES

MIS AMORES

## MI REINA DE LA FIESTA

Verás: yo soy lo mismo  
que aquel romero triste del alto de la sierra...  
igual que aquel romero de pálidos verdores  
y de áspera corteza  
que, desmedrado y viejo,  
de flores todavía se viste en primavera  
y todavía ofrece su néctar delicado  
que buscan las abejas.

Yo romperé mi lanza



también en el torneo brillante de las letras.  
Tras la anhelada gloria,  
yo agotaré mis fuerzas  
y tiraré un tesoro:  
¡el escondido y santo tesoro de mis penas!

Yo también tengo amores...  
Yo también tengo reina  
á quien llevar del triunfo  
la delicada ofrenda...

Yo también tengo amores, pero los tengo lejos...  
tan lejos que no aguardo que ya á mi lado vuelvan...  
Se fueron una tarde de otoño en que las hojas  
de los añosos álamos se desprendían secas...  
¡Se fueron una tarde,  
con su mirada triste, con su sonrisa tierna!...

Se fueron y me aguardan...  
Há tiempo que me espera  
¡durmiendo eternamente  
debajo de unas flores, mi reina de la fiesta!

---

## EN LA SENDA

Parece que el tiempo no pasa... parece  
la misma la senda...  
¡parece que un sueño  
fué solo la ausencial...

Todo está lo mismo:  
con sus frescos verdores la huerta...  
la orilla del río con sus ruiseñores...  
la casita blanca... la tupida reja...

trillado el camino...  
sembrado de huellas...

Todo está lo mismo que entonces: desliza  
su corriente tan mansa la acequia,  
que bien se podría decir que paradas  
se quedaron sus aguas serenas...  
¡Todo está lo mismo... los cañaverales  
cosas misteriosas rumorosos cuentan!...

Parece que el tiempo no pasa... La gente  
no olvida un detalle de la historia nuestra  
y, con embeleso, todo aquel idilio  
de nuestros amores relata y comenta...

De la malvarrosa  
que un Sábado Santo te puse en la reja,  
plantaron un tallo que se hizo una mata...  
¡qué cosas más tristes su olor me recuerdal...  
Me parece ese olor el aroma  
que dejaste, al pasar, en la senda...  
¡qué aroma tan triste!...

¡qué sabor tan tuyo, tan íntimo dejal...

Parece que el tiempo no pasa... Me acuerdo  
como si ahora fuera...  
Cantando y dichoso  
corría la senda,  
y tú me esperabas...  
¡ya nadie me esperal

.....  
.....

Parece que el tiempo no pasa... ¡sí pasal...  
No es la misma el agua que vá por la acequia  
ni los mismos los frescos verdores  
que tuvo la huerta...  
Tampoco es la misma la casita blanca:  
cambiaron su reja,  
y ya no la cubren  
las enredaderas...  
¡No fué solo un sueño... no fué solo un sueño  
de dolor la ausencial

.....  
.....

El aroma dulce de la malvarrosa  
mis felices recuerdos despierta...  
el aroma dulce lo embalsama todo:  
tu casa, la tapia del huerto, la senda...  
¡y siento mi äлма  
saturada de la honda tristeza  
de que se impregnaba tu mirada amante,  
tu sonrisa tierna!...

Cosas misteriosas  
los cañaverales rumorosos cuentan...  
¡los cañaverales misteriosos hablan  
con recogimiento de las cosas muertas!...

Parece que el tiempo no pasa... parece  
la misma la senda...  
¡¡qué ha de ser la misma, si adonde antes se iba  
no se vá por ella!

---

## LA CITA

Yo tengo fé y aguardo... me arrulla en mis ensueños  
la vaga y misteriosa canción de lo infalible...  
de los amores nuestros, la cita venturosa,  
más tarde ó más temprano, de fijo ha de cumplirse.

¡Nos hallaremos juntos, por fin, amada mía!...  
¡Nos hallaremos solos!... ¡Nos hallaremos libres!...  
¡Aquellas inefables ternuras de mi espíritu,  
que de él nunca salieron, podré entonces decirte!

Comprenderás entonces aquellas amarguras...

aquellas tiranías de esclavo, incomprensibles...  
aquellas despiadadas torturas del cariño...  
aquel feroz encanto del goce de lo triste...

Comprenderás entonces aquellas incoherencias...  
aquellos desvaríos... aquellos imposibles...  
por qué ríen las almas cuando los ojos lloran...  
por qué lloran las almas cuando los labios ríen...

Yo tengo fé y aguardo; es tal mi confianza,  
que en nadie tuvo nunca más hondas sus raíces:  
espero en esa calma discreta en que recogen  
con celo codicioso su pena los humildes.

No temo la insidiosa mortificante duda...  
no temo ya los celos con su demencia horrible...  
no temo tus devíos, ni temo mis afanes...  
¡la fé de que me esperas, de todo me redime!

No temo ya el olvido... no temo que sus nieves  
las ansias infinitas de mi pasión enfríen...  
¡Nos unen de tal modo la ausencia y el cariño!...

¡Te vivo en la nostalgia de cosas tan felices!...

Me esperas, sí, me esperas... es la verdad sin dudas...  
la dulce luz del alba... ¡del alba de los tristes!...

Yo tengo fé y aguardo... ¡la venturosa cita  
de los amores nuestros, de fijo ha de cumplirse!

Yo tengo fé y aguardo... me arrulla en mis ensueños  
la vaga y misteriosa canción de lo infalible...

Más tarde ó más temprano, nos juntará la suerte...

¡¡más tarde ó más temprano, también he de morirme!!



ALMA POPULAR

*A más de las composiciones que única y exclusivamente se dán en este grupo, lo forman también, repitiéndose algunos cantares, cantinelas, etc., originales del mismo autor que ya aparecen en otras poesías de este libro y en otras obras suyas.*

*Nuestro objeto al hacerlo así, es el de recoger entera en esta parte su característica literaria, genuinamente popular.*

## CANTARES

\*

Mi barraca está en la huerta  
y en la huerta está mi novia...  
¡es el mentarme la huerta  
como mentarme la glorial

\*

Las barracas de la huerta  
se les páecen á los nños...  
¡dentro de tu barraquica  
cantas como un pajarico!

\*

¡Qué bien lava mi nena!  
¡qué ropa tiendel...  
la va ejando blanquica  
como la nieve...  
¡Páece que el agua  
al pasar por sus manos  
sale más clara!

\*

Cuando mi horica me llegue,  
quiero morirme en mi tierra...  
¡verla al cerrarse mis ojos  
y tener mi hoyico en ella!

\*

¡Vidica, vidica mía,  
vidica, qué cosas tienes!  
siendo la vidica mía,  
¡cómo estás siendo mi muertel

\*

Trempanera m'has salío  
como la flor del almendro...  
¡cuánta flor trempanerica  
se yela ó se lleva el viento!

\*

Me tienes despreciaïco  
y por otro te deshaces...  
¡A unos to el mundo los quiere  
y á otros no los quiere náidel

\*

Yo me quisiera morir  
porque el que muere descansa...  
¡yo me quisiera morir  
sin saber que tú me matas!

\*

Flores de mi naranjico  
tus palabricas no salgan...  
¡de un naranjico que tengo  
en el que la flor no cuaja!

\*

¡Tan lejos *aquél* de mí!...  
¡tan cerca como á *éste* tengo!...  
El que está lejos, ¡qué cerca!...  
El que está cerca, ¡qué lejos!...

\*

Mi barraca es un palacio,  
mi marido en mí se mira...  
¡yo no le tengo en su trono  
ni á la propia reina envidial!

\*

La estrella de mis ojos  
ya está durmiendo...  
¡ni los ángeles tienen  
tan dulce el sueño!...

\*

Aunque te laves y laves,  
manchaica te has de ver,  
como está la cantarica  
ande tós van á beber.

\*

Yo no probé una fruta  
que apetecía  
y recuerdo la fruta  
todos los días...  
¡de las que pruebo,  
lo que dura su gusto  
dura el recuerdo!

\*

Busca ande te hagan laico  
y ande te traten mejor,  
¡que esa es una lumbrecica  
que á ti no te dá calor!

\*

Dicen que las palabras  
se lleva el viento...  
¡mentira, que las tuyas  
van en mi pecho!  
¡Qué ha de llevarse,  
si las tengo clavadas  
como puñales!

\*

Si es que Dios no lo ha dispuesto,  
lo ha dispuesto mi querer:  
¡ó has de ser pa mí solico  
ó pa náide tiés que ser!

\*

Cariñico que empezó  
en un Domingo de Ramos,  
¡quién había de pensar  
que acabara en Viernes Santo!

\*

Yo me pensaba que era  
tan facilico  
el apagar la lumbre  
de aquel cariño...  
¡Ay, lumbrecica,  
cuánto dura el rescoldo  
de tus cenizas!

\*

Eres probe y eres peña  
que por los suelos te vés  
¡y que vés ande te rulan  
los que te dán con el pié!

\*

Muertecica pa mí solo,  
cuando pa tóicos vivía...  
¡y abora, viva pa mí  
y pa tóicos muertecical!

\*

Sin piedad mandas tus hijos  
á la guerra á que los maten...  
¡cómo se conoce, Patria,  
que no eres tú quien los pare!

\*

Aunque es raro, tén por cierto  
que mató una misma bala  
á un soldado, allá en la guerra,  
y á su madre aquí en España.

\*

Cuando vuelva, si es que vuelvo,  
Dios sabe lo que hallaré...  
¡sí una bala mata á un hombre,  
el tiempo mata á un querer!

\*

No he tenido carta tuya,  
pero de mi madre sí...  
¡y aun no le he escrito á mi madre  
y otra vez te escribo á tí!

---

## CANCIÓN DE AMOR

(ALBORADA)

MOZOS.

Niña, que viene el día...  
en las cumbres alborea...  
en celo cantan los ruiseñores en la espesura...  
¡Mi amor, despierta!...

MOZAS.

¡Mi amor, soñando estabas!...  
¡si tú supieras!...

Todos.

En los picachos, allá arribita,  
como un suspiro que sube al cielo,  
canta la niña, muerta de amores:

«¡Ay el mozo moreno,  
aquél de los ojos negros  
que echan fuego!»

Y allá abajito,  
por el sendero  
de la cañada,  
pasa el mozo moreno...  
¡aquél de los ojos negros  
que echan fuego!

Por el sendero  
canta el mozo moreno,  
y su cantar como una caricia dulce,  
mimoso y tierno,  
se pierde lejos,  
como un ensueño...

«Voy por el hondo  
de la cañada..»

Arribita el cielo,  
arribita vives...  
Se cuajó en tu cara,  
niña de mis ojos, la nieve más pura  
de las cimas altas...  
Arribita el cielo, arribita vives...  
¡Cuando paso miro como una esperanza,  
allá en los picachos, arriba, arribita,  
tu casita blanca!

La canción de la niña  
y la del mozo moreno,  
en el aire se dán besos...  
Así juntan su piar y sus gorgoros  
los ruiseñores en celo..:

MOZOS.

Así quiero  
que me quieras,  
estrella de la mañana, lucero!

MOZAS.

«¡Ay el mozo moreno,  
aquél de los ojos negros

que echan fuego!...»

Mozos.

Mi amor, no duermas que viene el día  
y en las cumbres alborea...

Mozas.

Mi amor, soñando estaba,  
¡si tú supieras!...

---

## LA CANTINELA DEL PASTORCITO

Al caer de la tarde,  
siempre suspiro...  
si es de pena ó de gozo,  
no sé decirlo...

Dime lo que es, mi niña,  
si tú lo sabes,  
¡que también tú suspiras  
todas las tardes!...

A la fuente vas por agua,

yo te escucho cuando cantas, y te sigo...  
yo te veo cuando pasas y suspiras,  
¡y suspiro!

Cuando pasas no me canso  
de mirar á la estrellita de la tarde...  
no me canso de escuchar el cencerrico  
del rebaño que se aleja por el valle...

Dí, mi niña, por qué es esto,  
si lo sabes...

Cuando miro la estrellita,  
me parece ver tu cara...  
cuando escucho el cencerrico,  
me imagino que tú cantas...

Que tú cantas  
y te sigo...  
¡que tú pasas y suspiras!...  
¡y suspiro!

---

## LA CANTINELA DEL SEGADOR

(CREPÚSCULO)

Es la horita dulce de las ilusiones  
y de los ensueños...  
¡Te quiero!

De allá abajito,  
de allá abajito vengo...  
donde las espigas y los olivares,

agitados por el viento,  
se dicen: «¡Te quiero!...»

El sol á la tierra,  
en su último beso  
le dice: «¡Te quiero!...»

Y los cielos mismos  
con sus estrellitas y luceros,  
en la noche serena parece que al mundo le dicen:  
«¡Te quiero!...»

Es la horita dulce de las ilusiones  
y de los ensueños...  
¡Te quiero!...

---

## LA CANTINELA DEL MARINERO

\*

El agua turbia en el río,  
en el mar el agua amarga...

¿En donde te escondes,  
que la sed me abrasa?

¿En donde te escondes, fuente de agua pura,  
fuente dulce y clara?

\*

Cara rebonita

que en el espejito  
del agua te miras...  
En el mismo espejo,  
cara rebonita,  
¡en el mismo espejo te miras que el cielo!

\*

Yo tengo para mis penas  
consuelito de esperanzas,  
que he visto, mirando al río,  
que el agua turbia se aclara.

\*

Marinero perdido en los mares,  
ya despeja el cielo...  
ya tienes estrella  
que te lleve al puerto...  
¡Tú serás mi estrella,  
cara rebonita de los ojos negros!...

---

## ARRULLO

La nena va á dormirse  
porque es muy buena...  
¡Con su papá, qué á gusto  
duerme la nena!...

Duerme, que también duermen  
los angelitos...  
en las nubes del cielo

quedan dormidos...

Duérmete, pequeñita,  
que yo te quiero...  
Mañana á coger flores  
al campo iremos...

Iremos á sentarnos  
cerca del agua,  
donde los pajarillos  
alegres cantan...

Al monte subiremos  
jarribal jarribal  
veremos á la Virgen  
que hay en la ermita.

La Virgen tiene en brazos  
también su niño:  
¡es el Rey de los Cielos  
que está dormido!...

La nena va á dormirse  
    porque es muy buena...  
¡Con su papá, qué á gusto  
    duerme la nena!

.....

# LOS CABELLOS DE ORO

(CANCIÓN DE NIÑOS)

I.

El rostro tiene la niña  
divino como su cuerpo:  
como la flor del granado  
tiene sus labios de fuego;  
como las aguas azules  
tiene sus ojos de cielo;  
pero...  
más hermosos tiene,

tiene, tiene los cabellos.

Su voz es dulce y amante,  
es amoroso su gesto,  
y el alma la tiene hermosa  
como su rostro hechicero;

pero...

más bellos que todo  
tiene, tiene sus cabellos.

Rubios, rubios como espigas  
con su cinta azul sugetos...  
hebras de sol, por lo finos,  
finos como el pensamiento...  
como un torrente de oro  
cuando se los deja sueltos...  
¡Qué hermosura, qué hermosura,  
qué hermosura de cabellos!...

Prendado está de la niña,  
prendado un galán apuesto...  
También ella está prendada,

prendada del caballero...  
Él le dice enamorado,  
le dice con embelésio:  
«Me encantas con tu dulzura  
y con tus ojos de cielo;  
me encantas con tu sonrisa  
y con tus labios de fuego;  
pero...

no me encanta nada,  
nada como tus cabellos.»

«Como tus cabellos de oro,  
dorados son mis ensueños...  
cuando ya seas mi esposa,  
me recrearé con ellos...  
los alisarán mis manos,  
los perfumarán mis besos...  
para mi sueño más dulce  
de cabezal los deseo...  
¡para que me aten las manos  
te los pido, si me muerol...»

La niña está emocionada,

la niña guarda silencio;  
no se despegan sus labios,  
no alza sus ojos del suelo;

pero...

su amor y su dicha  
salen al rostro hechicero  
en el carmín que lo enciende,  
como alborada en el cielo...

## II.

Muy mala tiene á su madre  
la niña de ojos de cielo:  
la de los cabellos de oro,  
la de los labios de fuego...  
Y la niña, atribulada,  
ha ido tempranito al templo  
y llorando y de rodillas,  
á la Virgen del Consuelo,  
por la salud de su madre  
¡le ha ofrecido sus cabellos!...

. . . . .  
. . . . .

Ya tiene buena á su madre  
la niña de ojos de cielo:  
la de los cabellos de oro,  
la de los labios de fuego,  
y su promesa ha cumplido  
con la Virgen del Consuelo.  
En ras en ras se ha cortado  
la mata de sus cabellos  
y en el altar de la Virgen  
ha ido ella misma á ponerlos.  
En el camarín parecen,  
con su cinta azul sugetos,  
hecha un haz de fina seda,  
la propia luz de los cielos...  
pero...

¡cuentan que la niña  
llevaba el rostro hechicero  
más blanco que una azucena,  
cuando volvía del templo!

---

## REY RENDIDO

Recuerdo de la Isla de Wight

Palacio de Osborne    Abril }  
Cowes                            Agosto } 1906.

(CANCIÓN DE NIÑOS)

I.

A la isla encantadora  
llegó la nave extranjera:  
¡es tan gallarda la nave,  
como la isla poética!

En la nave manda un rey  
y en la isla una princesa...

El rey á rendir tributo  
viene en su nave de guerra.

El rey viene prisionero  
y esclavo de la princesa...  
¡á rendir cetro y corona,  
vencido á sus plantas llega!

. . . . .  
. . . . .

## II.

A la isla encantadora  
vuelve la nave extranjera..  
El rey viene prisionero...  
Manda la nave la reina...

Prisionero viene el rey  
y esclavo de la princesa:  
¡no lo rindieron las armas,  
que lo rindió la bellezal



# ¿QUÉ DIRÁN?

Isla de Wight  
Cowes, Agosto, 1906.

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Las muchachas de la isla,  
las que te vieron marchar  
tan humilde, tan llorosa,  
¿qué dirán?  
¡Princesa te vieron ir  
y reina te ven llegar!

Las que contigo, tan buena,



jugaron de igual á igual,  
las que tanto te querían,  
¿qué dirán?  
¡Princesa te vieron ir  
y reina te ven llegar!

Los que contigo bailaron,  
los que soñaron, quizás,  
prendados de tu belleza,  
¿qué dirán?  
¡Princesa te vieron ir  
y reina te ven llegar!

Los pobres, los abatidos  
y los niños sin hogar...  
los tristes que consolabas,  
¿qué dirán?  
¡Princesa te vieron ir  
y reina te ven llegar!

---

## LA NIÑA BUENA

(CANCIÓN DE NIÑOS)

—Niña, se vé que eres buena;  
niña, se vé que eres sana;  
niña, se vé que eres limpia  
como los chorros del agua.

¿A dónde vas tan ligera  
y sola, tan de mañana?  
¡Como una rosa de Mayo  
llevas de hermosa la cara!

—Voy á la fábrica aquella  
que está al pié de la montaña:

aquella grande que tiene  
las chimeneas tan altas.

Voy ligera porque pronto  
darán las tres campanadas,  
y quiero estar en mi puesto  
para no perder mi plaza.

Mantengo á tres hermanitos;  
mi madre está enferma en cama;  
mi padre, que era tan bueno,  
hace un año que nos falta...

Me levanto muy temprano,  
aún más temprano que el alba,  
y ya me dejo á estas horas  
arregladita mi casa...

—Anda con Dios, hija mía:  
si hermosa tienes la cara,  
¡más hermosa, niña buena,  
debes de tener el alma!

---

## EL SECRETO

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Es la niña tan hermosa,  
que el mirarla, maravilla:  
blanca como la azucena  
tiene la cara divina...  
hebras de sol sus cabellos...  
de nácar sus manos finas...  
Siendo tan bella ¡tan bella!  
siempre está triste la niña.

Es el galán más apuesto

el que por ella delira:  
por ella diera tesoros,  
por ella diera la vida;  
por una reina y un reino,  
su amor no lo trocaría...  
Siendo amada ¡tan amada!  
siempre está triste la niña.

Ella tiene bellos trajes,  
ella tiene joyas ricas;  
tiene en la ciudad su casa,  
tiene en el campo su quinta;  
tiene carruajes, lacayos  
y doncellas que la sirvan...  
pero, aunque tiene de todo,  
siempre está triste la niña.

Es, la niña, la más buena,  
la más amable y sencilla;  
bordando, pasa las horas  
en dulce melancolía...  
se sonríe, se sonríe,

pero sus labios suspiran...  
Niega que ella tenga penas,  
pero está triste la niña.

Dicen que el galán le dice:  
«¡Qué triste estás, alma mía!»  
Dicen que ella no contesta,  
que ni siquiera lo mira...  
¡Dicen que él, tan amoroso,  
con ser ya su prometida,  
no ha conseguido un «te quiero»  
de sus labios, todavía!

. . . . .  
. . . . .

La niña ya se ha casado,  
¡qué bella y triste que íbal...  
su cara blanca ¡tan blanca!  
ya de mármol parecía...  
¡Al dar el sí, según cuentan,  
se vieron en sus mejillas  
temblar dos lágrimas puras,  
como dos perlas divinas!

---

# LAS TRES PARATIJITAS

(CANCIÓN DE NIÑOS)

Pues una vez un príncipe se disfrazó de pobre  
para correr el mundo buscando una doncella  
que, por sus propios méritos, sin interés ninguno,  
su corazón le diera.

El príncipe la busca que tronos y coronas  
y adoración merezca...  
el príncipe la busca  
mejor que rica, hermosa... mejor que hermosa, buena...

Anda que te anda por el mundo,

buscando su amor,  
de fatiga y de sed muerto el príncipe,  
á un castillo encantado llegó.

Con la sed que lo abrasa va y coge,  
el príncipe ansioso,  
de un naranjo verde,  
tres naranjas de oro...

Parte la primera,  
y cuajada de piedras preciosas  
sale una princesa...

El príncipe le dice  
que de sed y fatiga se muere;  
pero ella, al verlo pobre,  
se vá sin responderle.

Parte la segunda:  
sale otra princesa  
que, de tan hermosa, como un sol deslumbra.

El príncipe le dice

que de sed y fatiga se muere;  
pero ella, al verlo pobre,  
se vá sin responderle.

Parte la tercera:

la princesa que ahora aparece  
se vé que es un ángel de humilde y de buena...

El príncipe le dice  
que de sed y fatiga se muere,  
y ella vá, corriendo, y en sus manos blancas  
agua cristalina le trae de una fuente...

Esa es la que él príncipe  
para esposa quiere...  
la que vá corriendo y en sus manos blancas  
agua cristalina le trae de la fuente.

---

# AIRES MURCIANOS



## MURRIA

¡De fijo mi madre  
las horas mortales llorando se pasal  
Ya sabe la pobre  
que naïca en el mundo me salva,  
que me encuentro malico del pecho,  
que día por día las fuerzas me faltan,  
que lo mesmo que lus sin aceite,  
poquico á poquico, mi vida se apaga...  
Yo me pienso que el mal que me acora,  
más bien que en el pecho lo llevo en el alma...  
Por volver á mi tierra, tan sólo  
son tösas mis ansias,  
¡y, de hallarme tan lejos, la murria  
me corca y me mata!

.....

¡Llévate esa copa,

no me dés más agual...  
 Pa apagar la sequía que tengo,  
 me tenías que dar una jarra  
 de aquellas tan limpias  
 que están corgaicas debajo e las parras...  
 de aquellas tan frescas  
 que, gotica á gotica, tresmanan!...

¡Llévate esas flores,  
 que es muy fuerte su olor y me dañal...  
 Pa olorcico suave, aquellos rosales,  
 aquellos claveles, aquellas alábegas...

¡Quítame esta ropa,  
 que el cuerpo me abrasal...  
 ¡Pa ropica aquella tan asolaica...  
 aquella tan blanca  
 que alzaica me tiene mi madre  
 en lo hondo del arcal...

.....  
 ¡Me muerol ¡No tengo  
 ni gelepa siquiá de esperanza!  
 No es, con tóico y con ello, la pena

que más me acobarda,  
que al fin y al remate,  
quien muere descansa...

Mi dolor es morirme tan lejos...  
Yo quisiá morirme bebiendo aquella agua...  
¡pué que el olorcico de los azadares  
me resucitaral

. . . . .  
Diles que me lleven... ¡diles que me lleven,  
aunque llegue ya muerto á mi casal...  
que aquella ropica,  
que en lo hondo del arca  
alzaica me tiene mi madre,  
me la pongan siquiá de mortaja...  
¡que me abrigue mi cuerpo mi tierral  
¡¡mi tierra del almall

## ¡SIEMPRE TE CONOCERÍA!

Nena que por cara tienes  
una rosa alejandrina;  
nena de los ojos negros  
y de la boca encendía;  
nena la del seno altico  
y pelo como la endrina;  
murcianica por el habla,  
por el querer murcianica...  
yo, ande te viera en el mundo,  
siempre te conocería.

Zagala del Verdolay,  
huertana de Albatalía,  
de tu natural graciosa  
y sin maldá ni malicia:  
te lleven ande te lleven,

te llamarás Carmencica,  
te llamarás Rosarico,  
te llamarás Doloricas...  
Yo, cuando oyera llamarte,  
siempre te conocería.

Te vayas ande te vayas,  
te llevarás tus ropicas  
de huertana: tu refajo,  
tu armaör, tu mantellina...  
y aunque te llegues á ver  
ande otras hablas se estilan,  
yo sé que dirás «nenico»;  
yo sé que dirás «bonica»...  
y yo, si te oyera hablar,  
siempre te conocería.

Te encuentres ande te encuentres,  
serás siempre la mesmica:  
suspírarás por la tierra,  
que es lo que menos se olvida...  
tus recuerdos, tus cariños

y tu ilusión de algún día,  
con estilo y sentimiento  
pondrás en una coplica...  
Yo, si te oyera cantar,  
siempre te conocería.

También pondrás en un hombre  
tu querer, con alma y vida,  
y por un querer, sé yo  
capás de lo que serías:  
¡ay si tus celos despiertan!  
¡ay si tu querer te quitan!...  
huertana mora celosa,  
¡ay cómo te trocarías!...  
Yo, por tu querer, zagala,  
siempre te conocería.

Y te vayas ande vayas,  
yo sé que á la Fuensantica  
tendrás en un fanalico  
con una lus encendía  
y el fanalico adornao

con alábegas benditas...  
y sé que le rezarás  
hincaíca de rodillas...  
Yo, si te viera rezando,  
siempre te conocería.

. . . . .  
. . . . .

Nena la del seno altico  
y pelo como la endrina;  
nena de los ojos negros  
y de la boca encendía;  
tú la que por cara tienes  
una rosa alejandrina,  
serás, cuanti más lejicos  
te vayas, más murcianica...  
y yo, en el mundo, ande fuera,  
¡siempre te conocería!

## LA BARRACA

A la orillica del río  
y mirándose en el agua,  
está como satisfecha  
y orgullosa mi barraca...  
A mí me entra pena, á veces,  
y digo al considerarla:  
«¡Cerca está del que la vida  
lo mesmico dá, que mata!...»

Entre álamos y cañares  
y limoneros y parras;  
con las paeres de atobas,  
abrigás con arcazabas,  
y con el techo de sisca  
y con las puertas de caña,  
agachá bajo una higuera

grande que tóa la tapa  
y acurrucá, ¡propiamente  
páece un nío mi barracal

La he revocão de yeso  
y está que la vista encanta:  
tó lo que tiene de humilde  
tiene de limpia y de blanca,  
y mi mujer ha hecho de ella  
una tacica de plata.  
El cantarero reluce,  
la cantarica tresmana  
fresca y como un sol de limpia,  
que abre de beber las ganas...  
la espetera y la platera,  
de emperegilás se saltan...  
las sillas y la mesica,  
sin polvo y sin una mancha...  
debajico del jarrero  
sus macetas con alábegas...  
¡y, como un altar de fiesta,  
en un laico, la cama

con sus encajes de nieve  
y su cobertor de granal...

Yo no envidio los palacios  
que en las ciudäes levantan,  
que en ellos, con ser tan grandes,  
el corazón se me aplana  
y, en cambio, en mi barraquica,  
que es tan pequeña, se ensancha...

Tomando el fresco en verano  
á la sombrica e la parra;  
tomando el sol en invierno  
al amparo e la barraca,  
con la conciencia tranquila  
¡qué á gusto las horas pasan!...

Tan hermosa está la huerta  
que páece una moza maja,  
y tan hermoso está el cielo  
que deja la huerta á zaga...  
A descansar del trabajo,

con el que mi pan se gana,  
que el pan que se come el pobre  
siempre con sudor se amasa,  
me siento junto á la puerta,  
y, cogiendo mi guitarra,  
pienso que, pa mí, en el mundo  
tó se encierra en mi barraca,  
y de mi pecho, esta copla  
como un suspiro se arranca:

Cerca está del que la vida  
lo mesmico dá, que mata...  
¡Ay de mí, si crece el río  
y se lleva mi barraca!

---

## LA REINA DE LA HUERTA

Josefica, Josefica,  
rosa fina de la huerta,  
tan bonica, tan graciosa,  
tan natural y tan buena,  
que náide puede olvidarte,  
con una ves que te vea;  
tan modosa y tan poquico  
creida de tu belleza,  
que tomas lo que te dicen  
á chanza, si te requiebran;  
que si te cantan, que cantan  
por otras mozas te piensas  
y la cara, si te miran,  
te se enciende de vergüenza...  
Josefica, Josefica,  
que privas sin que lo sepas

y eres, sin imaginarlo,  
soberana de la huerta;  
que pa besarte se doblan  
á tu paso las palmeras;  
que las aguas, pa mirarte,  
se detienen en la cieca;  
que un palacio, tu barraca,  
páece cuando estás en ella,  
y puede una miraica  
tuya encender una guerra...

Josefica: caballeros  
prencipales de Valencia  
(que, al igual de aquellos otros  
andantes de las leyendas,  
en libros y damas tienen  
gala en poner sus empresas)  
al amor y á la hermosura  
le van á hacer una fiesta,  
y en ella gran homenaje  
rendirán á cuantas reinas  
proclamaron y cantaron  
en sus versos los poetas.  
Y yo digo, Josefica,

que si á tí te conocieran  
estos nobles caballeros  
de la ciudá de Valencia,  
á tí, que te habrán cantao  
por las noches á tu puerta  
tantas coplas como pueden  
escribir tós lo poetas;  
á tí, que alreorcico tuyo  
de tóico te enseñoeras  
y por tu gracia te adoran  
y por tus hechizos reinas;  
digo que estos caballeros,  
de conocerte, vinieran  
y en triunfo, seguramente,  
te llevaran á la fiesta  
del amor y la hermosura,  
pa que brillaras en ella  
¡hermosa entre las hermosas!  
¡¡como reina de la huerta!!

---

## EN LA CIECA

Con un zagalejo e grana  
y con una armilla negra  
y apargaticos èn onde  
sus piececicos enseña  
más limpios que las chinicas  
que el río en la orilla deja,  
Doloricas vá por agua  
al remanso de la cieca...  
Las manos en la cintura  
y el cántaro á la cabeza,  
más encarná que una rosa  
la he tropezao por la senda,  
y me páece vá por algo  
más que por agua á la cieca...

Un mozo recio de cuerpo

y con la cara morena,  
vestío con zaragüelles,  
chaleco e rosé y montera,  
de la cieca en el quijero  
sentão sobre la yerba,  
tira chinicas al agua  
disimulando que acecha  
cómo viene Doloricas  
y que ande él está se acerca:  
—«¡Lo que has tardao, Doloricas!  
—Es que es muy larga la senda.  
—No sabes lo que padesco.  
—Al que sufre, Dios lo premia.  
—Si mi premio has de ser tú,  
son pocas tōas las penas.  
—Ese es el cuento de tós,  
pero adentro otra se quea.  
—Adentro!... Adentro, bien sabes  
que náide más que tú reina...  
—¡Qué palabricas que tienes!  
¡Qué bien trabajas la tierra!...»

. . . . .  
. . . . .

Lleno el cantarico de agua  
y de ensueños la cabeza,  
Doloricas va cantando  
esta copla por la senda:

Flores de mi naranjico  
tus palabricas no salgan...  
¡de un naranjico que tengo  
en el que la flor no cuaja!

## EL ESGINCE

Calao vienes  
dista los güesos!  
¡Miá qué apargates!  
¡miá qué babero!  
¡Barro en la caral!  
¡barro en el pelol...  
¿En ande, asina,  
zagal, te has puesto?  
¡Si reventaras!...  
¡si diás un truenol!...

¡Tú dás conmigo  
fin, sin remedio!  
¿Vine yo al mundo,  
Señor, pa esto?

Si de esta hecha no pierdo el juicio,

nunca lo pierdo.  
 ¿No es pa matarte?  
 ¿no es pa que hiciera yo un desacierto?  
 ¡A ver si callas,  
 demonio vivo de los infiernos!

¿Tavía lloras?... ¡Que no rechistes!  
 ¡que no te sienta, miá que te estrello!  
 ¡Ven que te esuelle! ¿Que no te lave?...  
 ¡si he de arrancarte distà el pellejo!  
 . . . . .  
 ¿Pero, Dios mío, qué esgince es éste?  
 ¡y echando sangre, Dios de los cielos!  
 ¡Hijo de mialmal! ¿Te duele mucho?...  
 ¡no ha de dolertel... ¡no pué por menos!  
 ¡Deja la ropa que se haga yescal!  
 ¡Ay, nene, nene... si no es más que estol...  
 ¡Jesús qué esgince!... ¡lástima de hijo!  
 ¡¿Ves, hijo mío, lo que te has hecho?!  
 ¡Ves? ¡de tan malo! ¡Ven que te cure,  
 demonio vivo de los infiernos!

---

## CÁ COSA EN SU TIEMPO

¡Quien te vé y te vido,  
hija de mi älmal...  
Eras pequeña  
como esa zagala  
que esmuñe la teta

y á tu madre, chupando, se traga...  
La teta era entonces pa tí lo más dulce...  
¡lo mesmo esmuñás! lo mesmo mamabas!

. . . . .

Cá cosa en su tiempo.  
Abora no piensas más que en ir por agua,  
porque en el camino,  
Pepe el de la Algáida  
te tira chinicas  
y abonico t'habla...

Cá cosa en su tiempo:  
las cosicas esas, pa tí son, zagala,  
la teta más dulce... Abora no piensas  
más que en ir por agua  
¡y esmuñes la fuente,  
nena de mi älmal

---

## TREMPANICO

¡Vaya una helá! La escarcha cuajaica  
páece harina en la tierra,  
y de cristal y plata  
los tallos tierneçicos de la yerba...  
¡Qué mañanica! El elorcico que hace  
dista los güesos se entra...  
sin fuerza el solecico  
á dar en los picachos encomienza...  
el airecico corta...  
¡las palabras se yelan!...

Vaya una helál Pa Roque y pa Antoñica,  
ni páece que es trempano ni que yela;  
charla que charla están allá en el soto  
paräos en la senda:  
él que, de buena madrugá, ya vuelve  
con una carga e leña;

ella, que vá pal río  
 con un lebrillo e ropa á la cabeza.  
 ¡Pero qué embebecios y qué á gustol...  
 él, de su carga ni siquiá se acuerda;  
 á ella el lebrillo, menos entavía  
     que una pluma le pesa...  
     Ca ves están más juntos  
     y ca ves más se ciegan:  
 ¡unas cosas le está diciendo Roquel...  
 ¡qué miraicas Antoñica le echal

. . . . .  
 . . . . .

El lebrillico e roba  
 y la carguica e leña,  
 junticos y sin náide que los guarde  
 están á la orillica de la senda...  
     Y el sol está ya altico...  
 y el yelo en los brazales se blanda...  
     y se errite la escarcha...  
     y se esponja la tierral...

## DE CASTA

## I.

—¿Ande estará esta zagala?  
¡Señor, me tiene deshechal  
Ni que me esjarre gritando,  
ni que me asome á la puerta...  
¿Nene, no has visto á tu hermana?  
—No, señora.

—¡Pues arrea!

Sin pararte, abora mesmo,  
la buscas: ¡á ver si vuelas!  
¡á ver si, con mil demonios,  
en algún sitio la encuentras!...  
¿Ande estará esa lebranca  
grandísima corretera?  
Anda corriendo, zagal;  
anda ya y no te entretengas...  
Échate por el barranco,  
dá una vos en las paleras,

veste, en una correntilla,  
por el quijero e la cieca;  
sube al molino, pasando  
por la almazara y las eras,  
y embócate ista el lugar,  
si no la ves por la güerta...

Anda ligerico, nene;  
anda, á ver si dás con ella;  
si la ves, ya estás aquí...

¡ya estás, á escape, de vuelta!

Si no la ves, no te canses  
de buscarla y no te vengas.

—¿Pero qué pasa, mujer?

—¡Qué ha e pasar! que está muy suelta  
la zagala y no me gusta  
que ande asina.

—¿Quién? la nena?

—La nena, sí, nuestra hñja  
que verás, Dios no lo quiera,  
si nos dá un chasco, por ser  
tú un padrazo.

—No lo creas;

¡pero si es una mocosal

¡sí á catorce años no llegal

—Sin tenerlos me casé

yo contigo.

—¡Bueno fueral...

## II.

—¿Catalina? no buscabas

á tu Isabel?... Pos pacencia:

con Nofrico va pal campo

camino de Verdelená,

tan arregusto los dos

montañicos en la yegua.

—¡Madre mía del Consuelo!

¿Sientes, Paco?

—¿Quién? la nena?

—¡La nena!... sí! ¡la nenica!...

¡¿Ves, por darle tanta cuerda?!

—Déjalos, mujer!... Es mundo

y ellos irán á la iglesia...

Al fin y al remate, fuimos

nosotros también á ella,

¡y bien sabes que pasó

tó de la misma maneral

---

## LA ENRAMÀ

## I.

¡No tié enjamás perdón Mariá Dolores  
y alguna ves le pedirá Dios cuental  
Al pobre de Juanico,  
de aquí pa allá lo lleva,  
ábora con esprecios,  
y aluego con risicas embusteras,  
y está el zagal por su querer, que páece  
falto de la cabeza...

¡Lástima que lo mismo que de hermosa  
Mariá Dolores de variable sea!  
¡Lástima que Juanico, que es tan bueno,  
tanto y tanto la quiera!...

Y no hay que esperanzarse

en que el zagal su desengaño vea:  
ca ves está más loco,  
ca esprecio que recibe, más le ciega...  
¡cuanti menos está por él la moza,  
el mozo más y más está por ella!  
Miá lo que al pobre anoche le cantaron  
que amargarle debió más que la tuera,  
cuando la calle de ella, como siempre,  
rondaba esalentão dando vueltas,  
sin que Mariá Dolores  
se asomara á mirarlo tan siquiera:

Busca ande te hagan lajco  
y ande te traten mejor,  
que esa es una lumbrecica  
que á tí no te dá calor.

Y no es esto entavía  
lo peor de la fiesta:  
lo peor es que un mozo  
que viene tos los días de La Alberca,  
muy fantesioso y majo,  
montando pinturero en una yegua,  
se alaba de que está por él solico  
Mariá Dolores muerta.

Y aunque claro se vé que alabancioso,  
por presumir y por lucirse aumenta,  
no se deja de ver, al mismo tiempo,  
que está Mariá Dolores dando vueltas,  
y que está más vencia  
pal laico del mozo de La Alberca.

Esto que pa tó el mundo  
ya es una cosa vieja,  
también lo vé Juanico y no quíe verlo,  
porque de verlo tiembla...

Y se han puesto las cosas en tal punto,  
que temo que algo malo sobrevenga,  
estando, como está, Sábado Santo  
con sus músicas, cerca...  
con tōas sus porfías  
y tōas sus peleas.  
Lleno de rumbo ha dicho  
el mozo de La Alberca,  
que música ha e tener Mariá Dolores  
la santa noche entera  
y que se ha de lucir y ha de ponerle  
una enramá en la reja

con tóicos los claveles y las rosas  
y tós los azadares de la huerta...

Lo que ha de hacer Juanico  
ninguno se lo piensa;

él sabe las palabras  
del mozo de La Alberca

y tié la cara fosca  
y calla y se encangrena...

Se sabe solamente

que ayer en La Arboleja

y en un baile al que fué Mariá Dolores,  
soltó Juanico esta coplica llena

de celos y coraje

y de amenaza clara y manifiesta:

Si es que Dios no lo ha dispuesto,  
lo ha dispuesto mi querer:  
ó has de ser pa mí solico  
ó pa náide tiés que ser.

## II.

¡Qué esgracia, madre mía!

¡Dios de su mano al infelís lo tengal

¡Juanico, si, Juanico,

tan loco de remate que dá pena!  
Tronchó tos los naranjos de su huerto,  
y con ramas enteras  
de azadar cuajaicas,  
puso lo mismo que un altar la reja,  
llevando los jasmínes á brazäos,  
y por haces los nardos y azucenas...  
Y en ese mismo altar ande él tenía  
su virgencica puesta,  
en esa ventanica ande él alzaba  
la fé del alma entera,  
le ha hecho Mariá Dolores un desprecio,  
dejándolo lo mismo que una peña,  
y, ciego por la rabia  
y en la mismica reja,  
la ha degollao, dejándola  
entre las flores, muerta!...  
¡Y allí la tiés!... Su cara,  
más blanca que la cera,  
rodeá de azadares  
y jasmínes y nardos y azucenas,  
páece una rosa blanca

que arrancó del rosal la ventolera!

.....

Y allí también... cerquica, muy cerquica,  
al comenzar la senda,  
en un balsón de sangre está tendió  
el mozo de La Alberca,  
¡y espantá, á su laico,  
relinchando, su yegual...

---

## LA RISERA

## I.

Al remate ha encontrao, pa novio,  
un hombre á su gusto, Juana *la Morena*...

Buen mozo es Frasquito,  
pero tiene muy mala cabeza...

Frasquito se pasa  
las noches en vela  
de rondeo, belenes y bailes  
y de francachelas...

pero es pinturero, va siempre mudao,  
se echa á tós los días la ropa de fiesta,

toca la guitarra,  
canta coplas que él mismo se inventa,  
rumba y gasta lo suyo y lo ajeno,  
tié la mano rota y tira su hacienda...

Esto á las mujeres las saca de tino...

Luego, sus maneras  
y las palabricas que tiene pa hablarles...  
L'oyen y se erriten... ¡y se ponen ciegas!

Es tó lo contrario que Frasquito *el Cuco*,

Juana *la Morena*:

tié pocas palabras,

tié la cara seria...

pero tié en el mirar de sus ojos  
negros ¡una fuerzal...

Yo sé que el noviaje

viene de una apuesta,

que la gana Frasquito, si logra

que Juana consienta

que él salte á deshora las tapias del huerto  
pa verse con ella.

La cosa no es fácil, porque á los mastines

en el huerto de noche los sueltan;

la cosa no es fácil, si fuá lo que páece

Juana *la Morena*...

¡pero, á las caricias, callan los mastines  
y la moza más brava se entregal!...

II.

¿Que cómo fué aquello? pos siendo. En querer  
pué ser tó, por grande y extraño que sea.  
Fuera que la moza tuviá sus recelos,  
ó fuera castigo que Dios dispusiera,  
lo cierto es que asina pasaron las cosas,  
según lo que cuentan:

De acudir á la cita del huerto  
al *Cuco*, palabra le dió *la Morena*,  
y, al pié de las tapias, y á la media noche,  
ya estaba Frasquito con los de la apuesta,  
aguantando el resuello... ¡calläos  
tóicos como peñas!

Se sintieron gruñir los mastines  
y una vos, muy cerca,  
de mujer, que abonico decía:

—«¡Cállate, *Canelo!*... Cállate, *Pantera!*...»

De un salto, Frasquito se mete en el huerto...

La vos, abonico,

—«¡Cállate, *Canelo!*... ¡Cállate, *Pantera!*...»

La luna, lo mesmo que si fuá de día...

la noche, serena...

De pronto, de un beso,

dista los que escuchan, el son claro llega,

y, al sentirlo, no puén contenerse,

¡y rompen tós ellos en una riseral...

Abonico otra ves, en el ínten,

sintiéndose clara de coraje llena,

la vos, á los perros abora los zumbe

volviendo á decirles:—«¡*Canelo!* ¡*Pantera!*!»

Y, á la par que se sienten las risas,

se sienten los perros lo mesmo que fieras...

se sienten lo mesmo que cuando en el lobo

rabiosos se ceban...

Aquel alarío de los dos mastines,  
aquel alarío que la sangre yela,  
    respondiendo á las risas de enantes,  
    ¡páece otra risera!

.....

Luego, tó tranquilo...  
el silencio, llenando la huerta...  
la luna, lo mesmo que si fuá de día...  
    la noche, serena...  
relamiéndose, llenos de sangre,  
    *Canelo y Pantera...*  
    y fija en Frasquito,  
que en el suelo hecho piazos se encuentra,  
con la cara fosca, sin estremecerse,  
    *Juana la Morena...*  
pero tié en el mirar de sus ojos  
negros ¡una fuerza!...

---

## ¡UNO SOBRA!

### I.

¡Mocico entavía!... ¡una criatural...  
era un zagal de esos que nunca resuellan  
ni se meten con náide en el mundo,  
Paco el de la Venta.

Al revés de Paco, Pascual *El Chubito*  
era... ¡vamos! como Dios quiso que fuera:  
un hombre ya hecho... buen mozo y valiente...  
pero muy fantástico... ¡muy mala herramienta!

Pues tuvieron un día palabras,  
y dista hay quien cuenta  
que Pascual á Paco le pegó, y le dijo:  
«De hoy más, pués guardarte de que yo te vea,  
porque ande te pille,

te pego en la geta.»

Y á Paco ya náide lo vido, pal caso:  
de su casa, derecho á la huerta...  
de la huerta, derecho á su casa...  
sin icir palabra... baja la cabeza...  
sin alzar los ojos...  
¡como el que en la cara llevara una afrental

«Pascual lo ha cardao;—decían algunos—  
ese ya no alea.»

Y Pascual, si se hallaba presente,  
riéndose, icía con mucha fachenda:  
«Dejarlo; se esconde debajo e la cama  
y, como los perros faldericos, tiembla.»

Y Paco callaba, por más de saberlo;  
tenía su madre: una pobre vieja,  
que se mantenía de lo que él ganaba,  
y... ¿qué más razones pa ser una peña?

Una vececica na más, dijo Paco

muerto de vergüenza:  
 «Pascual es la causa  
 de que yo me pierda;  
 ¡ó él sobra en el mundo ó yo!... sin remedio,  
 de los dos, hay uno que de más se encuentra.»

. . . . .

## II.

Pero tóico pasa, y á su madre un día  
 la llamó la tierra...  
 lloró mucho el pobre... después tan sereno...  
 ¡quién pensar pudiera!...  
 ¡Como esos remansos del río, que asustan,  
 se queó sereno Paco el de la Venta!

Páece ser que entonces  
 hizo la encomienda  
 de la faca larga de cuatro canales,  
 y, empués de tenerla,  
 aunque siendo día de trabajo, el hombre  
 se puso igualico que en día de fiesta,  
 de majo y compuesto:

¡muy bien afeitao!... ¡su ropica nueval...

Y buscó al *Chubito* sin parar, y dando  
con él encomedio de la carretera,

le dijo: «A matarte  
vengo, pa que veas  
que, si tóico pasa,  
también tóico llega.»

Y, en menos que s'ice,  
se encontró *El Chubito* muerto en la cuneta,  
y Paco en la cárcel,  
con tó el pensamiento puesto en una idea:  
«Sobrábamos uno;  
no tenía vuelta.»

.....  
Lo vide entre cuatro paëres oscuras,  
resaltando en ellas  
su cara tranquila...  
¡su ropica nueval

## ROSICA

## I.

Miá qué fatigosa  
y apavilaica  
viene la zagala  
por la cuesta arriba...  
desansiá, sin fuerzas,  
acansinaica...

¡Páece con los ojos hundíos y tristes  
y como la propia cera las megillas,  
una rosa blanca  
su cara bonical...

Al andar, la pobre  
con ná se atosiga  
y en cá aliento páece  
que va á echar la vida...

La gente asegura  
que está opilaica...  
perenne en su cara se extiende un pañico  
de melancolía...  
¡quién ha de pensarse  
del mal que se muere la pobre Rosical

. . . . .  
. . . . .

## II.

Bartolico el *Trovaor*,  
que es de los mozos cabales,  
porque á bueno y recogío  
hay poquicos que le ganen  
y porque cantando coplas  
tampoco hay quien le aventaje,  
anda que bebe los vientos  
y está loco de remate  
por la nena de *Los Rojos*,  
amos de la *Casa grande*.  
Pero como á la zagala  
no le consienten sus padres,

por ser Bartolico pobre,  
con el zagal tal noviaje,  
haciendo así que la moza  
más por el mozo se afane,  
los muchachos á escondías  
llevan su querer alante  
y, á salto de mata siempre,  
andan pa verse y hablarse.

.....

.....

Rosica tié su barraca  
enfrente e la *Casa grande*  
y conoce á Bartolico  
desde que iban de zagales,  
á las moreras por hoja  
y por yerba á los cañares...  
¡de tóa la vidal... ¡de ir  
junticos por tóicas partes!...  
Luego ya, al hacerse mozos,  
si no sueltos como enantes,  
han seguío tan amigos  
y en su trato tan iguales,

que no hay tan siquiera un día  
sin que Bartolico pase  
ca Rosica un buen ratico,  
cosa que no extraña á náide.  
Tienes así que el zagal,  
con la escusica de estarse  
sus raticos ca Rosica,  
rondea la *Casa grande*  
y echa sus buenos vistazos  
y habla cuando pué lograrse  
con la zagala de enfrente,  
que está al acecho á cá istante.  
Y como Rosica se halla  
sola, porque no tié madre,  
y su padre y su hermanico  
siempre están en los bancales,  
tiés que ná tan reservao  
Bartolico pué buscarse  
pa gozar de su querer  
sin que lo eche de ver náide,  
como aquella barraquica  
que, escondía entre rosales,  
á un nfo de ruseñores

muy bien pudiá compararse.

. . . . .

. . . . .

### III.

—¡Válgame, ya no tengo  
que agradecer que vengas á mi casa!—  
De esta manera comenzó Rosica,  
temblándole la vos á cá palabra...  
clavando en Bartolico aquellos ojos,  
que más tavía que la boca hablaban...  
aquella boca que, con ser tan dulce,  
tenía una risica más amarga...

—¡Ya sé que estás por ellal...  
No me lo niegues, que se vé en tu cara,  
como se vé en la fuente el chinarrico,  
á través del cristal limpio del agua...

¿Pa qué vas á negarlo?

¿Es que es alguna falta?

¿Es que se echa el querer por la sendica  
que á uno le dá la gana?

¡Y estás loco por ellal...

¿Verdá que te ha robao entera el alma?

¿Verdá que estás sin juicio?

¿Verdá que ya no escansas  
y la noche y el día,

pensando en ella pasas?—

Y töas estas cosas,

de la boquica aquella se escapaban,

juntas y á borbotones,

como el chorro del agua

que, al destapar la hitera,

suelta la azarbe, cuando viene rafa.

Y aquello que Rosica á Bartolico,

cual propia interesá le preguntaba,

aquello que afanosa

l'icía llena d'ansia,

no era ni más ni menos

que el sentir que la ahogaba...

un querer de esos grandes,

que son más grandes cuanti más se callan...

querer por el mocico,

querer en el que ardía la zagala,

querer que, hablando, hablando,

¡a piazos de su pecho se arrancabal...  
Y Bartolico á tó le respondía  
siempre que sí con la cabeza baja,  
y ella se estremecía de sentirlo  
y, sin chispa de rabia,  
clavando más y más en él sus ojos,  
¡resisnaica y triste lo mirabal...

Estuvo Bartolico un par de días  
sin ir por la barraca,  
porque allá en sus adentros,  
tó se lo recelaba  
y sentía reparo  
de poner á Rosica de pantalla.  
Pero ella, en la apariencia muy alegre,  
lo llamó una mañana  
y, dista en son de broma,  
le dijo estas palabras:  
—¿Ande vas tan ligero?  
¿Qué tiés que ya no pasas?  
Los amigos leales,  
nunca por nunca faltan.—  
Y Bartolico entró dando una excusa,

y ella, manifestándose muy franca,  
pero con vos un poco tomaica,  
de esta manera le habla:

—A mí no me incomoda  
que vengas á mi casa,  
ni que desde ella aceches  
á quien te priva el alma,  
ni que venga á buscarte esa persona,  
ni siquiá que me mandes á llamarla.

Los amigos leales,  
nunca por nunca faltan,  
y no fuera amista ni en mí sería  
*querer como Dios manda,*  
no hacerte tóico el bien que yo pudiera,  
cuando en mi mano estaba.—

Sintió estas palabricas Bartolico,  
con tóico el amargor de la retama;  
pero, al alzar los ojos,  
se encontró tan serena aquella cara,  
que, en el ínten aquel, pensar no pudo  
el fuego que llevaba,  
consumiéndola viva,

Rosica en las entrañas!...

IV.

Y con tanta fé se toma  
Rosica su penitencia  
y, por bien de Bartolico,  
tanto y tanto se atormenta,  
que, siendo tó lo contrario,  
páece que la novia es ella,  
y al ver cómo se las busca,  
páece que goza en las penas.  
Ella vá á la *Casa grande*  
y ella los recaos lleva;  
ella avisa á Bartolico,  
sí es ocasión de que venga,  
y en su barraca á los novios  
á sus anchas se los deja,  
saliéndose ella al portal  
y acechando, entanimientras,  
pa que platiquen á gusto,  
sin que náide los sorprenda.  
¡Qué raticos, pa Rosica,  
estos que pasa en su puertal...  
Pué icirse, con tó y con ello,

que ni esazón manifiesta:  
con sus ojos entornaos  
y con su cara de cera,  
sin removerse pa ná,  
páece que es tóica de peña,  
y se vé, sin gran trabajo,  
que está más dentro, que fuera.  
Dentro, ande está Bartolico,  
viendo, por más que no vea;  
dentro con el pensamiento,  
dentro con el alma entera,  
y gozando, porque él goza,  
aunque es su gozo su pena.  
Y hay que sentir sus palabras  
y hay que ver tó lo que encierran,  
cuando solo á Bartolico  
ó á la novia sola encuentra.  
A ella, lo mesmico siempre,  
con poquica diferencia:  
—No le pagas su querer,  
ni tó lo que vale aprecias.  
¡Cuántas por él, sin pensarlo,  
la fama y la vida dieran!

¡No es tu querer verdaëro,  
cuando tanto lo esesperas  
y no te atreves á hacer  
*una* que suene en la güerta!—

.....

Y á Bartolico, otras veces:—  
—Ven aquí, que vás á verla!—  
Y solos en la barraca  
y cerraïca la puerta,  
juntos y á oscuras, se asoman  
por las rendijas aquellas...  
Y él siente pegá á la suya  
aquella cara que quema,  
y apoyaïca en su espalda  
aquella mano que tiembla...  
y el aliento calentico  
y la boquica tan cerca...  
y aquella vos tomaïca,  
diciéndole con tristeza:  
—¿Verdá que por ná en el mundo,  
dejarías de quererla?—

.....

## V.

Tó tié su remate,  
y á tóico en el mundo le llega su hõra:  
Segura Rosica de que Bartolico  
sus cinco sentíos tenía en la õtra;  
segura de verlo morir se penando,  
si no se casaba con aquella moza;  
y segura de ver á los viejos  
de la *Casa grande* cá ves más en contra,  
se conoce que echó bien su cuenta  
y, no como dice la gente, que loca,  
sino como santa,  
hizo aquello que hizo, que asusta y asombra.

Aguardó á que estuviá Bartolico  
dentro e la barraca junto con su novia  
y, echandó la llave, los dejó encerrãos  
y se fué por la senda más sola  
y se echó de cabeza á la azarbe  
¡y muerta la hallaron atrancá en la ñoral

. . . . .

¿Sientes las campanas?

¿sientes cómo doblan?

Pues, aunque es á muerto, por una promesa  
se celebra á ese son una boda:  
la de Bartolico  
con aquella novia...

Pa siempre, las cruces acaban de echarles,  
y oyendo la misa se hallan á estas horas  
¡por el alma e la pobre Rosica,  
que Dios tenga en glorial

---

## LA CARTA DEL SOLDADO

No he tenido carta tuya,  
pero de mi madre sí...  
¡y aún no le he escrito á mi madre  
y otra vez te escribo á tí!

Me dicen algunos que pa qué te escribo...

¡Ay qué bien que se habla!

¡Yo te escribiría, aunque me digeran  
que á tus manos no llegan mis cartas!

Te escribo y asina, nenica, me pienso  
que te hablo lo mesmo que enantes te hablaba,  
sentaicos los dos en el poyo... ¡cuánto tiempo que hace!

Tu madre costá... los nenes juában...

Hay quien asegura  
que con otro mozo del pueblo te casas...

Mi madre me escribe ¡pero no me mienta  
de esto una palabral...

¿Por qué no me escribes tú también, nenica?...

Yo nunca me creo náica de esto que hablan:  
pienso que muy fácil  
se pierden las cartas;  
pienso, sin sosiego,  
que pué que estés mala...

Por eso te escribo: pa hacerme la cuenta  
de que siempre te hablo... de que no me engañas...  
¡Pa hacerme la cuenta de que no hay otro hombre  
que en el poyo te hablal...

Yo quiero que veas  
que nunca por nunca mi querer te falta...  
yo quiero que veas que de tó me acuerdo...  
¡que estoy con el alma  
siempre en la sendica  
que vá pa tu casal...

Por eso te escribo...  
¡por eso te escribo larguica la cartal...

Pa negar y negar que me olvidas,  
 pa negar y negar que me engañas,  
 pa que veas que soy siempre el mismo...  
 ¡aquél que en el poyo te hablaba y te hablaba!...  
 ¡Cuánto tiempo que hacel...  
 ¡Tu madre cosa!... ¡los nenes juában!...

¡Qué triste me he puestol...  
 Mira qué coplica de cantar acaban:

Quando vuelva, si es que vuelvo,  
 ¡Dios sabe lo que hallaré!...  
 Si una bala mata un hombre,  
 ¡el tiempo mata un querer!

Carta de mi madre... De tí... ¡cuánto tiempo  
 que no tengo carta!...  
 Dicen que, de fiijo, de mí no te acuerdas...  
 que con otro mozo del pueblo te casas...  
 ¡¿Por qué no me escribes?!... ¡¿Por qué no me dice,  
 de tó esto, mi madre, siquía una palabra?!...  
 ¡Qué triste me he puestol...  
 ¡qué triste me he puesto, nenica del alma!...

---

## ¡LOS NIOS SOLOS!

Están en el huerto los ruiseñorcicos  
 que no hay quien los sienta,  
 alreor de sús níos en onde  
 ni siquiá un pajarico les quëa...  
 ¡Qué píar y píar más amargo!...  
 ¡Dán una trítezal!...

. . . . .  
 De las cosas que esjarran el pecho,  
 te digo que es una, pasar por la huerta:  
 ¡ni siquiá un mocico!...  
 ¡tóicos pa la guerral...  
 ¡las casas solicas!... ¡los padres llorando!...  
 ¡se siente una pena!...

## EL ABEJORRICO NEGRO

Dende que á la guerra, lo mesmico que una  
rés al mataëro,  
se llevaron aquel hijo mío,  
pa mí no hay consuelo...

Largos como siglos, pa mí son los días...  
las noches, eternas... ni como, ni duermo...  
de llorar, se me escurren los ojos...  
de pensar, se me erriten los sesos!

¡Más cerquica, abora ¡hijo de mi vidual  
páece que lo tengol...  
más cerquica, abora  
que se halla tan lejos...  
Delantico de mí, á tóicas horas  
su imagen la veo...  
Sombrica perene

de mi pensamiento...  
¡clavo que en el alma  
traspasão llevol...

¡Y es una agonía! su carta no llega...  
Sin carta... ¡sin vida! pal caso es lo mesmo...  
Un abejorrico negro me seguía  
ayer en la casa y empués en el huerto,  
y esta mañanica me salió al camino,  
como si estuviera pa verme al acecho...  
Se me helaba la sangre al sentirlo,  
temblaba de verlo,  
¡cuando á mí se acercaba zumbando,  
erizá me ponía de miedol...

¡Tengo una zozobral...  
¡vá ahogándome un pesol...  
¡Hijo de mi vida! ¡Hijo de mi vida!...  
¡Virgen del Amparo, si mi hijo se ha muerto!

---

## LA NOVIA DEL SOLDADO

## I.

¡Lástima de zagalica,  
la de la casa del *Alto*,  
la zagalica cantora,  
que era el sentirla un encanto...  
la de los ojos alegres,  
que era una gloria el mirarlos!...  
De aquella alegría hermosa  
ni sombrica le ha quedao...  
¡ahiláica por la pena,  
pasa el día suspirandol...

La guerra tiene la culpa:  
la guerra que le ha robao  
aquel mozo que le echaba

músicas con su guitarro;  
aquél que tōas las noches  
en el poyo, y á su läo,  
l'icía cosicas dulces  
al oïdo, platicando...

Solo alguna ves que tiene  
carta del pobre soldao,  
se consuela la zagala  
y, por entre los naranjos,  
se oye esta coplica triste,  
en un tonico tan bajo,  
que más páece que la llora,  
que no que la está cantando:

Ojos que te vieron ir  
por aquellos olivares,  
¡cuando te verán volver  
para alivio de mis males! (1)

## II.

¡Lástima de zagalical...

(1) Popular.

Ya no suspiran sus labios...  
ya no llora... ¡ya pa siempre  
sus ojos están cerräos!...  
¡Qué rebonica hasta muerta!...  
¡como un ángel se ha quedäo!  
Cubierta está de azadares  
en un ataulico blanco,  
y la mortaja más blanca  
que la nieve en los picachos...  
blanca la cabecerica  
en ande la han acostäo,  
¡y blancas como azucenas,  
también la cara y las manos!...

Floreçica á medio abrir,  
que el aire tronchó del tallo...  
pajarico que á la huerta  
ya no alegrará su canto...  
¡lástima de zagalica,  
la de la casa del Alto!

¡Sus ojos ya no verán

volver al pobre soldaol...  
aque'l mozo que le echaba  
músicas con su guitarro...  
¡aque'l que tōas las noches  
en el poyo, y á su lão,  
l'icía cosicas dulces  
al oïdo, platicandol

## LA CABECERICA

## I.

Tan bueno y tan sano  
volvió de la guerra...  
¡¡pa qué?! ;más valía  
que nunca volviera!

Tóicos lo aguardaban ¡tóicos menos Carmen!  
y cuando temblando preguntó por ella,  
lo miraron callaos y tristes...

¡¡pa qué más respuesta?!...

¡la madre de Carmen, vestía de luto  
le salió á la puertal...

No había pal pobre Bernardo consuelo,  
y sus alaríos partían las peñas:

—¡Carmen de mi alma!...

Carmencical... Nenal...

¡¡quién me hubiera dicho, cuando yo volvía

gozoso y cantando, que ya estabas muerta!—

. . . . .  
De los días llenos de mayor angustia,  
llorando lo mesmo que una Madalena,  
en el cuarto en ande murió Carmencica,  
la madre á Bernardo, la historia le cuenta:

—Me pidió que, pa no entristecerte,  
jamás en las cartas na te se digera  
del mal sin remedio que le iba cavando  
su hoyico, en la tierra...

Tocaïca estaba del pecho la pobre...  
tosía con una tosecica seca,

sin parar... se puso  
tan delgá, que tóicos sentían, al verla,  
compasión: las manos se le clareaban...  
el color, lo mesmo que las azucenas...

sin ánimo alguno,  
sin chispa de fuerza...

sin humor pa verse... ¡y en aquellos ojos,  
¡hija de mi älmal siempre una tristeza...—

Y también llorando,  
deshecho de pena,

Bernardo, en la cama de la pobre Carmen,

hunde la cabeza...

Y la madre sigue:

—¡Qué dolor! si vieras!...

Como un pajarico se quedó... no hacía  
ni viso, debajo de las ropas esas...  
la cabecerica, esa en ande lloras,  
¡de sudor, calañica está de ella!...---

Bernardo que siente  
las palabras éstas,

¡se aprieta á la cara la cabecerica  
y con töas sus ansias la besal

## II.

Se llevó Bernardo la cabecerica,  
y por náica del mundo la deja...

¡tóicos los afanes y las ilusiones  
de su vida, encierral...

Jamás en su cama consiente que pongan  
otra cabecera,

respira con ansia su olorcico triste,  
con pasión en sus brazos la aprieta,

se la come á besos,  
con llanto la riega...  
¡pobrecicol páece,

cuando sin alientos se duerme sobre ella,  
¡que pa no levantarla ya nunca,  
su frente recuestal...

## III.

Tocão del pecho se ha muerto Bernardo:  
lo mesmo que Carmen, remató sus penas...  
La cabecERICA fué la que el hoyico  
le cavó en la tierra,  
y á la sepultura  
también se la lleva...  
dentro de la caja  
descansa sobre ella  
¡y en ella la frente,  
como en un dulce sueño, recuestal

---

## ¡V LA NENA AL BRAZAL!

La boca me duele de estarle diciendo:

—No quiero que vayas, nenica, al brazal...

no quiero que vayas, porque á ver Paco

sé, nena, que vás...

¡no quiero que vayas!...

¡miá que ni chispica de gusto me dá!...

Y no es que se diga

que es malo el zagal,

no es que yo me piense

que no te querrá...

peró es ligerico de cascos y páece

que le gusta beber y juär...

¡Miá que ni chispica

de gusto me dá!...

¡no quiero que vayas,

nenica, al brazal!—



Como el que una lumbre  
quisiera apagar  
y fuera, el reñirle, leña que se echara  
pa encenderla más...  
«Anda ves, nena,» páece que entendía  
y, á tóicas las horas, ¡la nena, al brazal!

Ni con palabricas ni con malos tratos  
se alantaba ná:  
—Miá, nena, que Paco no anda muy erecho  
ni páece formal...  
miá que es un enrea  
que le gusta vivir y triunfar...  
miá que sus pasicos  
no son buenos ya...—  
Pues como decirle que Paco era un ángel...  
palabras perdías... ¡la nena, al brazal!

—¡Por Dios, hija mía! ten conocimiento!  
Procurando estás  
que no te consienta  
salir al portal,  
que te encierre en el cuarto y te amarre

y que, aunque me duela, te llegue á pegar...  
¡Ni por esas!... ni chispa de caso!  
ni que del demonio se hallara tentá!  
de día y de noche  
¡la nena, al brazal!

.....

Ahora resulta que Paco quería  
divertirse con ella, na más...  
que ya, con la nena, ni á buenas ni á malas  
se quiere casar...  
Con tóico y con ello y á tóicas las horas,  
¡la nena, al brazal!

---

## LA COPLICA MUERTA

## I.

Cuesta arriba, cuesta abajo,  
siempre canta José Antonio,  
al pasar frente á la *Casa*  
*de los olmos.*

Cuesta arriba, cuesta abajo,  
siempre en el mesmico tono,  
canta su coplica eterna  
melancólico:

¡Cuando querrá la Virgen  
de la Fuensanta  
que tu ropa y la mía  
tengan un arca! (1)

Coplica que, de sentirse,  
vive en aquellos contornos,  
como el son de los ramajes

(1) Popular,

en el soto...

II.

Canta el zagal por Anica,  
pero Anica está por otro,  
y á perderse va en el aire  
la coplica que echa el mozo...

Canta el zagal por Anica,  
pero ni un eco remoto  
tiene su copla en la *Casa*  
*de los olmos...*

III.

Ya no hay pájaros ni hojicas  
en los árboles del soto...  
ya pasa sin que lo sientan,  
por la cuesta, José Antonio...

Desde que el zagal ha visto  
que Anica se habla con otro,  
¡no se siente la coplica  
de la *Casa de los olmos!*...

---

## RESCOLDO

Yo me pensaba que era  
tan facilico  
el apagar la lumbre  
de aquel cariño...  
¡Ay lumbrecica,  
lo que dura el rescoldo  
de tus cenizas!

Así canta el mozo  
cuando se halla á solas...  
La mesma coplica  
canta á tóicas horas,  
de un modo que páece que el alma cón ella  
se le escapa también por la boca!...  
Así canta el mozo  
que tiene la novia  
en la mesma calle  
en que há poco tiempo se hablaba con otra!...  
  
El mozo, el domingo, platica á la puerta

con esta zagala con quien se habla abora,  
y la que antes lo quiso, platica  
ya también con otro y á las mismas horas,  
en la propia calle, cerquica y de modo  
que las dos parejas siempre se confrontan...  
Y aunque alantáicas en los dos noviajes  
están ya las cosas,  
se vé, cuando lão por lão platican  
unos y otros novios así de esta forma,  
que sus miraïcas, entavía, el mozo  
se echa con aquella que era antes su novia...  
¡Estas miraïcas,  
bien claro pregonan  
aquel rescoldico que dejó la lumbre  
en el pecho del mozo y la moza!

---

## EL CAMINICO

Pa ir sin arrodeos derecho ande estaba  
la moza aguardando, siempre echaba Isidro,  
    á campo atraviesa,  
    por el mesmo sitio,  
    y á fuerza de pasos,  
    la vereá s'hizo...

Desde el arrecife, derecho á la casa,  
partiendo la viña, se vé el caminico...

Después que una noche, como de costumbre,  
con la moza á sus solas se vido,  
    del lugar, pa siempre,  
se marchó por sus pasos Isidro,  
    dicen que hartó de ella...  
    por otro capricho...

Tocá por la pena, la pobre Rosario

desde entonces no se halla en su juicio!...  
La hierba se extiende naciendo en la viña  
y se empeña en borrar el camino;

pero no la deja  
crecer Rosarico...

Dice la zagala:

—Si le dá la idea de volver á Isidro,  
que no tenga queja,  
¡que esté el caminico!...

---

## EL SACRIFICIO

Vengo de misa ¡y traigo un desconsuelo!...  
La ha dicho el zagalico del tío Juan:  
aquél que de pequeño era tan diablo  
y que luego salió tan buen zagal...

Su madre se empeñó en que fuera cura,  
y, quieras que no quieras, no hubo más:  
sin vocación, el pobre José Antonio  
dobló la frente y se dejó llevar  
¡como una res mansica  
que al mataëro vá!

Al cabo de los años  
vuelve ahora al lugar,  
y dá pena de verlo  
tan serio y tan formal.

.....

Fué novio de Rosario,  
la nena del tió Blas...  
aquella tan bonica  
que era un ángel de Dios... No se verá  
noviaje como aquél... ¡era un cariño  
ya ciego por demás!

Platicaban de noche, y por el día  
no podían pasar  
sin mirarse á raticos dende lejos,  
¡sin hartarse jamás!  
en la güerta, en la calle y en la plaza,  
¡pa ellos tóico era igual!  
¡y en la iglesial? ¡los ojos no ponían  
ni siquiera una ves en el altar!  
A ella, cuando iba, la veías siempre  
al pié del Nazareno, embelesá  
mirando á José Antonio... ¡José Antonio,  
mirándola enfrentico, sin parar!

. . . . .

Poco dempués de que él cantara `misa,  
la pobre sin saberse de qué mal,

¡murió como quien no tiene en el mundo  
ya náica que esperar!

.....

.....

No hay mayor sacrificio  
que el que ha hecho ese zagal.  
Al dar la bendición hoy en la misa,  
miró pal Nazareno con afán,  
igual que en otro tiempo... y cual si viera  
enfrente á Rosárico embelesá  
mirándolo entavía,  
¡no pudo resistir y echó á llorar!

---

## TÓ POMPORICAS

Pa poder verse á solas,  
al soto s'iban,  
y en el mesmo remanso,  
junto á la orilla,  
sintiendo hablar al mozo  
la zagalica,  
se pasaba las horas  
embebecía...

En tó lo que duraba  
lo que s'icían,  
con la petera el mozo  
de echar chinicas  
al remanso del río,  
nunca ponía  
sus ojos en la cara  
de la mocica,

¡y ella con sus ojazos  
se lo comía!

Al golpe seguidico  
de las chinicas,  
la corriente serena  
se estremecía,  
llenándose el remanso  
de pomporicas,  
tan vanas, que en el ínten  
se deshacían...

Y alguna ves, al mozo  
la zagalica,  
sintiendo sus palabras,  
le respondía:  
—Que tus promesas llegue  
yo á ver cumplías  
y tó salga igualico  
que me lo pintas...  
Que esas palabras tuyas  
con que me privas,  
¡no sean lo mesmico

que pomporicas!...

Le salió á la zagala  
lo que temía:  
la engañó el mozo al cabo  
con palabricas...  
se devirtió con ella...  
¡la ejó perdía!...

Y la pobre, en el soto,  
y ande se vían,  
se echó de golpe al agua  
dende la orilla,  
cayendo lo mesmico  
que una chinica...  
llenándose el remanso  
de pomporicas...

Tó el que lo sabe, dice:  
«¡Páece mentiral!»  
¿Por qué, si en este mundo  
tó es pomporicas?

---

## LOCO DE REMATE

El zagal estaba  
en tós sus cabales;  
pero andaba siempre cabilosó y triste  
por lo del noviaje  
de la moza aquella que por él cegaba  
y con otro le hicieron casarse...  
Era el pobre zagal, vergonzoso:  
un mocico de esos buenos y formales,  
y causaba pena verlo á tóicas horas  
murrio, callaico, sin hablar con náide...  
¡como si por dentro de sí, que lo fuera  
minando de muerte, llevara un mal grandel!

Pal trebajo era un negro: salfa,  
hecho un esclavico, con la casa alante...

«¡Mis piés y mis manos!»  
cuando lo mentaba, decía su padre...  
Pues, solo el mocico, y aunque vió mal tiempo,  
se marchó con el carro de viaje  
y en mitá del camino, la nube  
le pilló de golpe, sin poder librarse...  
Se caló ista los güesos, la ropa  
se secó pegaïca á la carne...  
le entró calentura, se vido á la muerte...  
y loco, de aquella, queó de remate!

Le dió la locura por ser lo contrario  
de lo que era enantes:  
cantaba y bailaba  
sin empacho en mitá de las calles,  
tan suelto y alegre, que el pobre paecía  
más felís que náide...  
¡Detrasico del loco iba siempre  
escurrío de pena, su padre!

Luego, algunos días,  
al zagal le entraron arrebatos grandes...  
había que atarlo

porque no era cosa de verlo estrozarse,  
 y al viejo le hicieron llevarlo á las javias,  
 ¡que era igual que, vivo, sepultura darle!...  
 ¡Y al hijo, á la jaula, llevó engañaico!...  
 ¡El zagal cantaba, mientras que en la calle,  
     escurrío de pena y de angustia,  
 mirando á las javias, lloraba su padre!

. . . . .  
 . . . . .

Al mocico, ahora,  
 otra vez lo tienes en tós sus cabales;  
 pero ya no canta: lo ves, como en tiempos,  
 caviloso y triste por lo del noviaje  
 de la moza aquella que por él cegaba  
     y con otro le hicieron casarse...

Dá lástima verlo:  
 murrio, callaico, sin hablar con náide,  
 ¡como si por dentro de sí, que lo fuera  
 minando de muerte, llevara un mal grandel...  
 Cuando estaba loco, paecía más cuerdo...  
     ¡páece ahora más loco que enantes!

## ALECCIONAICA

Nō me daba calor la zagala...  
A mí me paecía  
que estaba por otro,  
que en mí no pensaba ni siquiá una chispa...  
Se me figuraba que hacer imposibles  
pa que me quisiera, poquico sería...  
¡Mi hacienda le hubiera yo dao por una  
de sus miraicas!

—«Díselo, porque á media palabra  
te responde que sí»—me decían.  
«Díselo, que con palmas te esperan  
en su casa, si vas á pedirla.  
¿Ande, nunca enjamás, semejante  
proporción pa casarla tendrían?  
No serán, de seguro, tan ciegos

sus padres que dejen, así tan aínas,  
escapar la ocasión de que sea  
la zagala rica.»

Y como el cariño no atiende razones  
y vás, sin remedio, siempre pa ande tira,  
me senté en el poyo y, en cuatro palabras,  
le dije abonico que si me quería...  
Y ella, sin empacho y á poquicos ruegos,  
aterminaica,  
me respuso que sí, de tal modo,  
¡que me dió tristeza, más bien que alegríal...

Pa mí que, al decirme que sí, la zagala  
su sentir no icía...

Pa mí, que ya estaba revuelta del tóico...  
¡revuelta del tóico y aleccionaica!

---

## CARMENCICA

Trepanera me has salío  
como la flor del almendro...  
¡cuánta flor trepanerica  
se yela ó se lleva el viento!...

## I.

¡Rleñe! ¿No la has visto?  
¡Carmencica con novio!  
Y no está encelaica, que digamos,  
platica que platica con su mozo,  
los dos bien rejunticos  
sentäos en el poyo...  
¡Demontre de zagala!... ¡me dá pena  
que despunte tan pronto!

¡Señor, si es una cría!  
Si ayer mesmico, como dice el otro,



sin rastro de sentimiento,  
como está el que la perdió  
con otra novia, tan fresco.

¡Lástima de Carmencical  
¡qué malos pasicos llevá...  
¡unos mocicos anoche  
cantaron esto á su puertal

Aunque te laves y laves  
manchaica te has de ver,  
¡como está la cantarica  
ande tós van á beber!

## III.

¡Qué lástima de zagalal...  
¡Frutica á medio maurarse,  
que cayó de su ramica  
y anda por los barrizales!...  
De otra manera se peina,  
de otra manera es su traje,  
no es el olorcico que echa  
olorcico de azadares,

ni su cantar es el mesmo  
ni tién sus coplas el aire  
de aquellas que por la huerta  
se echan entre los cañares...  
El arrebol de su cara  
no es arrebol de su sangre;  
el descaro de sus ojos  
no es la lumbrecica de antes;  
no es la mesma su risica,  
ni los mesmos sus modales...  
¡Quien la vió y la vé!... ¡Señor,  
qué diferencia tan grandel...  
Como está lo que se vende  
á tó el que vá por la calle;  
como lo que pué comprar  
tó el que se acerque y lo pague;  
como cosa que está á mano;  
como en las tablas la carne...  
¡asina está Carmencica,  
ya pensarás en qué partel...

## IV.

Yo he puesto en crus sus manos



# ¡CALLÁ, CALLAÏCAL!

## I.

¡Ni enclavándola en crus, se dejara  
su querer María!  
Su padre la ceta de muerte y le dice:  
«Nena, que te mato, si con él platicas.»  
«Nena, que te egüello,  
si sé que lo miras.»  
Y ella, lo mesmico que si fuá de peña,  
ni siquiá rechista:  
pero siempre firme...  
¡siempre encelaïcal!  
Su padre reniega y, á tóicas las horas,  
que se deje á Leonardo, le grita,  
y ella hace promesa de quererlo siempre,  
¡callá, callaïcal!  
  
¡Con cuántos trabajos

y cuántas fatigas,  
puén tener un rato de verse y hablarse  
Leonardo y María!  
Pasá media noche  
son tōas sus citas,  
y, al amparo e las sombras, el mozo  
pegaico á las tapias, se esliza  
y estroza cañizos y salta los leros,  
con el ansia grande de lo que le privan.  
De la casa, á buscarlo, la moza  
sale de puntillas,  
y escalza y temblando, se esculle hasta el güerto,  
¡callá, callaica!

Menos se les siente,  
menos entavía  
que el son de las hojas de la parra grande  
que los acobija...  
que el son de las hojas que calmoso el aire  
mueve una miajica.  
Más páece, lo que hablan,  
cosas que suspiran,  
y hablan cá ves menos,

como cosa que no necesitan...  
 ¡Tanto como merman sus palabras, tanto  
 crecen sus caricias!  
 Él, entre sus brazos la aprieta que páece  
 que va á hacerla quina,  
 y ella le dá besos muy arrebonico,  
 ¡callá, callaïcal!...

## II.

Con los mozos remata la guerra,  
 la guerra maldita...  
 Ya se fué Leonardo...  
 ¡qué dolor pa la pobre María!  
 Pa que no la tome con ella su padre,  
 pa que ná le diga,  
 la infelís, aguantando su pena,  
 se pasa las horas mortales del día  
 y, aluego, llorando  
 las noches enteras á lágrima viva,  
 ¡recomiéndose sola su angustia,  
 ¡callá, callaïcal!...

## III.

¡Válgame qué esgracia! Que en buenas del trance  
 saque Dios á la pobre María.

Lo sabe tó el mundo; no pudo ocultarlo,  
por lo alantaica...  
Su padre la mata,  
si no se la quitan,  
y jura y rejura  
que al crío que pára, tié que hacerlo trizas.  
De temor se estremece la pobre,  
pero no rechista,  
¡y oye la sentencia,  
callá, callaical

¡Qué miedos que pasa  
la pobre María!  
Ná le dá por ella;  
teme por la vida  
de aquel angelico  
que el Señor le envía;

lo aguarda con ansias, y teme que venga...  
¡siente unas tristezas y unas alegrías!  
Su padre, más fosco cá ves, le recalca  
la sentencia aquella que la atemoriza.  
La pobre, al sentirlo, tóa se estremece,  
pero no rechista,

y jura y rejura salvar á su hijico,  
¡callá, callaïcal

## IV.

Sintió los dolores á la media noche,  
cuando tós dormían...  
se mordió las manos y aguantó su angustia,  
¡callá, callaïcal!

. . . . .  
. . . . .

Pa ir sabe Dios ande,  
sin amparo de náide ni guía,  
no pensando en su vida la pobre  
por salvarle á su hijico la vida,  
lo cojió en los brazos, lo abrigó en el seno,  
le puso la cara pegá á la carica,  
y muerta de miedo y escalza y temblando,  
salió de pñtillas,  
dándole besicos, llorando la pobre,  
¡callá, callaïcal...

---

## LOS PAJARICOS SUELTOS

## I.

No mandes á los nenes á la escuela  
    porque no la han abierto  
y está, si es que el Señor no hace un milagro,  
    cerraïca pa tiempo...  
    Ha caido en la cama  
    muy malico el maestro,  
y es cosa de temer, por las señales,  
que ya no se levante el pobre viejo...  
    Una jaula vacía  
páece la escuela con aquel silencio,  
y por fuera corriendo los zagales,  
una bandá de pajaricos sueltos.

.....

## II.

Ya doblan las campanas...

ya arremató el maestro...  
 mucha pena me dá, porque era un hombre  
 de los pocos que hay buenos...  
 mucha pena me dá por los zagales...  
 ¡No paro de pensar qué va á ser de ellos!

. . . . .  
 . . . . .

### III.

¡Traigo en el corazón una tristeza!...  
 De allá abajico vengo:  
 la escuela, como enantes, cerraíca  
 y con aquel silencio...  
 chillando alreórcico los zagales  
 y á sus anchas corriendo...  
 ¡La jaulica vacía  
 y la bandá de pajaricos sueltos!

. . . . .  
 . . . . .

## LA NUBECICA

Hace noche oscura... oscura lo mesmo  
que boca de lobo... ¡sin una estrellical  
De ratico en ratico, llampea...  
¡la nube está encimal

. . . . .

Con ser ya las tantas de la noche, á Paco  
fuera de su casa lo tiés entavía...  
ceñúa lo espera,  
de plantón en su puerta, Antoñica...  
Es un matrimonio parejico el que hacen  
y dá gusto verlos en buena armonía:  
son jóvenes, gozan de salú, de pocos  
deseos se privan...  
pero él tié su pronto y ella tié su genio,  
y hay veces que riñen por cualquier cosica.  
Que Antonia está ciega de querer por Paco,

es tan claro que salta á la vista,  
por más que ella nunca tal cosa demuestre  
ni, menos, la diga.  
Es de las que háblan  
poquico en su vida;  
no es espamentera,  
no anda con embustes y zalamerías,  
no tié desahögo pa tóico, como otras...  
¡es reservaïca!  
No espega sus labios...  
tan es ella asina,  
que puá ser que Paco no la haiga sentío,  
como fuera su gusto sentirla,  
decirle «te quiero»  
ni una ves solica.

.....

.....

Paco ha vuelto á su casa, y Antonia  
ni siquiá rechista;  
pero es, el callarse,  
en Antonia la seña más fija  
de la pesaömbre clara y manifiesta.

que en su cara se vé pintaica...  
 Esto le hace á Paco perder los estribos,  
 haciéndole que hable lo que no hablaría:  
     —¿Por qué calla Antonia?  
     ¿por qué no se esplica?  
 ¿es que quíe tenerlo lo mesmo que á un nene?  
     pos ¿qué se imagina?  
 ¿no sabe que es mucho peor cuando tanto  
     se aprieta y se obliga?  
 ¿es que quíe que rabie? ¿por qué lo encangrena?  
     ¿le luce que riñan?—  
     Y ya, de coraje  
     cegando, le grita:  
 —¿Por qué has de ponerte tan cerril conmigo,  
 que no quisiá verte?... que te mataría?...

En tóico lo suyo se esjarra la nube:  
 retumban los truenos, zumba la ventisca,  
     se amaga el ramaje  
     y el barranco se hincha...

Callaica, Antonia se esnúa y se acuesta,  
 sin decir ni siquiá palabrica...  
 Paco hace lo propio,  
 apagando la lus en seguía...

.....  
 .....

Vueltas y más vueltas...  
 el sueño está lejos y Antonia suspira...  
 Paco que la siente, ya en tono más suave  
 y un poquico triste le habla abora asina:

—¿Por qué ha de ser esto,  
 si ves tú mesmica  
 que motivos pa tales disgustos  
 no te doy ni chispa?  
 ¿Por qué ha de ser esto?...  
 Cualquiera diría  
 que te causa pena  
 ver que gozo siquiá una miajica...  
 Es decir: que, si estoy trabajando,  
 tú vives tranquila,  
 más que pase en vela  
 tres noches seguías;

pero ná de amigos, ná de que descanse  
ni que eche á un laïco penas y fatigas.

¿Y es eso quererme?

¡quererme! ¡mentiral...

Reventando Antonia de pesar, tragando  
le hiel más amarga de tóa su vida,

responde al remate:

—¿Pero yo qué te hecho pa que tú me digas  
tales expresiones? Si yo de otro modo.

pensara, me páece que peor sería.

Negar que padesco porque no me llevas  
contigo, si sales, fuera una mentira...

¡me páece que á menos ya tiés el sacarme  
de paseo, como antes hacías!...—

—¿Pero no comprendes—

Paco le replica—

que no pué ser eso de tener yo á menos  
el salir contigo, como te imaginas?

¿Por qué has de volverte loca, cavilando,  
y á mí me arrepietas y casi me obligas,  
con estos disgustos, á que un caminico,  
pa no volver nunca, tome el mejor día?—

«¡Pa no volver nunca!...» Sin consuelo Antonia,  
llora solamente de que se lo diga,  
y calando, de lágrimas que echa,

la cabecerica,

y ampará en lo oscuro, como al confesarse  
buscara el amparo de la mantellina,

lo que en el sagrario

de su pecho guardao tenía,

deja por su boca salir, como el hilo  
puro y trasparente de una fuentecica:

—¿Por qué he de enojarme?

Si no te quisiera, no me enojaría...

Sabes que por eso son mis desazones...

¡por eso bien sabes que el vivir me quitas!...

Quiero tu compañía...

Páece que me olvidas,

cuando aquí en la casa

me dejas solica...

Quiero tu compañía... ¡na más que eso quiero!

¡mi orgullo serfa,

como cuando novios, ir á tóicas partes

contigo juntical!...—

Y Paco la siente  
como nunca soñara sentirla...  
y, en lo oscuro también, en lo oscuro  
que como una gloria pa ellos se ilumina,  
la aprieta en sus brazos,  
sin decirle siquiá palabrica,  
llorando como ella,  
suspirando como ella suspira...  
¡los cuerpos junticos!...  
¡¡las bocas junticas!!...

. . . . .  
. . . . .

Ya pasó la nube y abonico llueve.  
Pa dar sus cosechas y sus alegrías,  
se entreabre la tierra y con ansia  
se embebe el agüica.

---

## LA SEQUÍA

Ni que á Dios se lo pidas,  
ni por más que suspires ni que ruegues;  
tómalo con pacencia y no te canses  
que, ya lo vés, no llueve  
ni una gotica de agua, tan siquiera,  
que tanto mal consuele.  
¡Páece que ya en el cielo,  
al igual que en los hombres que no sienten  
las penas de los pobres,  
ni el brillo de una lágrima se arvierte!

Y, si no quiés venirte de vacío,  
no vayas á la fuente,  
que tié la sierra las entrañas secas  
lo mesmo que las tién angunas gentes...

De tóico, lo mejor es que no salgas,  
por más que te esesperes,  
que de tós los dolores  
es el peor, mil veces,  
el ver tó el mal que la sequía ha hëcho,  
¡el ver tanta miseria y tanta muertel...

Los campos, asoläos...  
las tierras, traspillás, sin que les entre  
la punta del aräo, ni que en ellas  
agarre ni un granico de simiente...  
las matas, retorciás  
y los árboles, muertos... ¡náica verdel...  
sin pastos y sin charcas ande beban,  
los ganäos... ¡muriéndose las reses!...

Los caminos, con una vara e polvo  
ande se hunden los carros dista el eje  
y se arrastran las mulas carleändo  
y, abrasäos y ahogándose, se meten  
los pobres carreteros que respiran  
la terruza caliente...

¡Tó perdíol... ¡Perdíol de remate,  
sin que Dios lo remedie!...

Te pués esengañar, que náica alantas;  
no suspíres, ni ruegues;  
y, si no quiés venirte de vacío,  
ya lo sabes, no vayas á la fuente,  
que tié la sierra las entrañas secas  
¡lo mesmo que las tién angunas gentes!

## SANTA RITA, RITA...

## I.

«Dame un hijico, Señor;»  
—la probe de Juana icía—  
dame un hijico, Señor,  
pa contento de mi vida.  
Y tanto y tanto rogaba  
y con tanta fé pedía,  
que, escuchándola el Señor,  
le dió, al remate, una hijica.

## II.

Y creció la nena,  
que era de lo hermoso que en el mundo había...  
igual c' un dibujo,  
de tan rebonical...  
A la probe Juana

privá la tenía...  
La zagala corre,  
la zagala blinca,  
la zagala canta,  
la zagala chilla...  
¡qué acciones de viejal  
¡qué zalamerías!  
¿Pos y las palabras?  
¡Ay, lo que sabíal

## III.

Y gozando cuanto hay qué,  
felís del tó con su hijica,  
se estaba tirá en el suelo  
la probe Juana tó el día,  
haciendo con la zagala  
locuras por divertirla...  
pasando las horas muertas  
embobá y embebecía...  
La zagala la caló,  
y, encanándose de risa,  
tó lo que se le antojaba

á su madre le pedía,  
y su madre, pos ya ves,  
le hubiera dão la vida.  
Y era e ver á la zagala,  
con ropa e mujer vestía,  
arrastrando por el suelo  
dista el pañuelo e Manila,  
y era e ver cómo á su madre  
la baba se le caía...  
Pos aluego, «trae la ropa  
que la arcemos, hija mía»,  
¡Que si quieres! ¡Mía que darla!  
A röar la mantellina  
y los vestíos de sãa,  
y tó lo que se ponía.  
«Pero trae la ropa, nena.»  
¡Que si quieres! Risa y risa,  
y, chalando el tó á su madre,  
cantaba esta retahila:

Santa Rita, Rita,  
lo que se dá, no se quita,

Pos... y Juana la dejaba

y, en sus adrentos, icía:  
«Dios mío, ya que m'has dáo  
pa mi contento esta hijica,  
no me la quites, Señor...  
Señor, Santa Rita, Rita...»

## IV.

Pero como tó tié fin,  
y antes que tó la alegría,  
pa esesperación de Juana  
se puso mala su hijica.  
¡Ay, qué cuadro! ¡si hubiás visto!  
¡el corazón se partía!  
Muriéndose de su mal  
aquella criaturica,  
y al mesmo tiempo su madre  
que de pena se moría...  
esvariando las dos,  
que era un dolor el sentirlas...  
la probe Juana de angustia,  
de calentura su hijica:  
la zagala con los juegos  
que con su madre tenía,

y saliendo en su trastorno  
con aquella retahila:

Santa Rita, Rita,  
lo que se dá, no se quita.

Y la madre que á su ves,  
al ver loca que su hijica  
se le muere, y que el Señor  
que se la dió se la quita,  
sin que haiga pa ella consuelo,  
y al son de la zagalica,  
como iciéndoselo á Dios,  
también repite al sentirla:

«¡Santa Rita, Rita,  
lo que se dá, no se quita!»

---

## MUSTIA

Ya sé yo que no tiene motivo  
    neguno de pena:  
se casó con aquél que iba tōas  
    las noches á verla;  
se querían los dos y se quieren  
como hay en el mundo pocos que se quieran,  
y es cosa de encanto la pas tan hermosa  
    que en su casa reina.  
Si él madruga y trabaja y afinca,  
    no hace menos ella;  
tienen hijos y el pan, á Dios gracias,  
    no les escasea;  
como pobres, ni pueden quejarse,  
    ni nunca se quejan...  
pero yo te digo que, con tó y con ello,  
ver á Rosarico me causa tristeza.  
    ¡Lástima e zagalal,,

¡no es ya ni la sombra de lo que antes era!

¡Lástima de moza!

¡qué apañál... te acuerdas?...

¡Más blanca, entavía, que la propia nieve!

¡maja como en día perene de fiesta!

¡alegre y riéndose á tóicas las horas!

¡airosa y lo mesmo que un junco de erechal...

¿Ande está aquel aire? ande están sus risas?

ande sus majezas?...

No tendrá la zagala motivo

nenguno de pena,

pué que viva á gusto...

pero dá tristeza

ver á Rosarico tóico el santo día

igual que una negra,

abora pal río,

dempués pa la ëra,

un zagal en brazos y otro de la mano,

siempre encorvaïca con la crus á cuestras,

siempre en el camino como una hormiguica,

siempre en la faena:

la ropa extrañica que, limpica y tóico,

ni es vistosa, ni maja, ni nueva;

los ojos hundíos, la cara pañosa,  
y tan formalica, que páece que es séria,  
que páece que es triste,  
manque no lo sea...

¡Lástima de mozal... ¡lástima e zagalal...

ni por pienso es la sombra de aquella  
más blanca, entavía, que la propia nieve,  
maja como en día perene de fiesta,  
alegre y riéndose á tóicas las horas,  
¡airosa y lo mesmo que un junco de erechal

## EL AULLÍO DE LOS PERROS

Sin dejar á su nenico de los brazos,  
sin pegar siquiá los ojos, ni tomar casi alimento,  
siete días con sus noches se ha pasao Carmencica  
padeciendo...

¡consumía de llorar y de angustiarse  
y escurría y en los güesos!

Siete días y sus noches con el nene malo en brazos,  
que se pone más malico por momentos...  
siete días con sus noches,

sin alzarse de la silla ni dejar el traqueteo,  
porque nunca hubo una madre  
que tuviera por su nene tanto celo...  
siete días con sus noches...  
¡siete siglos de tormento!

Há tres días dió la muerte

señalicas de que estaba ya al acecho:  
 ¡como voces de agonía y encomedio de la noche,  
 se sintió en las oliveras el aullío de los perros!...  
 Se sintió remoto y triste y, al sentirlo, Carmencica  
 se espantó de pena y miedo...  
 —¡Sal y mátalos!—le dijo con rencor á su marío.  
 —¡Sal y mátalos! que es cierto  
 que, en matándolos, la muerte  
 de ande está se marcha huyendo! —

Y Clemente, su marío,  
 loco vá por el barranco, de dolor y rabia ciego...  
 loco vá con la escopeta disparando en los peñascos,  
 ande vé unos bultos negros  
 que, al igual que almas en pena,  
 se le pierden en lo escuro y á lo lejos...  
 —¡Sal y mátalos, Clemente! ¡Sal y mátalos!—le dice  
 Carmencica con angustia y desconsuelo,  
 cuando vé que entra en la casa  
 sin matarlos y sin ansia y sin aliento...  
 —¡Sal y mátalos, Clemente!... ¡si por tres noches aullan,  
 pal nenico no hay remedio!—  
 Y otras dos noches segufas ha pasão lo mesmico;

más cercano y lastimero  
se ha sentío muchas veces  
el aullío de los perros,  
y Clemente, sin matarlos,  
á su casa loco ha vuelto!

.....

Ya sin fuerzas pa llorar ni removerse...  
sin alientos...

traspasá de angustia y pena  
Y en la silla enclavaica como Cristo en el madero,  
jen los brazos Carmencica  
su nenico tiene muerto!

---

## VA... ¡NI EL OLORCICO!

El nene llenaba la casa y á tóicos  
los tenía lelos;  
enjamás lloraba:  
¡qué pasta! ¡qué geniol  
¡qué hermoso! ¡qué carnes!  
¡un pomo de rosas paecía su cuerpo!

Pos un airecico de ná, fué bastante  
pa dejarlo muerto,  
y en el ataulico  
el pomico de rosas metieron.

Dicen que la muerte  
lo dejó lo mesmo  
de color, de hermoso,  
con la cara de ángel... ¡como sonriéndol...

¡A mí me faltaron  
las fuerzas pa verlol...

Pasé por la puerta... á los alaríos  
de la pobre madre, se erizaba el pelo...  
Pasé por la puerta...  
me dió el olorcico de la cera ardiendo...  
¡me dió ese olorcico  
raro de los muertos!

Y, aunque lo enterraron,  
entavía, dempués mucho tiempo,  
al pasar por la puerta me daba  
aquel olorcico de la cera ardiendo...  
¡aquel olorcico del pomo de rosas  
que en el ataulico pa siempre metieron!...  
¡aquel olorcico que yo lo llevaba  
metío en los sesos!

Pero tóico pasa: ya no güele á cera  
y á la madre reirse la veo...

¡ya, ni el olorcico  
del nene, tenemos!

---

## GUÁRDAME UN ROALICO (1)

(Á MI PADRE MUERTO)

¡Ya escansas!... ¡ya duermes,  
 pa siempre, tranquilo!...  
 Ya, pa tí, ni trebajos, ni penas...  
 Ya, pa tí, ni calinas, ni fríos...  
 Ya estás al amparo...  
 ¡Dichoso el que pasa bien pronto el camino!  
 Ya estás ande llega lo mesmo el que corre  
 que el que vá espacico...

¡Ya escansas!... ¡Ya duermes,  
 pa siempre, tranquilo!...  
 Pa cuando mi cuerpo,  
 pa no levantarse, se caya rendío...  
 pa cuando, en mi horica, me llame la tierra,  
 ¡guárdame un roalico!

---

(1) Es costumbre, en esta región, el despedirse de los muertos con esta frase, echando, á la vez, un puñado de tierra en el hoyo.

## LAS BORREGUICAS BLANCAS

## I.

¡Qué vueltas tan grandes  
en tan poco tiempo, dan angunas casas!...  
¡¡Quién, á no saberlo, diría que el tío  
Tomás el *Patriarca*,  
no hace ná, pal caso, más de mil cabezas  
de ganao lanar manejabal?  
Pos ahí tiés el mundo:  
¡tó se fué lo mesmo que sal en el agual

Los hijos, perdífos,  
daos á la vagancia;  
el gastar sin reparo y, aluego,  
réditos y trampas;  
la sequía, la falta de pastos  
y, pa más esgracia,

en aquel duerme y vela en que se halla,  
 aumentar y crecer y apiñarse...

Le páece que vuelven aquellas que entraban  
 en tropel por la puerta, otras veces,  
 de balíos llenando la casa...

Le páece que vuelven, soñando que tienta  
 con sus deos temblones la lana...  
 soñando que se echan alreorcico suyo...  
 soñando que humean... soñando que balan...

. . . . .  
 . . . . .

Y siguen los nenes, recorta y recorta  
 borreguicas blancas...  
 ¡y, soñando, soñando con ellas,  
 se duerme el *Patriarca!*...



## NOCHE BUENA

## I.

Malhaya el tiempo malo,  
malhaya la pobreza,  
¡malhaya el que este mundo se gobierne  
de tan mala manera!

.....

Blancos de nieve están, como palomas,  
los altos de la sierra;  
de plata enguarneceías  
páece que están las ceñas,  
ande los chorros de agua  
hechos encajes, al helarse, quëan;  
de vidro son las fuentes...  
de vidro son las ciecas...

paraliza el helor los correntales...  
 ¡las aguas páece que se paran muertas!...

¡Dá temor tanto fríol  
 ¡Pobre de aquel qué sin calor se vea  
 y halle nieve en el cielo  
 y yelo en tóicas partes en la tierra!

. . . . .

## II.

Con la mar de trebajos  
 hizo Juan su casón en la laëra:  
 un abujero en onde  
 meterse tan siquiera;  
 un resguardo pal frío,  
 porque á más no alcanzaba su pobreza;  
 un rincón pa vivir... ó pa morirse,  
 ¡que el hundirse un casón no es cosa nueval...

Pos allí tiés á Juan acobardäo;  
 que no hay ná que los pobres tanto teman,  
 como estos días tristes

en que tóico, se asuela;  
¡como estos días en que grana el hambre  
y arrecoge la muerte su cosechal...

Allí está el pobre Juan, que es de lo poco  
bueno que ya se encuentra,  
y con él su mujer, que es una santa,  
y con ellos sus nenaz:  
dos angelicos de esos  
que Dios al mundo pa penar los echa.

Allí los tiés á tós en la cocina;  
allí los tiés... ¡pero sin chispa e leñal  
Del humo, de otras veces,  
allí se vé la señalica negra  
y se vé el hogaril y el puñaico  
de ceniza que quea...  
¡tó aquello que, sin rastro de rescordo,  
más páece que cocina, una neveral

¡Allí los tiés!... los cuatro  
que acurrucãos y arrecíos tiemblan...

¡helándoles el frío ista los güesos  
y helándoles el alma la tristeza!...

Y pué que más que el arcabol de un horno  
aquel casón de calentico sea;  
    pero yo te aseguro  
que, dentro de él, el corazón se yela,  
¡y que se siente allí mucho más frío  
que en los mesmicos altos de la sierral...

. . . . .  
. . . . .

### III.

Suelen decir que el hambre  
hace salir al lobo de su cueva;  
yo pienso que hace más... ¡pienso que iguala  
los pobres cordericos con las fieras!...

. . . . .  
. . . . .

Por el casón de Juan, junto por junto  
    á la mesmica puerta,

han hecho una sendica  
que vá al pueblo derecha,  
y tós los del partío  
la toman por verëa,  
igual si van pal horno  
que si vãn pa la iglesia.  
Asina tiés que en siendo  
como hoy, que es Noche buena,  
mil almas pué que pasen  
por la sendica aquella,  
por el casón de Juan... ¡junto por junto  
á la mesmica puerta!  
Y pasan las mujeres  
con sus tablas de pan á la caëza...  
con aquel pan de trigo  
que granicos de anís por dentro lleva...  
con las tortas de Pascua  
que trascienden de buenas...

Y pasan los que vuelven del mercäo,  
charla que charla... ca uno con su tela...  
tós pensando en comer y en divertirse,  
¡tós con cara contental

Y dentro del casón se vá colando  
 tó aquel rum rum de gente satisfecha  
 y aquel olor de pan... ¡ese olorcico  
 con que el hambre se espierta!...

.....

—«¿No hace tortas la madre?»—  
 l'ice al pobre de Juan una e sus nenas...  
 Y Juan... ni responderle...  
 ni mirarla siquiera...  
 ¿Pa qué mirarla el pobre,  
 si no podría verla,  
 si siente que sus ojos,  
 llenándose de lágrimas, se ciegan?  
 ¿Cómo ha de responderle,  
 si se ahöga de pena?

Y la otra criatura,  
 que está arrimá á la puerta,  
 poniendo esos ojazos tan espiertos  
 que pone la miseria,  
 dice en tonico dulce,  
 que amargo al alma llega,

ca ves que el olorcico de las tortas  
en el casón se cuela:

—«¡Qué olor más bueno, padre!  
¡Qué olor más bueno que echan!»

Y hace ca ves más frío...  
no para de nevar allá en la sierra...  
De vidro son las fuentes...  
de vidro son las ciecas...  
paraliza el helor los correntales...  
las aguas páece que se paran muertas...  
¡en el cielo tó nivel...  
¡yelo por tóicas partes en la tierral...

## IV.

—«No pué ser;—dice Juan—ya soy tan bueno,  
que á gritos me reprende la conciencia...

Nuestros eran enantes  
los montes con sus leñas,  
y libres pa los pobres,  
aquellos altos de pinás espesas...  
libres con sus lentiscos y chaparras,

lo mesmo los collaos que las chentas...  
 y libres los barrancos con sus nebras...  
 ¡libres con sus romeros las laëras!...

Y en estós días malos  
 en que al pobre le niegan  
 trebajo pa vivir quien tié caudales,  
 y el cielo su calor y el pan la tierra,  
 les queäba á los pöbres  
 el consuelo e la sierra  
 con sus manás de lobos,  
 con sus mantos de nieve, con sus peñas!...

No pué ser; soy tan buenio  
 que á gritos me reprende la conciencia;  
 esos montes son míos  
 con sus pinás espesas...  
 ¡y mis hijos tién hambre  
 y, estroceäos por el frío, tiemblan!

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

## V.

Pobre Juan, que olvidaba en su esvarío  
que, aunque páece mentira, aquí en la tierra,  
las leyes que hace Dios son leyes malas,  
y las que hacen los hombres, leyes buenas...

Pa la misa de gallo vá la gente,  
la media noche llega,  
hace ca ves más frío,  
no para de nevar allá en la sierra...

En la plaza del pueblo está la cárcel;  
Juan está dentro de ella...  
y su mujer y sus hijicas lloran  
arrimás á la reja...

Alegres van los mozos en pandillas,  
camino de la iglesia,  
y al son de los guitarros y zambombas  
y de las panderetas,  
al pasar por en medio de la plaza,  
esta coplica sueltan:

Los pastores y pastoras  
todos van juntos por leña  
para calentar al niño  
que nació la Noche buena. (1)

Y el pobre Juan desesperó llora,  
y lloran en la reja  
su mujer y sus pobres angelicos  
que tien las manos en los hierros puestas...  
manos helas que son también de hierro,  
de agarrotas y tiasas!

---

(1) Popular.

## A OTRAS TIERRAS

Eres pobre y eres peña  
que por los suelos te vés,  
y que vás ande te rulan  
los que te dán con el pié.

¿T'acuerdas de Paco *El Bueno*,  
como l'icen por el mote?  
Por el caminico abajo  
vá con su familia el pobre,  
tós con el hatico á cuestras,  
á buscar tierras mejores  
ande no morirse de hambre  
aunque el trabajo los doble.

. . . . .  
. . . . .

¿And'irán á dar sus güesos?  
¡Ni ellos mismos saben onde!

Dicen que vãn á la mar  
y á pasarla aunque se ahögen,  
porque en la güerta se ahögan  
por tös estilos los pobres...  
Quién ir ande el pan no falte  
y ande la gente no sobre,  
por esos mundos de Dios  
á buscar tierras mejores...  
¡Mejores tierras! ¡Ya ves!  
Me pienso que no lo logren.  
¿Ande hay ná como la güerta  
siempre entapizá de flores?  
¿Ande hay ná como este suelo,  
cuajão de bendiciones,  
en el que, por cá granico,  
mil granicos arrecoges?  
Las tierras no son las malas...  
¡La maldá la tién los hombres!...  
Los d'arriba, porque llevan  
acorãos á los pobres...  
¡los d'abajo, por c'aguantan  
que los otros los acoren!

---

## BENDICIÓN

## I.

Caen hachos encendíos, parte las peñas  
el sol, que abrasa...

ni en los altos un soplo de viento corre  
¡y un pavor de la tierra sale, que mata!...

Con la boca más seca que los tráspoles,  
en las eras el mozo, del trillo salta:

de roja y encendía, que tira á negro

tiene la cara,

y carleando,

viene y se abruza, muerto de sé, á la cántara,

que tresmanando cuelga  
bajo la parra...

La moza, que á la sombra de los nogales  
animosa y alegre la ropa lava,  
con los brazos esnúos y el seno abierto  
luciendo una hermosura de carne blanca,  
de puntillas al mozo llega abonico  
y dándole en el brazo, le aboca el agua  
que, cayéndole encima,  
tóico lo cala...

Corre tras ella el mozo, la moza vuela...  
gavilán y paloma... vá á darle caza...  
en el cañar cercano,  
por fin, la atrapa  
y, por más que ella chilla,  
¡le mordisquea y besa la carne blanca!

.....

Otra ves animosa,  
y deshecha de risa, la moza lava...  
Desde su trillo,

á poquico en las eras el mozo canta:

¡Qué bien lava mi nena,  
qué ropa tiende!...  
la vá ejando blanquica  
como la nieve...  
¡páece que el agua,  
al pasar por sus manos,  
sale más clara!

II.

Llega debajo del parral, sin fuerzas,  
el pobre viejecico de la cabeza cana,  
y se deja caer penosamente  
en el poyo á la puerta de la casa.

Con tóico el solanero  
viene desde los *Llanos de la Páira*...  
La moza, condoliéndose, se acerca  
y él le dice: «¡Hija mía, dame una sé de ägual!»

Le dá la moza,  
compasiva, la cántara,  
y bebe el viejecico ansiosamente...  
luego, asina, como un apóstol á la moza le habla:  
¡El agua es tó, hija mía!... Vengo de los secanos,  
ande las tierras traspillás se abrasan...

Cuando es que llueve, ó dicho á nuestro modo  
con mejores palabras:  
cuando á esas tierras el Señor les echa  
su bendición, encantan!...  
¡el propio paraíso  
son entonces los *Llanos de la Páira!*...  
¡hogaño, que hay sequía,  
de pasar por allí, se parte el alma!

Las cebás se cogieron... á los trigos  
entavía les falta...  
de llover estos días, pué que á tiempo  
la bendición llegara...  
Pudiera ser que esta mesmica tarde,  
tuviéramos el agua,  
porque es buena señal cuando las nubes  
á los picachos del *Cajal* se agarran...  
Dios te lo pagará, dame, hija mía,  
¡dame otra ves la cántara!

Qué penosa es la sé y qué consuelo  
tan hermoso es el agual...

¡El agua es la alegría!...  
¡el agua es tó: la vida y la esperanzal...  
Desde el alto en que estamos,  
mira la huerta que la vista encanta:  
¡la cruzan como venas los brazales  
en ande corre como sangre el agual...

Ayer unos zagales en la cieca,  
como hacen las diabluras sin pensarlas,  
iban quijero arriba  
y tōas las hileras las soltaban...  
Se vían los caminos  
anegándose en agua...  
aquella bendición que se perdía...  
¡los hubiá confundío, porque me dió una lástimal...  
¡¡me paeció que la huerta  
tōa se desangraball...  
¡Ay, huerta de mi vida,  
si la sangre preciosa le faltarál...

## III.

Ya apaga la tierra su sequía... ¡llueve,

gracias al Señor!...

En la casa, la moza y el mozo,  
juntos se cobijan riendo los dos...  
los pájaros pían y buscan sus níos...  
granán en los campos los trigos en flor...  
·Agua de los cielos, vida de los pobres!...  
¡santa bendición!

---

## GRACIA DE DIOS

Miá aquella zagala que ya pide novio  
y allá en el molino  
tufcas las mañanas, en tanto que almuerza,  
trisca con los mozos, que están derretíos...  
Hoy, cuando juäba, el pan de las manos,  
en la gresca, caérsele he visto:  
se ha apagao su risa; se ha quedao suspensa,  
como si su padre, que es un viejecico,  
fuera el que en el ínten  
se hubiera caído...  
Luego, formalica,  
su pan ha cogío,  
besándolo á un tiempo... los mozos, en esto,  
la han dejao tranquila, y á la ves, han dicho:  
«¡Ay, quién, por su suerte  
pan hubiera sí!»

Ya vés, al remate,  
lo que yo te digo:

el pan no se tira,  
 porque mata el Señor, hijo mío;  
 lo tienes de sobra y otros pasan hambre...  
 déjalo en la leja pa algún pobretico.  
 ¡El pan no se tira,  
 porque está bendito!  
 Se coge y se besa...  
 al besarlo, dices «¡Amén!», hijo mío;  
 pal caso, haste cuenta que, en Dios puesta el alma,  
 rezas abonico:  
 «*El pan nuestro de cada día, dánosle hoy  
 y perdónanos, Señor!*»

. . . . .  
 El pan está santo;  
 oye esto, hijo mío:  
 El padre, en el campo trabajando, riega  
 con sudor el trigo...  
 hiñe el pan la madre  
 y hace en él una crus al heñirlo...  
 Por *San Marcos*, espiga la siembra  
 y bendicen los campos floríos...  
 El pan en sus manos  
 el Señor bendijo...

el pan es la vida...  
¡es la gracia de Dios, hijo mío!

¿Que no qués pan solo?...  
¡Pan que no nos falte, yo al Señor le pidol  
Páece que suspiran al decir los padres  
«¡el pan de mis hijos!»  
Pa dárselo á un pobre, se besa... lo besa  
el pobre al tomarlo, tan agradecío...  
Cuando al suelo se cae, lo cogen  
y lo besan túfcos,  
como cosa santa que tiene misterio  
en que algo se encierra de humano y divino...  
¡Se coge y se besa  
como un piazó vivo  
del alma y la carne,  
que el golpe, al caerse, lo hubiera sentío!

. . . . .

El pan no se tira... si no tienes gana,  
se pone en la leja pa algún pobretico;  
no lo tires nunca,  
¡que el pan es la gracia de Dios, hijo mío!

---

## LA CANCIÓN TRISTE

De aquel hombre extraño  
que esta mañanica se arremaneció,  
la gente en un corro  
se apiña alreor.

Páece que de tierras lejanas el probe  
dista aquí llegó;  
tié la barba blanca,  
los ojos azules y dulce la vos...  
¡los ojos azules y hundíos, que miran  
que dá compasión!

De tóico lo que habla,  
ni una palabrica siquía se entendió;  
pero entorna los ojos y, triste,  
canta una canción...

¡más tristel... ¡más tristel...  
¡como nunca de triste se oyó!

Mienta cosas cantando, que náide  
por aquello que ice sabe lo que son:  
unas palabricas llenas d'amargura  
y otras palabricas llenas de dulzor...  
pero por el deajo tan triste, ¡tan tristel!  
llega al corazón,  
y es verdá que nenguno lo entiende,  
¡pero lloran tós!

Páece que habla mentando su tierra  
y quererres que allí se dejó...  
páece que habla d'hijos y que habla de nietos  
y de algo que al cielo se llevara Dios...  
y se esjarra su pecho en quejíos  
ca ves que se vuelve pa ande sale el sol,  
y se vé que se mojan sus ojos  
¡y se siente que tiembla su vos!

Mocicos y viejos

sienten la canción  
del tonico triste,  
como nunca de triste se oyó,  
y es verdá que nenguno la entiende,  
¡pero lloran tós!

---

## DESHECHICA

—Podía ustedé, máere,  
llevarme á la fiesta...  
—Mujer, ya veremos...  
¡Jesús, qué petera!

Te duermes de noche con el estribillo,  
y por la mañana con él te despiertas...  
no sé qué te pasa, pero á buen seguro  
que en tós sus cabales no está tu caëza...  
Enantes cantabas lo mesmo que un pájaro  
que no tiene penas,  
y á tó te reías igualicamente  
que quien en naïca de este mundo piensa...  
Ahora, zagala,  
ya no eres la mesma:  
ya no te se siente y estás pensativa...  
tú no eres, zagala, sombra de lo que eras...

¡Ya no te se siente, si no es pa decirme:  
«Podía usté, máere, llevarme á la fiesta!...»

Sin que lo esperaras  
ni me lo pidieras,  
el año pasao  
te llevé á la fiesta:

te daba lo mesmo ir como quedarte  
yibas tan contenta...

Reparé que estabas  
triste y pesarosa después á la vuelta...  
¡no quisiá llevarte, por temor, zagala,  
de que luego más triste volvieras!...

—Lléveme usté, máere,  
¡que iré yo solica, si usté no me lleval...  
El año pasao, sin parar dicirme  
cosas y mirarme, por tóica la fiesta  
nos seguía un mozo... Lléveme usté, máere...  
¡más triste que estoy, no pué ser que vuelval!

---

## NAÏCA

## I.

La zagala estaba  
tõa encortaïca,  
sin alzar los ojos,  
la cara encendía,  
trenzando los flecos de su pañuelico  
con las manecicas.  
Con los ojos puestos  
en la zagalica,  
abonico el mozo  
su querer l'icía  
con unas palabras... ¡qué buenas! ¡qué dulces!...  
¡ay, qué palabricas!...  
Daba gusto verlos,  
¡qué pareja hacían!  
Él, arriscaïco,  
sin parar d'icirla...

Ella, con sus labios siempre cerraïcos  
sin icir naïca...

## II.

Al pié de la Virgen  
hincáos de ruillas,  
dempués vide al mozo  
y á la zagalica...

los vide junticos y echarles las cruces  
pa tōa la vida.

Si él, por lo arrogante,  
privaba la vista,  
no sé por lo que ella  
mejor me paecía:

sí por lo compuesta, si por lo modosa,  
si por lo bonica...

Daba gusto verlos,  
¡qué pareja hacían!  
Él, arriscaïco,  
sin parar d'icirla...

Ella, con sus labios siempre cerraïcos  
sin icir naïca...

## III.

¡Vide el ataulico  
con la zagalical...  
Al laico el mozo  
lloraba y gemía,  
diciéndole lleno de angustia unas cosas  
que el alma partían.  
Loco por la pena, le toca, temblando,  
las manos, la cara, ¡tan blancas! ¡tan frías!...  
y desesperao, llamándola á voces,  
le dice: «¡Nenical... ¡Nenical... ¡Nenical!»  
Dolor daba verlos,  
¡qué pareja hacían!...  
Él, siempre llorando,  
sin parar d'icirla...  
Ella, con sus labios siempre cerraicos,  
¡sin icir naical

---

## ¡POBRETICO!

No espegas los labios... ni siquiá te quejas...  
 nunca como abora de apocao te he visto...  
 ¡por lo que con ella te encierras y vives,  
 la melancolfa páece tu cariñol...

Sé lo que te pasa,  
 igual que si fuera tu sentir el mío:  
 que nenguna moza del pueblo te quiere,  
 que no hay quien te mire ni te haga un roalico,  
 que eres un extraño pa tós, que no sabes  
 lo que es un amigo...

Te esprescian porque eres un pobre inclusero...  
 ¡y tan pobreticol...

á más que no tienes sobre qué caerte,  
 ¡ni padre, ni madre, tan siquiá has teníol...

Sin sombra de náide te vé, y ya piensas

que tós en el mundo semos lo mesmico...

No te esansies tanto... Repara que hay alguien  
que pena contigo...

Yo seré, si quieres, tu madre, tu hermana...  
andas falto de amor y de cuidio...

No tós, en el mundo,  
semos lo mesmico...

Si hay quien no te quiere, por ser pobre y solo,  
¡yo, de verte triste, te he tomao cariño!

## LOS TRES NENES

Me asomaba á verlos  
pasar por mi puerta:  
tres nenes hermosos  
quiban á la escuela...

los tres pequeñicos, los tres casi iguales...  
¡tres caras bonicas como tres estrellas!

¡Iban tan limpicos!... A la madre, siempre,  
la veía en ellos, sin saber quién era:

me la imaginaba  
como el pan de buena...

me la imaginaba, por lo curiosica,  
¡como el agua pura que nace en las peñas!...

Iban tan limpicos,  
que yo me decía:—De seguro que ella  
los viste y se mira, como en tres espejos,  
en sus tres hijicos... ¡como si lo viera!—

En algunos días  
no ví por mi puerta  
pasar á los nenes  
y, sintiendo pena,  
pregunté por ellos y me contestaron:  
—¡Lástima de hijicos!... no ván á la escuela  
porque está su madre malica en la cama,  
que Dios se la lleval

. . . . .  
. . . . .

Al poquico tiempo pasaron los nenes,  
otra ves junticos, los tres por mi puerta...  
¡llevaban al cuello  
la cintica negra!  
sin que la llevaran,  
su esgracia se viera:  
iban dejaïcos... sin aquel apaño  
propio de la madre... sin la gracia aquellal...  
¡Lástima de hijicos!...  
¡se me heló, de verlos, la sangre en las venas!

---

## ¡NAÍDE!

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;  
 si fuera esa sola, pudiá yo alegrarme.  
 Mi pena no es de esas que esjarran el pecho  
 y que suelen, á veces, curarse;  
 no es de esas herías abiertas de pronto  
     y que manan sangre...  
     Mi pena no es honda,  
     mi pena no es grande...  
     pero es una pena  
 que con su tristeza no me eja que escanse...  
 ¡Es una amargura desconsolaïca  
 que llevo en la sombra, que llevo en el airel...

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;  
 mi pena es sequía que no hay quien apague:  
 yo he puesto mis ojos en tōas ¡en tōas!  
 ¡y nenguna ha querfo mirarmel...  
 No es ella solica la que no me quiere:  
 ni ella, ni nenguna... ¡no me quiere náide!

---

## EN LA ÑORA

Poquicas comparanzas  
hallara pa mi vida, como aquella:  
Una ñorica hicieron los zagales  
en el mesmo quijero de la cieca,  
y á un pajarico de esos,  
alegría y encanto de la huerta,  
á estilo de una mula  
lo engancharon en ella  
y, arreándole, hacían,  
al pobre animalico, darle vueltas.

Me daba compasión el pajarico  
y me paició la suya mi tristeza,  
cautivo de los hombres y por ellos  
condolío y sin fuerzas...  
Me daba compasión... Mirando al pobre,

me imaginaba yo de qué manera  
tan dulce cantaría el pajarico  
libre entre los naranjos de la huerta...

Como el pájaro triste  
me vide yo, con pena,  
forcegeando por alzar el vuelo...  
prisionero en cadenas...

¡Me vide yo mesmico, pobre esclavo,  
dando á la ñora de mi vida vueltas!

## ¡TÓICO!

Morenica tenía la cara,  
 negricos los ojos...  
 me espreció por pobre,  
 me tenía en poco...

Pá saber lo que yo la quería  
 ¡yo solico, solo!  
 Pa ella, yo, naïca...  
 ¡y ella, pa mí, tóicol

.....  
 .....

Morenica tenía la cara,  
 negricos los ojos...  
 Ahora es un pobre puñão de güesos  
 que está enterraïco dentro de aquel hoyo...  
 naïca pal caso... naïca pal mundo...  
 ¡manque es, pa mí, tóicol

---

## CANSERA

—¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas<sup>s</sup>  
arrollás y pegás á la tierra;  
pa ver los sarmientos ruines y mustios  
y esnúas las cepas,  
sin un grano de uva,  
ni tampoco, siquíá, sombra de ella..  
pa ver el barranco,  
pa ver la laëra,  
sin una matuja... ¡pa ver que se embisten,  
de pelás, las peñas!..  
Anda tú, si quieres,  
que á mí no me quëa  
ni un soplo de aliento,  
ni una onza de fuerza,  
ni ganas de verme,

ni de que me mienten, siquíá, la cosecha...

Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca  
pise más la senda,

ni pué que la pase, si no es que entre cuatro  
ya muerto me llevan...

Anda tú, si quieres...

No he d'ir, por mi gusto, si en crus me lo ruegas,

por esa sendica por ande se fueron,

pa no volver nunca, tantas cosas buenas...

esperanzas, quererés, suöres...

¡tó se fué por ella!...

Por esa sendica se marchó aquel hijo

que murió en la guerra...

Por esa sendica se fué la alegría...

¡por esa sendica vinieron las penas!...

No te canses, que no me remuevo;

anda tú, si quieres, y éjame que duerma,

¡á ver si es pa siempre!... ¡Si no me despertara!...

¡Tengo una canseral!...



# ÍNDICE

Las nuevas composiciones que se aumentan en esta edición van  
señaladas con asterisco.

Página

## JUICIOS CRÍTICOS

De Leopoldo Alas ( <i>Clarín</i> ) . . . . .	9
De Luís Bonafoux. . . . .	16
De D. Juan Valera. . . . .	20
De D. Miguel de Unamuno . . . . .	24
De D. José M. <sup>a</sup> de Pereda . . . . .	28
De J. Martínez Ruiz ( <i>Azorín</i> ) . . . . .	30
De Urbano González Serrano . . . . .	36
De Juan Maragall. . . . .	39
De Teodoro Llorente . . . . .	41
De D. Pedro Díaz Cassou . . . . .	59
De D. José Ventura Traveset . . . . .	63
De Pedro Corominas . . . . .	68

## Canción de esperanza

* Cristo. . . . .	79
* Credo. . . . .	82

* El día de la siembra . . . . .	85
* Canción de paz . . . . .	87
- La canción de la añoranza . . . . .	91
* Otoño?... . . . . .	95
- ¡Bendito soll . . . . .	98
- La canción de la vida . . . . .	103
- La canción de los trigos . . . . .	109
- La canción de las frutas. . . . .	113
- ¡Benditas ondas! . . . . .	116
- He corrido por los campos . . . . .	118

### En el hogar

* Para mi nido . . . . .	123
* Eres cristiana . . . . .	125
* Consagración . . . . .	128
* ¡Alma mía! . . . . .	130
- Sin consuelo . . . . .	132
- La malvaseda . . . . .	135
* Oasis. . . . .	137
- La canción de las madres . . . . .	141
* Camaradas . . . . .	145
- Cómo hablan las madres . . . . .	150
* Madrecita . . . . .	153
* ¡Duermel... . . . .	157

De largo . . . . .	160
* Florescencia . . . . .	162
* Comunión . . . . .	165

## Del Dolor

La canción de la muerte . . . . .	171
- Canto... . . . .	172
La canción del dolor . . . . .	175
- La canción de las tristezas . . . . .	179
- La canción del yunque . . . . .	183
- La caja linda . . . . .	188
* La promesa . . . . .	192
* La inclusera . . . . .	195
* Revelación . . . . .	198
* La corona del dolor . . . . .	200
- El cuento de nunca acabar . . . . .	202
- Las acacias. . . . .	204
* Idilio. . . . .	206
* La rosa . . . . .	208
- ¡Como la nieve! . . . . .	210
* Abismo . . . . .	213
- Cabecita loca . . . . .	215
* La cadena . . . . .	217
* Ven á sufrir . . . . .	219

* La danza . . . . .	221
El grupo triste . . . . .	223
* En el tormento . . . . .	225
* Despedida . . . . .	226
* Venus dolorosa . . . . .	229
* El perro del saltimbanquis . . . . .	231

## Rebeldes

— A mi musa. . . . .	235
* ¡Son los sinceros! . . . . .	237
El delirio del hambre . . . . .	239
* La canción del vicio . . . . .	241
* Teoría del placer . . . . .	244
* Verde. . . . .	246
Tántalos . . . . .	248
* Ingenua . . . . .	250
* ¡Pobre madre! . . . . .	253
* Los terroncitos . . . . .	256
* Los soldados . . . . .	258
* Las almitas blancas . . . . .	260
* La canción del dinero . . . . .	262
* El verdugo de los pobres . . . . .	265
* Vieja historia . . . . .	268
* ¡Dulce paz! . . . . .	270

	v.	<u>Página</u>
* ¡Todos delincuentes!	. . . . .	272
* Mercado . . . . .	. . . . .	274
* El pago . . . . .	. . . . .	275
* Perdón, caras tristes . . . . .	. . . . .	276
La pena del talión . . . . .	. . . . .	277

## Mis amores

Mi reina de la fiesta . . . . .	. . . . .	281
En la senda. . . . .	. . . . .	283
La cita. . . . .	. . . . .	287

## Alma popular

### CANTARES

	<u>Página</u>
Mi barraca está en la huerta . . . . .	293
* Las barracas de la huerta . . . . .	294
¡Qué bien lava mi nena! . . . . .	294
Cuando mi horica me llegue, . . . . .	294
¡Vídica, vídica mía, . . . . .	295
Trepanera m'has salío. . . . .	295
Me tienes despreciaïco . . . . .	295
Yo me quisiera morir . . . . .	295
Flores de mi naranjico . . . . .	296
¡Tan lejos <i>aquél</i> de mí!... . . . .	296
* Mi barraca es un palacio . . . . .	296
La estrella de mis ojos . . . . .	296

Aunque te laves y laves, . . .	297
* Yo no probé una fruta . . .	297
Busca ande te hagan laico . . .	297
Dicen que las palabras . . .	298
Si es que Dios no lo ha dispuesto,	298
Cariñico que empezó . . .	298
Yo me pensaba que era. . .	299
Eres probe y eres peña . . .	299
Muertecica pa mí solo, . . .	299
Sin piedad mandas tus hijos . . .	300
Aunque es raro, tén por cierto . . .	300
Cuando vuelva, si es que vuelvo, . . .	300
No he tenido carta tuya, . . .	300

* Canción de amor (Alborada) . . .	301
* La cantinela del pastorcito . . .	305
* La cantinela del segador (Crepúsculo) . . .	307
* La cantinela del marinero . . .	309
* Arrullo. . . . .	311

## CANCIONES DE NIÑOS

* Los cabellos de oro . . . . .	314
* Rey rendido . . . . .	319
* ¿Qué dirán? . . . . .	321
* La niña buena . . . . .	323

* El secreto . . . . .	325
* Las tres naranjitas . . . . .	328

## Aires murcianos

Murria. . . . .	333
* ¡Siempre te conocería! . . . . .	336
La barraca . . . . .	340
* La reina de la huerta . . . . .	344
En la cieca. . . . .	347
El esgince . . . . .	350
Cá cosa en su tiempo . . . . .	352
Trempanico . . . . .	354
De casta . . . . .	356
La enramá . . . . .	359
La risera . . . . .	365
¡Uno sobra! . . . . .	370
Rosica . . . . .	374
La carta del soldao . . . . .	387
¡Los niños solos! . . . . .	390
El abejorrico negro . . . . .	391
La novia del soldao . . . . .	393
La cabecerica . . . . .	397

¡Y la nena, al brazall . . . . .	401
La coplica muerta . . . . .	404
Rescoldo . . . . .	406
El caminico . . . . .	408
El sacrificio . . . . .	410
Tó pomporicas . . . . .	413
Loco de remate . . . . .	416
Aleccionaica . . . . .	419
Carmencica. . . . .	421
¡Callá, callaica! . . . . .	426
Los pajaricos sueltos . . . . .	431
La nubecica. . . . .	433
La sequía. . . . .	440
Santa Rita, Rita... . . . .	443
Mustia. . . . .	448
El aullío de los perros . . . . .	451
Ya... ¡ni el olorcico! . . . . .	454
¡Que Dios se lo lleve! . . . . .	456
Guárdame un roalico . . . . .	458
Las borreguicas blancas . . . . .	459
Noche buena . . . . .	463
A otras tierras . . . . .	473

Bendición. . . . .	475
Gracia de Dios . . . . .	481
La canción triste. . . . .	484
Deshechica. . . . .	487
Naïca . . . . .	489
¡Pobreticol . . . . .	492
Los tres nenes . . . . .	494
¡Náide! . . . . .	496
En la ñora . . . . .	497
¡Tóicol . . . . .	499
Cansera . . . . .	500

---





# Obras de Vicente Medina



**Poesía**—Este volumen de 512 páginas contiene toda la labor poética del autor con los juicios críticos que ha merecido de escritores ilustres.

Se compone este tomo de siete partes: **Can- ción de esperanza—En el hogar—Del Dolor—Rebeldes—Mis amores—Alma popular—Aires murcianos.**

**La canción de la huerta**—Edición lujosa de AIRES MURCIANOS, con ilustraciones fotográficas de paisajes y costumbres de la huerta, tomadas del natural por el mismo autor.—Precio 4 ptas.

**La canción de la vida**—Poesías con autobiografía del autor.—Precio 2 ptas.

**Alma del pueblo**—Primeros ensayos poéticos.—Pre- cio 1 pta.

**La canción de la muerte**—Cuadros en prosa: Pági- nas de intenso pesimismo.—Precio 2 ptas.

## Novelas dramáticas representables, de costumbres huertanas

EL RENTO . . . . .	2 ptas.
LA SOMBRA DEL HIJO . . . . .	2 „
EL ALMA DEL MOLINO . . . . .	1 „
¡LORENZO! . . . . .	1 „

### Inéditas:

La pena duerme . . . . .
La copla triste . . . . .
El calor del hogar . . . . .
En lo obscuro . . . . .
Los pájaros . . . . .
La fiesta del mar . . . . .
El canto de las lechuzas . . . . .



Los pedidos á las principales librerías de Euro- pa y América.





*Arte de agradar \* Arte de ser amada*

BREVIARIO DE LA MUJER ELEGANTE  
Consejos prácticos y secretos de belleza

DUQUESA LAUREANA

# *Para ser elegante*

*La eterna seducción*  
SECRETOS FEMENILES

SEGUNDA PARTE

DE

Para ser amada

*Versión castellana*

de

*Eugenio de Ochoa*

Hay la belleza que  
se recibe y la que se  
toma.

MME. DE GIRARDIN.

OCTAVA  
—  
edición

Rica, si puedes;  
Cuerda, si quieres;  
Bella, debes serlo

A. DUMAS.



Es un libro de actualidad, y toda mujer cuidadosa de su belleza querrá leerlo diariamente. Su autora quiere hacer llegar la elegancia a la altura de un arte: EL ARTE EN LA VIDA. EL ARTE VIVIENTE, por la armonía de la forma y la magia del color. Este libro enseñará a las señoras a componer verdaderas obras de arte, y, si es necesario, hasta modificar el carácter de una belleza. Se puede ser, según se quiera, ó sugestiva, ó sentimental, ó arrebatadora, ó melancólica, cautivando por medio de la gracia y de la bondad, así como por la elegancia y la belleza.

Estas obras no necesitan más elogios, pues las diez y ocho ediciones que de las dos se han hecho son prueba suficiente de que son libros indispensables a todas las señoras. Para ser amada y Para ser elegante constituyen un breviario de amor y de elegancia, al mismo tiempo que un Tratado de maneras distinguidas.

Un volumen en 8°, en buen papel y esmerada impresión,  
con lujosa cubierta al cromo, 3,50 pesetas.

*Arte de agradar \* Arte de ser amada*

BREVIARIO DE LA MUJER ELEGANTE  
Consejos prácticos y secretos de belleza

DUQUESA LAUREANA

# Para ser amada

*Consejos de una coqueta*  
SECRETOS FEMENILES

PRIMERA PARTE

DE

## Para ser elegante

*Versión castellana*  
de

*Carlos de Ochoa*

Hay la belleza que  
se recibe y la que se  
toma.

MME. DE GIRARDIN.

DÉCIMA  
edición

Rica, si puedes;  
Cuerda, si quieres;  
Bella, debes serlo.

A. DUMAS.



LO QUE SE ENCUENTRA EN ESTE LIBRO

Una novelita demasiado virtuosa. — Alta misión de las coquetas. — Monografía de la encantadora. — No hay mujeres feas. — Neurosis. — Misterios femeniles. — Secretos de la belleza. — Artificios del tocador. — Armonías y contrastes. — Todas las seducciones. — La cama. — El arte de perfumarse. — La Belleza Soberana.

Estas obras no necesitan más elogios, pues las diez y ocho ediciones que de las dos se han hecho son prueba suficiente de que son libros indispensables a todas las señoras. Para ser amada y Para ser elegante constituyen un breviario de amor y de elegancia, al mismo tiempo que un Tratado de maneras distinguidas.

Un volumen en 8.º, en buen papel y esmerada impresión,  
con lujosa cubierta al cromo, 3,50 pesetas.

© Ayuntamiento de Murcia

Obra nueva

Las batallas de la vida

# LA CONQUISTADORA

NOVELA

POR

JORGE OHNET

Versión castellana de  
CARLOS DE BATLLE



JORGE OHNET

es uno de los novelistas franceses más favorecidos del público por lo interesante de la acción en todas sus obras y su elegancia en el decir.

## *La Conquistadora*

La nueva NOVELA de  
✻ JORGE OHNET ✻  
ACABA DE PUBLICARSE

La traducción española de

## *La Conquistadora*

ha sido esmeradamente hecha por el notable literato

D. Carlos de Batlle.

© Ayuntamiento de Murcia

# La Conquistadora

es una obra en extremo interesante. En ella **Jorge Ohnet** presenta un caso en que la riqueza y la frivolidad luchan unidas contra la constancia y el trabajo inteligente.

Pocos autores conocerán tan bien como éste la psicología de las clases sociales que estudia en sus novelas. Los personajes que en su ficción crea parecen arrancados de la realidad; son individuos que todos vemos y tratamos.

Esta novela es un verdadero himno al trabajo y a la honradez, que al fin salen triunfantes de los que, ineptos para toda labor útil y fecunda, no viven más vida que la de la holganza y el placer. Es, además, como todas las del mismo autor, de una gran amenidad.

Su acción se desarrolla en países tan diversos como son Francia y Norte América, y en sociedades tan distintas como son las del gran mundo parisién y las de activos comerciantes yankees.

# La Conquistadora

alcanzará como todas las producciones de **Jorge Ohnet** el favor del público de buen gusto, que no vacilará en adquirir esta nueva obra del fecundo y popular escritor, sin que para ello necesite de excitaciones encomiásticas.

Nos limitamos por eso á anunciar la aparición de

# La Conquistadora

última novela de **Jorge Ohnet**.

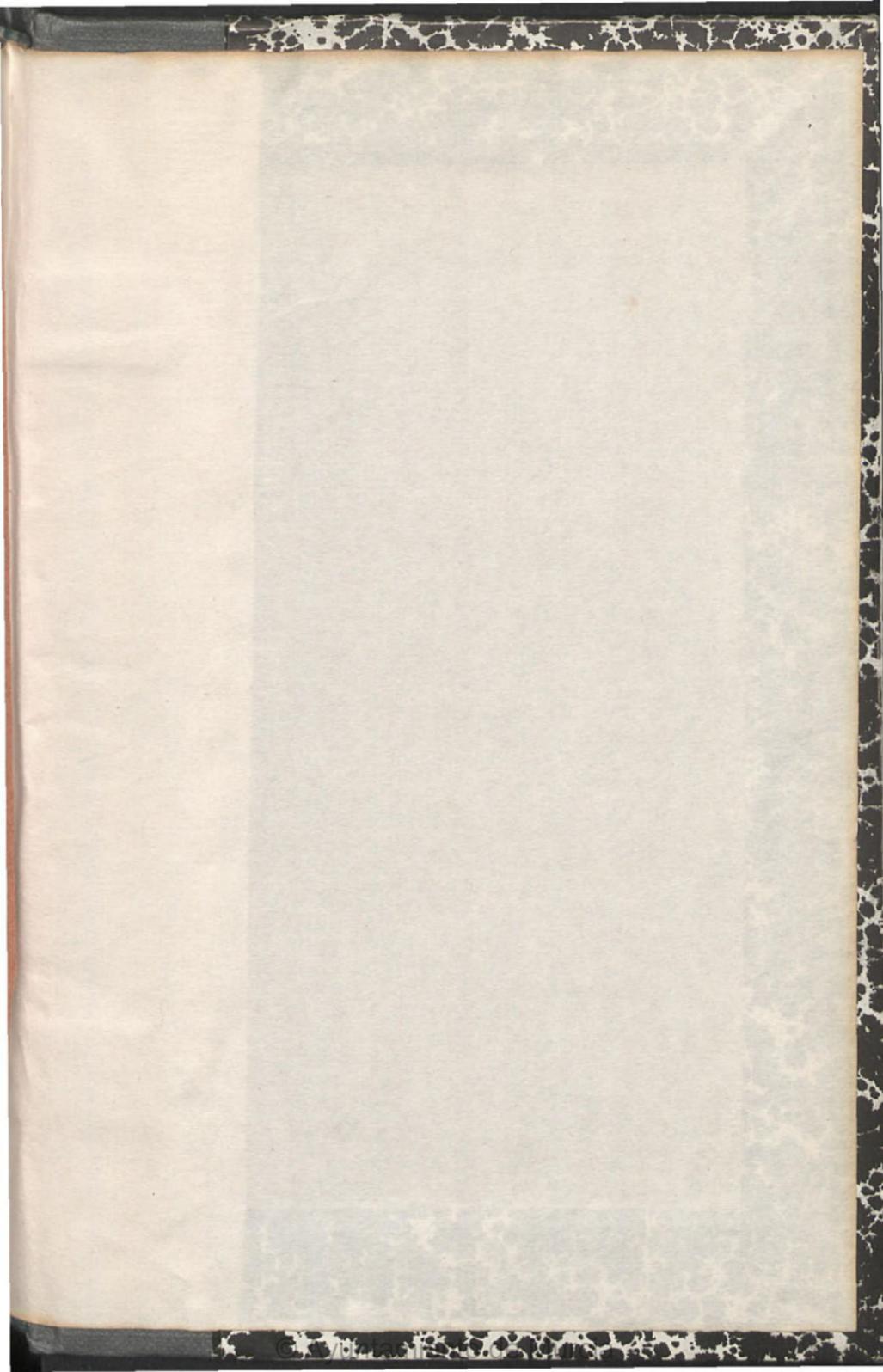
Esta novela forma un volumen en 8.º de unas 350 páginas, lujosamente impreso; se vende á

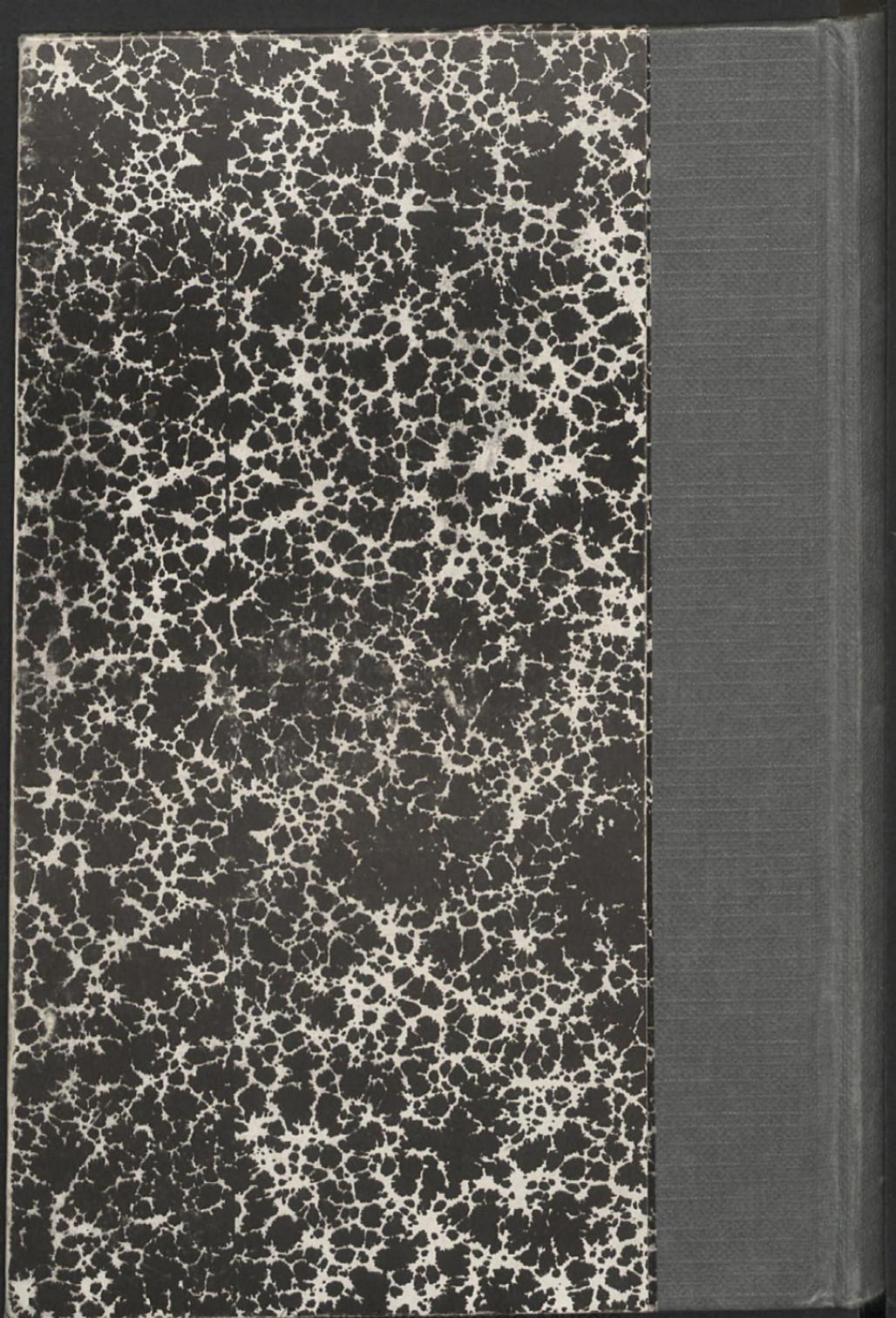
3,50 pesetas

en todas las librerías.

Pedidos á los librereros de Madrid.

© Ayuntamiento de Murcia





V. MEDINA

~~SECRETARIA MUNICIPAL~~

POESIA

AYUNTAMIENTO  
DE MURCIA  
ARCHIVO

EST<sup>E</sup>

7

TAB<sup>A</sup>

F

N.<sup>o</sup>

1